

El terrible ciclón que devastó las Antillas

Durante el pasado mes, plazo de luctuosas catástrofes, un espantoso ciclón cruzó como un alud trágico sobre la isla de Puerto Rico. En esta plana publicamos dos notas gráficas obtenidas en la capital antes y después del espantoso huracán. Arriba, el grabado da idea de lo que era San Juan de Puerto Rico antes del tornado. En el grabado de la parte inferior puede apreciarse el estado de una calle—igual á tantas otras—después del vendaval que causó centenares de víctimas y produjo daños materiales incalculables. (Fots. Ortiz)

DE LA VISITA
DE S. M. A SUECIA

UNA
CACERIA
REGIA



Soberbia cabeza de anta, especie típica de los bosques de Suecia, cobrada por Don Alfonso

LA caza es quizá el más aristocrático de los deportes. Tal vez porque durante un largo período sólo pudieron realizarla los magnates privilegiados y fué en aquel tiempo distracción costosísima, tiene en su abolengo histórico ese alto sello de nobleza que da la selección secular. De ella puede decirse, con toda razón, que es placer de príncipes.

Los tiempos han traído en cinegética, como en todo, una amplísima democratización; pero, sin embargo, las leyes de caza en todos los países limitan de una manera suficientemente extremada para que aun siga siendo, aunque de muchos más, privilegio el derecho á cazar.

No son solamente las restricciones legales las que limitan ese derecho: á medida que la caza va haciéndose más difícil, más arriesgada y más costosa, son muchos menos, naturalmente, los que pueden gozar de sus placeres, y, en último término, hay cazas y cazas, y las del buen burgués que sale de su casa cargado de pertrechos el sábado, apenas terminado el quehacer del día, y retorna con media docena de piezas, unas veces cobradas y otras compradas en el camino á un cazador más afortunado, y de los que cazan para ganarse la vida y no «para su placer», no se parecen en nada á las cacerías reales, que siempre han sido uno de los festejos ofrecidos por los reyes cuando han dispuesto de parques ó bosques para hacerlo á sus huéspedes.

Todos los reyes tie-

nen aún su montero mayor, ó le han tenido hasta hace muy poco tiempo, y el cargo suele ser uno de los más codiciados en las Cortes. Sin duda, por eso los reyes conservaron el cargo parejo de halconero mayor muchos años, siglos después de haber desaparecido el uso de caza que le hacía necesario: Napoleón III, por ejemplo,

tenía aún halconero á mediados del siglo XIX.

En épocas más remotas, la caza era ejercicio tan en predicamento entre gentes de calidad y tan privativo de ellas, que su aprendizaje, con sujeción á reglas muy terminantes, verdaderamente canónicas, era una de las partes principales de la educación de los nobles. Lo era, natu-

ralmente, en totalidad todo lo que fuese ejercicio de las armas; pero muy en particular lo que se refería al ejercicio cinegético.

Los principios fundamentales de ese arte constituyen el tema de libros remotísimos. Las bibliografías francesas citan un libro famoso, escrito por Gastón Phebus, conde de Foix, en el siglo XIV, y aun hay autores que consideran como anterior á él, *Livre du Roy modus et de la reine ratu*. Los reyes de Francia, á partir de Luis XIII, hicieron de la caza una de las formas de la etiqueta, y, aunque más gustosos de otro género de placeres, los últimos monarcas borbónicos no la abandonaron por completo. Napoleón I, por su parte, considerándola uno de los ornamentos indispensables de toda Corte, resucitó en la suya la montería, que la revolución había extinguido, y cazó reses mayores, aunque, según alguno de sus contemporáneos, no encontraba placer en ella: era mal cazador.

Cierto que el cambio de régimen no fué en ese punto menos conservador; y la República, cuando hospedó reyes, siente pujos aris-



Los Reyes español y sueco disfrutando cordialmente durante el almuerzo celebrado al aire libre, con ocasión de la cacería de antas



Los Monarcas de España y Suecia, amigablemente cogidos del brazo, durante un descanso en la cacería con que Gustavo V obsequió á Don Alfonso, en Hunneberg

(Fots. Agencia Gráfica)

tocráticos y organiza en su honor grandes cacerías.

Ahora, con ocasión de la visita de nuestro Monarca, S. M. el Rey Don Alfonso XIII, á Suecia, la cacería tradicional no podía faltar en el programa de festejos. País fundamentalmente deportivo aquél, con bosques propicios al ejercicio cinegético, y gran deportista y tirador famoso el Rey de España, hubiese sido inexcusable

omitir esa fiesta en el programa. Hubo, pues, cacería, y en ella Don Alfonso XIII confirmó su fama de gran tirador cobrando piezas difíciles en cazas peligrosas.

La cacería, además, sirvió más que otras veces para dejar á los Monarcas algunas horas de intimidad, más difíciles de lograr en otros festejos oficiales: todos suelen ser excesivamente protocolarios, y la caza, aunque también tiene

su protocolo, deja espacio para una libertad algo mayor que los Monarcas saben aprovechar.

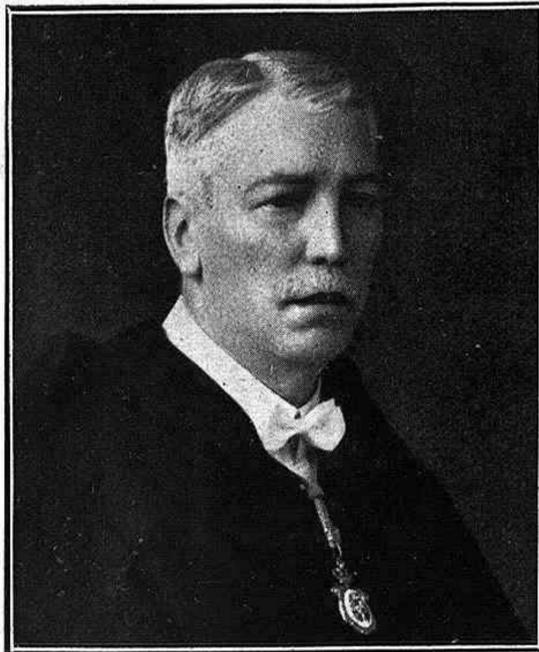
Además, el tiempo del protocolo cinegético, demasiado estricto, pasó, y aun no hace mucho un caricaturista nos mostraba su final en una escena en que un montero mayor de un aristócrata decía á sus subordinados:

—Y, sobre todo, mucho cuidado con decir: «La liebre del señor está servida.»

LOS RECTORES DE LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS



DOCTOR ESPERABE
Rector de la Universidad de Salamanca



DOCTOR ROS
Rector de la Universidad de Valencia



DOCTOR BERMEJO
Rector de la Universidad de Madrid



DOCTOR ROJO VILANOVA
Rector de la Universidad de Zaragoza



DOCTOR GARRIDO
Rector de la Universidad de Granada



DOCTOR DIAZ
Rector de la Universidad de Barcelona



DOCTOR VALVERDE
Rector de la Universidad de Valladolid

AL comenzar el curso universitario, aparecen con fuerte relieve en la actualidad los rectores de las Universidades, que son, en definitiva, los rectores de la vida cultural española.

Quizás su papel está algo amenguado, porque no son ya, como eran hace algunos años, los jefes, como si dijéramos los ministros de Instrucción Pública en sus respectivas demarcaciones.

Ahora, desde hace tiempo ya, la tendencia es ir sustrayendo á su cuidado todas las instituciones docentes que van surgiendo y algunas de las ya existentes. Se procura dar á todas esas organizaciones, nuevas ó renovadas, una autonomía cuyas ventajas les sería difícil demostrar, generalmente, y con ello, á nuestro entender, se quita unidad á la labor docente que gana más cuanto más es un todo único y orgánico.

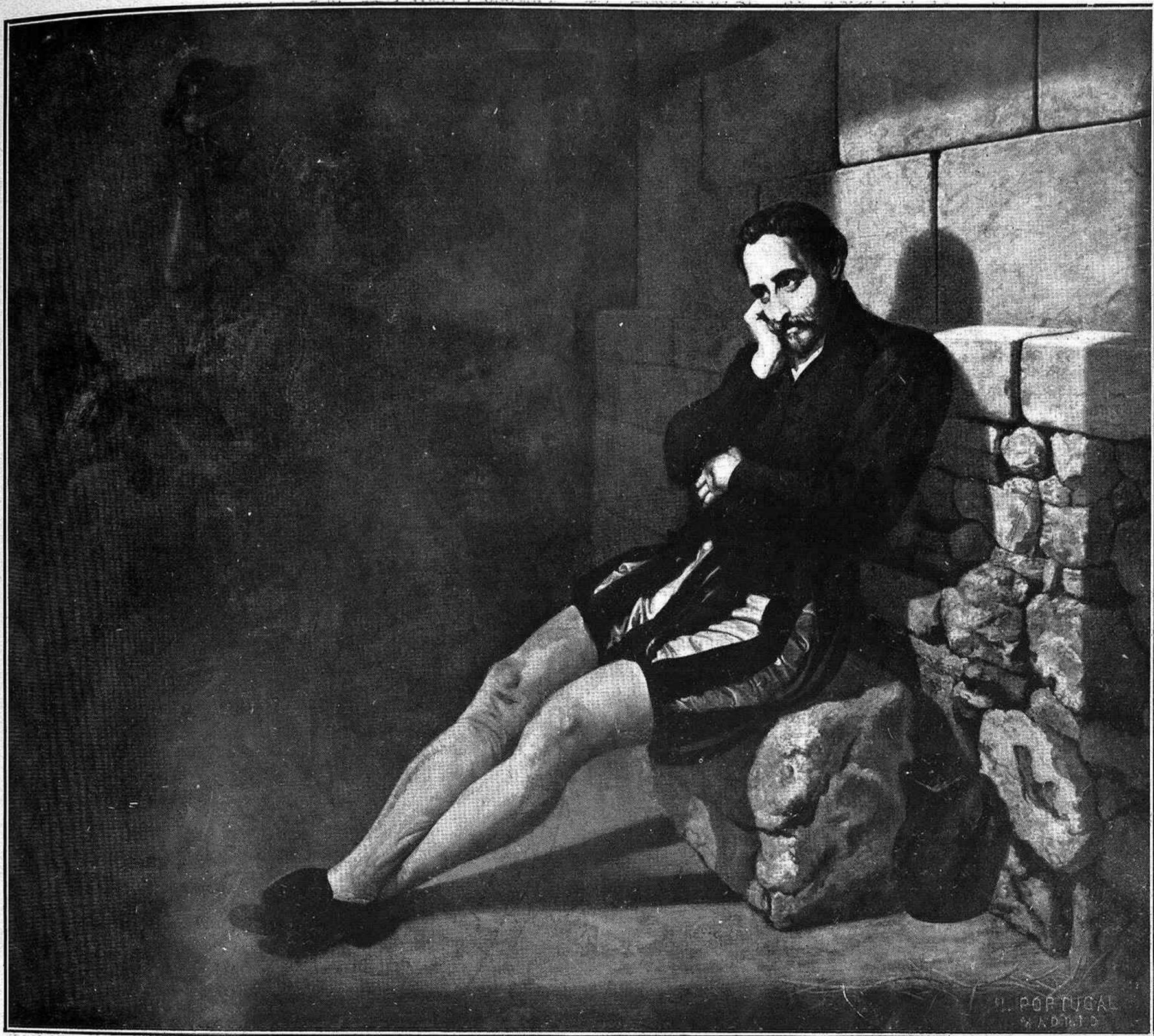
Publicamos en esta plana los retratos de casi todos los rectores, no de todos, por no ser posible, por razones diversas tenerlos.

A todos deseamos el mayor acierto en su gestión.

De ella depende, efectivamente, la regeneración cultural y la restauración intelectual de España. Cuando aquí se hizo tópico la frase absurda «Más industriales y menos doctores», otros países, más conocedores de la realidad, multiplicaban sus doctorados; era mejor camino.



DOCTOR LOSTAU
Rector de la Universidad de Murcia



Cervantes imaginando su obra inmortal

EL RESCATE DE CERVANTES

Un capítulo de "Vida del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes"

Francisco Navarro y Ledesma, uno de los más grandes escritores españoles modernos, á quien hemos de dedicar pronto algunas páginas recordadoras, aunque murió muy joven, dejó, entre otras, una obra inapreciable: «Vida del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes», maravillosa evocación de un hombre y del ambiente en que vivió. De ella damos á continuación un capítulo, señalando así el aniversario que conmemora la Fiesta del Libro:

SOLLOZABA de este modo el cuitado Miguel viendo otra vez por tierra sus intentos de libertad. A los treinta años lloraba su juventud perdida, y por perdida ha de tenerla irremisiblemente quien alcanza aquella suave filosofía que sabe convertir las penas en versos. Si alguna intriga amorosa ó, por lo menos, algún trato femenino hubo en su cautiverio y en la malograda intentona de la carta, no era Miguel hombre que se aviniese á la candonguería y molicie de la mujeril protección con que algunos despiertos esclavos se aliviaban, como aquel envuelto y poco aprensivo Leonardo, que dice:

«A mi patrona tengo por amiga.
Trátame como ves: huelgo y pasco.
"Cautivo soy", el que quisiere diga.»

Pero Miguel tenía presupuesto de dejarse morir antes de pasar un punto al modo de vivir honesto, y así como no claudicó su fe divina, tampoco cedió á la satisfacción de ímpetus y anhelos mo-

mentáneos el propósito de lograr la libertad, primero que ocupaba su alma.

Atento á este fin, supo que el capitán talaverano D. Francisco de Meneses había logrado convencer al amo en cuyo poder estaba cautivo, de que le dejase partir á España, bajo palabra, prometiéndole pagar por este medio su rescate, que subía á mil ducados de oro. Trato igual habían hecho con buen resultado antes dos caballeros portugueses, de apellido Sosas, y lo hizo por aquel tiempo, ó después, D. Fernando de Hormaza y Herrera, noble señor de un antiguo solar de Extremadura.

Cómo desde su prisión comunicó Miguel con el caballero Meneses no lo sabemos; pero es seguro que este noble talaverano, al ser aceptada su libertad bajo palabra, trató con Miguel y le prometió visitara su familia en Madrid y procurara recursos para su rescate. Dos años larguísimo había pasado ya en el cautiverio; no decaía su ánimo, pero sí iba transformándose su

carácter y sufriendo un tanto su buen humor con tan repetidos reveses de fortuna.

Partió de Argel D. Francisco de Meneses á principios del año 1578. Antes de partir firmó un contrato con dos mercaderes valencianos, estantes en Argel, Hernando de Torres y su cuñado Juan Fortuny ó Fortunio, para que, en cierto plazo, pagasen la cantidad estipulada, la cual D. Francisco devolvería en España. Llegado á Madrid, ratificó la obligación en 27 de Febrero; pero, desconfiado, Azán-Bajá retuvo como rehenes y garantía de los mil ducados al erudito sevillano doctor Becerra. Qué trazas se daría este ingenioso doctor para lograr que Meneses pagara los mil escudos y además su propio rescate, el cual, como de un pobre escritor, no subía sino á 240 ducados, no lo sabemos; pero sí que ambas cosas logró más adelante, verificando el pago Baltasar de Torres, hermano y socio de Hernando, y el banquero valenciano Jerónimo Zuma.

Estos banqueros Torres, como otros que te-

nían casa abierta en Argel y en constante tráfico y comunicación con otros suyos de Valencia, Barcelona y Mallorca, eran hombres mañosos y listos que habían logrado implantar un activo comercio de mercaderías y de dinero á la sombra de los rescates. Muchos cautivos se rescataban por manos de ellos, sin intervención de los padres mercenarios ó trinitarios, y ambas Ordenes solían acudir á la ayuda de los mercaderes en sus apuros ó cuando, por las brutales y anticristianas exigencias de los turcos, no podían acabar con ellos trato. Explotaban asimismo el negocio á que daba margen la concesión de licencias para sacar *mercaderías lícitas* (según la fórmula oficial) de un puerto con destino al de Argel; licencias que el rey concedía para auxiliar, sin soltar un maravedí, á las mujeres de cautivos ó á las viudas menesterosas como D.^a Leonor, que pedían á S. M. para rescatar á sus hijos.

Al llegar á Madrid, D. Francisco de Meneses vió á la familia de Cervantes, y excitados, sin duda, el cirujano Rodrigo, D.^a Leonor y sus hijas por las cartas de Miguel y por la patética pintura que de su situación y sucesos hizo Meneses, comenzaron otra vez sus empeños y diligencias.

Pidió Rodrigo de Cervantes nueva información de los méritos de Miguel ante el licenciado Ximénez Ortiz en 17 de Marzo de 1578. Por indicación del capitán Meneses, ó por avisos del propio Miguel, acudieron á declarar sus antiguos camaradas de Lepanto, el buen Navarro Mateo de Santisteban y el puntual montañés Gabriel de Castañeda, quienes contaron las gloriosas hazañas de Miguel en la batalla naval. Informó también el sargento Antonio Godínez de Monsalve, uno de los veteranos de Túnez que hacían temblar la tierra con sus mosquetes. Declaró además el caballero D. Beltrán del Salto y de Castilla, quien, así como Godínez, había visto á Miguel en el cautiverio y sabía cuánto perjudicó al soldado de Lepanto el haberse descubierto las cartas del duque de Sessa y del señor don Juan.

No contento con la información, de cuyo resultado no podía menos de dudar, recordó una vez más Rodrigo de Cervantes la añeja deuda que con él tenía el licenciado Pedro Sánchez de Córdoba. Fué esta deuda en la familia de Cervantes uno de esos recuerdos engañosos en que suelen confiar las gentes cándidas ó las que no cuentan con recursos habituales y regulares para vivir. Se espera el pago de la deuda como se aguarda el premio de la lotería, la herencia del pariente lejano y cualquier otro recurso fantástico y casi inmaterial que nunca llega. En el año 1578 se sabe que estuvo Sánchez de Córdoba en Madrid; pero, sin duda, no hallaron los Cervantes medio alguno de hacerse pagar, ó quizá ni siquiera vieron á su insolvente deudor. Tan desgraciado era en todo Rodrigo de Cervantes, que ninguno de los procedimientos empleados por él obtuvo ni sombra de éxito.

Mientras tanto, su mujer y sus hijas se daban toda la prisa y ponían en ejecución todos los recursos posibles para llevar á cabo su propósito. En Mayo, D.^a Magdalena daba poder á cierto Alonso de Córdoba para que fuese á la ciudad de Jerez, donde residía D. Alonso Pacheco de Portocarrero, ya casado y en posesión de su patrimonio, para reclamarle, requerirle y apremiarle al pago de los quinientos ducados, ya famo-

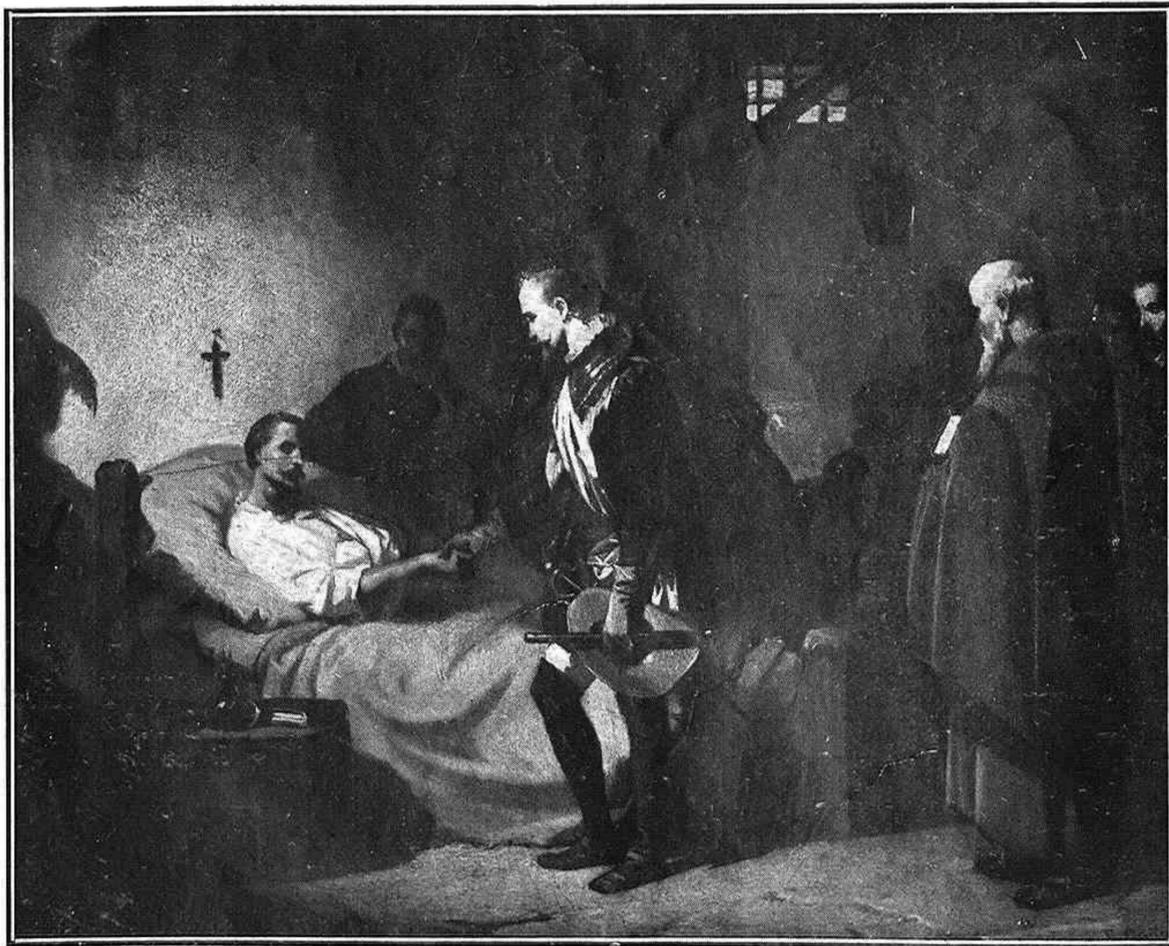
sos en la familia y casi tan ilusorios é imaginarios como los ochocientos del licenciado Sánchez de Córdoba. Por su parte, D.^a Andrea, á quien debieron quedar bienes de su difunto Nicolás de Ovando, y que tal vez estaba casada en segundas nupcias ó en preparativos de boda con el florentin Santos Ambrosi, se comprometió á aprontar doscientos ducados de su bolsillo.

Todas las mujeres de la casa menudeaban sus visitas al convento de la Merced, sin que aquellos buenos padres pudieran decirles palabras muy halagüeñas y consolatorias respecto á rescates, pues aún estaba en Argel sin rescatar y enfermo, viejo y casi á punto de muerte, el santísimo fray Jorge del Olivar, por falta de recursos en la Orden ó por otros motivos. No obstante, un fraile del convento de Madrid, el comendador fray Jerónimo de Villalobos, apremiado y compadecido por las súplicas de las llorosas mujeres, les dió algunas esperanzas de posible redención.

Sirviendo de mediador el padre Villalobos, entraron los Cervantes en relación con Hernando de Torres, el mercader valenciano de quien, sin duda les había hablado ya D. Francisco de Meneses; así que en 29 de Junio se comprometió toda la familia á pagar, sobre los doscientos escudos ofrecidos por D.^a Andrea y los 1.077 reales entregados ya al comendador fray Jerónimo para que se los enviase á Torres, todo el resto de la cantidad bastante á completar la suma del rescate de Miguel.

Nótase en este documento la personalidad que había cobrado ya D.^a Magdalena, y cómo, estando soltera, comprometía su firma y sus bienes. Adviértese, además, cuán grande era la unión de toda la familia y cómo la ausencia no había entibiado el afecto que al hijo y hermano tenían. Trataban, todos unidos, de hacer un supremo esfuerzo para salvarle, y comprendiendo que al poder material del dinero convendría añadir la eficacia moral de un testimonio en que se acreditara nuevamente lo que valía Miguel, quizás escribieron á Flandes para pedir una certificación al señor D. Juan, y de fijo que la petición halló ya al héroe acechado por la calentura y en más ímproba disposición de espíritu.

Lo seguro es que acudieron al duque de Sessa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que se hallaba á la sazón en Madrid. Trabajo debió costar á las Cervantes entrar en la casa del desengañado prócer; mas consiguieronlo por fin, y en 25 de Julio de 1578 firmó el duque la nueva certificación que se le pedía.



«Visita de D. Juan de Austria á Cervantes», cuadro original de E. Cano, propiedad del Estado español

Si alguna prueba hiciese falta de la extraña fascinación que la persona de Cervantes ejercía en derredor suyo, la tendríamos en las justas y elocuentes palabras del duque de Sessa. Habían pasado siete años casi y habían caído sobre el melancólico espíritu del duque no pocas lluvias, nieves y escarchas de desilusiones, que blanquearon su cabeza y entumecieron su corazón, cuando he aquí que se le presentan unas mujeres entuladas á preguntarle por un soldado de tantos como hicieron proezas memorables en la batalla naval... Cuando el duque recordaba tan particularmente las de Miguel, ¿cómo no atribuir esto á la impresión honda que le causara ver, conocer y tratar después en Nápoles á aquel soldado raso? ¿Cómo no creer que debió de hablar con él de versos ó de amores, de esperanzas y desengaños?

Soldados heroicos había tenido muchos á sus órdenes; soldados poetas y de tan fino y hondo intelecto como el que Miguel en sus palabras revelaba, ningún otro. Seca ya el alma, como de la aridez de sus frases se infiere, el recuerdo de Miguel persistía en ella.

Cuenta el duque en términos concisos, sin ninguna fórmula de elogio, lo que le vió hacer á Miguel y lo que de él se le quedó en la memoria. El certificado es tanto más honroso cuanto que en ninguna línea de él se traduce la más leve chispa de afecto. Pedídesle afecto y dulzura á los caballeros de *Expolio* ó á los soldados del *San Mauricio* del Greco; pedídeslas á aquellos hombres de las negras ropillas y de las manos afiladas. La hora de la blandura aun no había llegado.

Las fórmulas aritméticas y los teoremas geométricos del cardenal Martínez Silíceo, infiltrados en el alma del rey para toda su vida, parecían rezumar de la suya á la de sus cortesanos y generales. *Peleo muy bien y cumplió con lo que debía*, eran ponderaciones exageradas en boca de un general hablando de un simple arcabucero.

Despacio, muy despacio iban, pues, las diligencias de D.^a Leonor y de sus hijas. Todo el estío se las pasó llamando á diferentes puertas. En muchas ocasiones, el fiel amigo Getino de Guzmán acompañaba á las solicitantes y las facilitaba el entrar en covachuelas y oficinas, donde, entre bostezos de tedio y de apetito, se recibían á diario centenares de solicitudes análogas.

En Diciembre se logró una cédula real autorizando á D.^a Leonor á sacar de Valencia, con destino á Argel, dos mil escudos de mercaderías lícitas, con cuyo beneficio pudiera atender á los gastos del rescate; pero estas licencias, dadas más para tapan la boca á los peticionarios que

para satisfacerles de verdad, se concedían muy á menudo y costaba trabajo revenderse á los mercaderes que habían de aprovecharlas. La otorgada á D.^a Leonor caducaba á los seis meses, y por mucho que corrió y se afaná la pobre señora, no encontró hasta el mes de Marzo mercader que diese por ella más de sesenta ducados. Generoso el monarca en apariencia al menos, para hacer estas concesiones que nada valían, era ó eran sus empleados los contadores y receptores de Cruzada muy exigentes en pedir cuentas de cualquier dinero que se hubiese librado para los rescates. Repetidas veces reclamaron á D.^a Leonor que justificara la inversión de los sesenta escudos que se la dieron para rescatar á sus dos hijos, sin que las contestaciones de la buena señora pareciesen convencer á aque-



«Cervantes, en sus últimos días, escribe la dedicatoria al conde de Lemos», cuadro de E. Oliva, premiado en la Exposición Nacional de 1884

llos covachuelistas. En Febrero de 1579, cuando más esperanzada estaba de obtener nuevos recursos, recibe un pliego en que el receptor de Cruzada la manda restituir los sesenta ducados que se la libraron dos años antes, y amenaza con ejecutar al fiador, que era el alguacil Getino de Guzmán.

Por la intervención de éste se logra en Marzo parar el golpe, hablando al secretario Juanes, quien dice á los otros señores del Consejo de Cruzada que, en efecto, él ha visto rescatado á Rodrigo. Aquellos señores se fían del dicho de Juanes, por ser de la casa, y suspenden la ejecución, atendiendo más á las recomendaciones é influencias, como sucede y sucedió siempre en España, que á las perentorias y justas razones expuestas por D.^a Leonor.

En los primeros meses de 1579 se sabe que la Orden de la Trinidad prepara una nueva redención que deje memoria, achique y obscurzca á la realizada últimamente por la Merced. Las Cervantes dirigen ahora sus implorantes pasos y sus repetidas súplicas al convento de la calle de Atocha.

Ya muy entrado el año, conocen y tratan á un santo varón, de grandes luces, de singular dulzura, que oye á las enlutadas mujeres con amable interés. Entrando en confianza con él, acaba D.^a Leonor por confesarle la inocente mentira en que ha incurrido para inspirar compasión diciendo ser viuda. Le cuenta los apuros de la familia, la incapacidad de su marido Rodrigo, motivada por su sordera; los arbitrios de que viven ella y sus hijos; el constante ir y venir suyo á Alcalá de Henares, donde aun conserva amigos y parientes. Fray Juan Gil es, además de fraile, un discreto hombre de mundo que rápidamente se hace cargo de todo. Con las mejores palabras que sabe, y él las posee bonisimas, procura quitar del alma de las pobres mujeres la pesadumbre que las abate. Fray Juan Gil es hombre alegre y animoso, optimista. Su lucio y redondo semblante inspira confianza. Doña Leonor, con instinto de madre, presiente que sus asuntos van, por fin, á encaminarse bien.

En tanto, Miguel, que por su ingenio y recursos ha logrado otra vez mayor holgura y menos rigor en la prisión, vuelve á tratarse con los más principales cautivos de Argel. Andando por las

calles ó entrando en los baños reconoce á su antiguo amigo y paisano el capitán Jerónimo Ramírez, natural de Alcalá de Henares, á quien había conocido en Italia; al caballero sanjuanista D. Antonio González de Torres; al noble señor aragonés D. Jerónimo de Palafox, á quien Azan Bajá tiene por el cautivo de mayor rescate entre todos los suyos. Acaso va Miguel con frecuencia á visitar al doliente anciano fray Jorge del Olivar, que, lleno de achaques y tendido en su camastro, aguarda tranquilo la muerte.

La fe que en los dichos y hechos del casi moribundo sacerdote resplandece inspira á Miguel admirables versos místicos, que intercaló en sus comedias argelinas, y en cuya inspiración y belleza casi nadie se ha fijado; pero no se limita á escribir versos. De acuerdo con él, con el doctor Becerra y con otros caballeros cautivos, hasta 29 de los más significados de Argel, redacta el doctor D. Antonio de Sosa un mensaje ó memorial, en latín, cuyas copias dirigen al Papa Gregorio XIII y al Rey D. Felipe, y á otros príncipes y grandes señores de la cristiandad, exponiéndoles el tristísimo estado en que fray Jorge del Olivar se encuentra, y el poco ó ningún caso que de su heroico sacrificio se hace por quien más debiera interesarse en ello, y piden que sea rescatado, cueste lo que cueste, y que se quede en Argel para bien y consuelo de los demás cautivos, pues todos, como á padre, le aman y reverencian.

La tristeza que le causa el ver cuán pronto se olvidan los libres de los cautivos, aun siendo éstos tan considerables como fray Jorge del Olivar, vienen á aumentarla los tropiezos que para su propio rescate encuentra Miguel en Hernando de Torres.

Lentos van pasando los días y los meses, sin que la esperanza luzca en el horizonte lejano. En todo el estío y en los comienzos del otoño no corre por Argel otra noticia que la de haber llegado á Africa un formidable ejército mandado por el propio Rey de Portugal, D. Sebastián. Sábese que es D. Sebastián un rey caballero andante, que sueña con dominar y poseer toda Africa, correr la Arabia, pasar á la India. La audacia de los navegantes portugueses necesita y requiere ser confirmada con la osadía de los

portugueses soldados. De aquel pequeño reino saldrá tal vez el dominio de Europa en todo el mundo. La empresa de D. Sebastián es el comienzo de un poema, como el *Gerusalemme*, ó de un libro de caballerías, como el *Orlando*. Miguel presta oído atento, desde su prisión, al lejano rumor de las armas.

A primero de Agosto, la noticia de haber sido aniquilado el ejército de D. Sebastián en Alcázarquivir corre súbita y terrible por Argel. La derrota ha sido más grande aún que la de los turcos en Lepanto. Del Rey nada se sabe. El poema ha quedado roto en el primer canto; el libro de caballerías, anegado en sangre en el primer capítulo. Van pasando los días, y Miguel conoce nuevos pormenores de la catástrofe. En ella ha perecido, peleando como bueno, aquel delicado poeta filósofo que se llamó el capitán don Francisco de Aldana. Con él, la flor de los caballeros portugueses y muchos españoles.

Entrado Noviembre, otra noticia, más triste aún, hiela la sangre en las venas de Miguel. Cristianos venidos de España dicen que á primeros de Octubre murió en Flandes, y no en el campo de batalla, sino en un lecho de hostería, como un soldado cualquiera, el Sr. D. Juan de Austria. Miguel contempla rotas las figuras de los dos bravos paladines, y llora la muerte de su general, en quien ponía sus esperanzas todas. Andando por las calles, los músicos repiten el sonsonete lúgubre:

Don Juan no venir,
Don Juan no venir.
Acá morir,
Acá morir.

El día 12 de Diciembre de 1578, Azán Bajá, presentes todos sus esclavos, mata en su casa, por sus propias manos, á fuerza de darle palos en la barriga, al cautivo mallorquín Pedro Soler, que había intentado huirse de Orán. A Miguel le retienen en las orejas las agrias voces de los moriscos:

Acá morir,
Acá morir.
Don Juan no venir...

Ya no podía venir D. Juan. Las esperanzas iban apagándose.

FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

LO QUE GUARDAN LAS BIBLIOTECAS

En el aniversario del nacimiento de Cervantes

El "Quijote" sirvió al Rey Felipe V para conocer a los españoles

EL RESPLANDOR

ROÑA, superstición, vileza... España está anquilosada, parálitica y yerta. La vieja piel ibérica se derrumba por el tenebroso despenadero de una decadencia intelectual y económica. Las armas se embotan y enmohecen en los rincones, ó las sostienen dedos de alfeñique; las letras decaen, y la parla recia de los Arciprestes de Talavera y de Hita, forjada y hecha para ser hablada por grandes capitanes, frailes insignes é hidalgos de pro, el viejo idioma castellano se ahila, empequeñece y se convierte en feble palabrería de comadres. Y en el ápice de esta decadencia está un nombre: Carlos II. Y cuando el fantasma de este Rey desaparece, en el escenario nacional surge un resplandor que alumbrá las viejas ruinas con fulgores de esperanza: es Felipe V. Primer Borbón. Año 1701.

EL REY Y SUS PRECEPTORES

Felipe V amó las letras y el saber. Este Rey echó sobre la tierra acérrima y áspera de España la semilla delicada y sutil de la cultura francesa. Felipe V ama los libros y sostiene con ellos tiernos coloquios. Siendo en Francia duque de Anjou, sus manos pueriles pasan y repasan un extracto ó adaptación del *Quijote*, hecho por sus preceptores franceses para cultivar el espíritu del futuro Rey.

Yo estoy en el despacho del director de la Biblioteca Nacional. El ilustre Rodríguez Marín, ese hombre sabio y bueno, al que algún día habrá que sacar de entre los escombros de los libros, pone en mis manos el *Quijote* que sirvió de estudio al primer Borbón. El librito está manoseado. Las tapas, gastadas por el frote de los dedos. El rey Felipe V gustaba en su puericia leer las hazañas del más grande caballero que vieron los siglos. Y ahora, mientras tengo en mis manos esta joya bibliográfica, yo pienso qué fantasmas, qué ideas se forjaría de nuestra España el futuro Rey al leer y oír los comentarios de sus preceptores acerca del *Quijote*.

¿Se regodearía el duque de Anjou leyendo las agudezas socarronas de Sancho, ó se enternecería con las palizas y quebrantos del Caballero de la Triste Figura? ¿Vió su blando cerebro surgir por entre la urdimbre de las letras á Dulcinea, el ideal inasequible? ¿Pensó también que Quijote y Sancho eran las dos gloriosas mitades que componen al hombre único é inalterable?

No tienen posible respuesta estas preguntas. Pero el *Quijote* enseñó á Felipe V á amar á nuestro pueblo. Y si el Caballero inmortal «se pasaba las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio»..., su pequeño lector, al reinar en la patria de Cervantes, se preocupó de llenar de libros y de bibliotecas nuestra España.

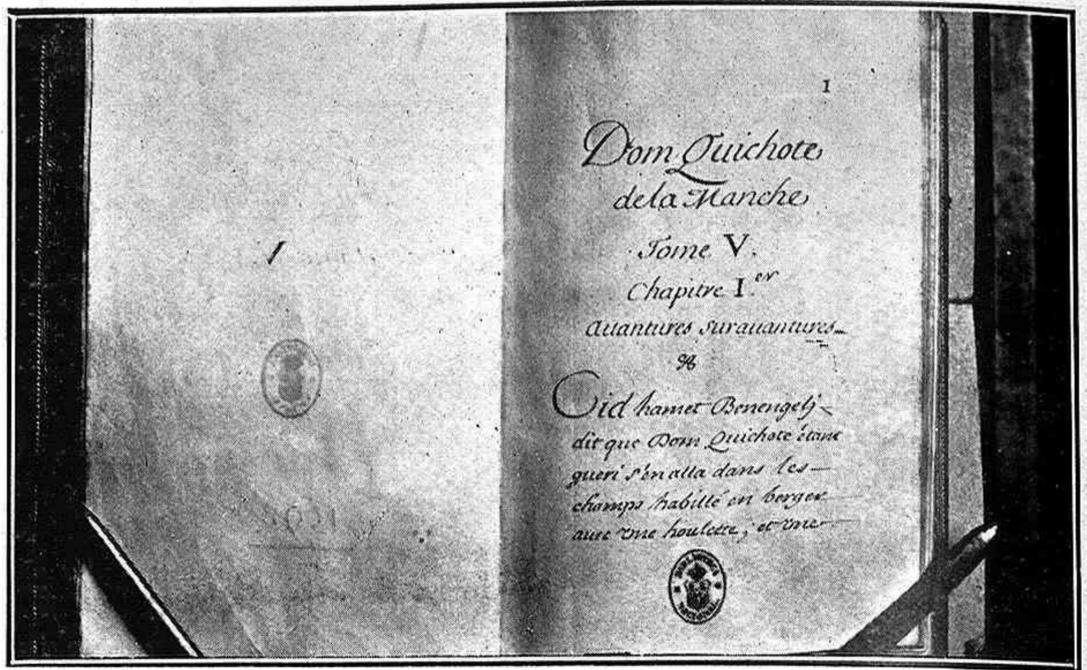
Felipe V fundó la Biblioteca Real, que fué la base de la actual Biblioteca Nacional que tantos tesoros encierra. El Rey, codicioso de obras espirituales, va llenando de libros los plúteos y estantes de las regias habitaciones. Hay en Palacio montañas de papel. Los tomos se apilaban formando pirámides. La pesadumbre de gobernar no evita que el Rey hojee y lea amorosamente los buenos libros. El servilismo palaciego pone en sus manos los presentes riquísimos de libros raros y curiosos. Cuando ya no hay sitio en Palacio para los silenciosos huéspedes, son trasladados éstos.

El año 1714 funda Felipe V la Academia Española, á imitación de la francesa.

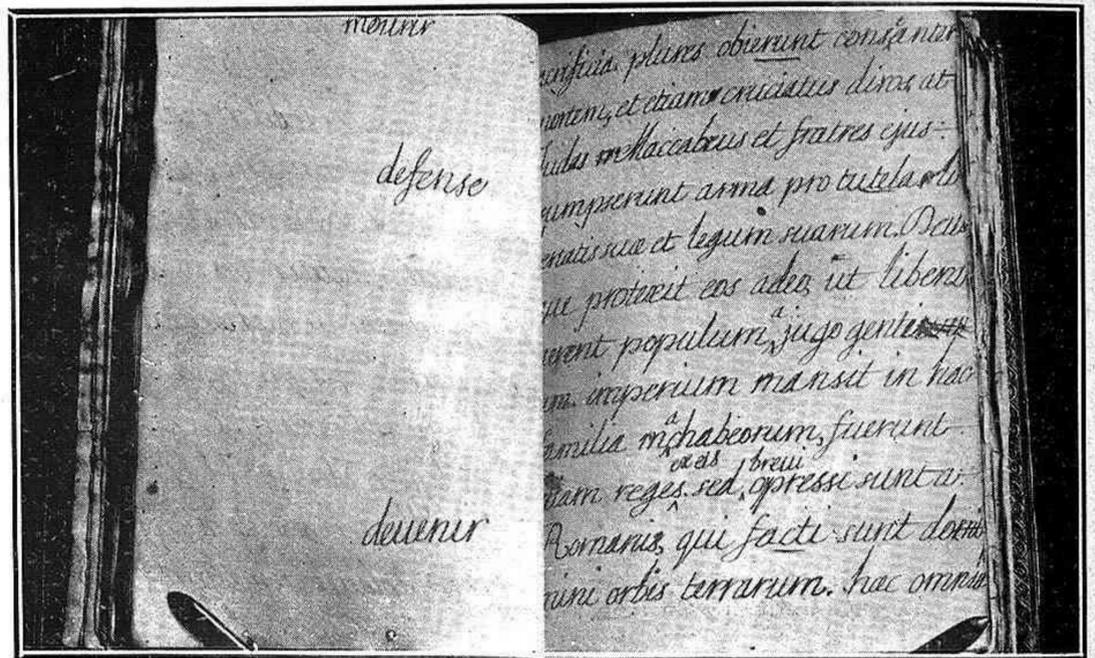
LA HILACHA PERDIDA DE UN SUEÑO

El duque de Anjou conoce la historia de España por el *Quijote*. Pero cuando el duque se convierte en Rey, tal vez quisiera contrastar su conocimiento libresco por la realidad vivida.

Felipe V es posible que buscara afanosamente



Extracto ó adaptación del «Quijote» que sirvió á Felipe V para conocer el espíritu español (De la Sección de libros manuscritos de la Biblioteca Nacional)

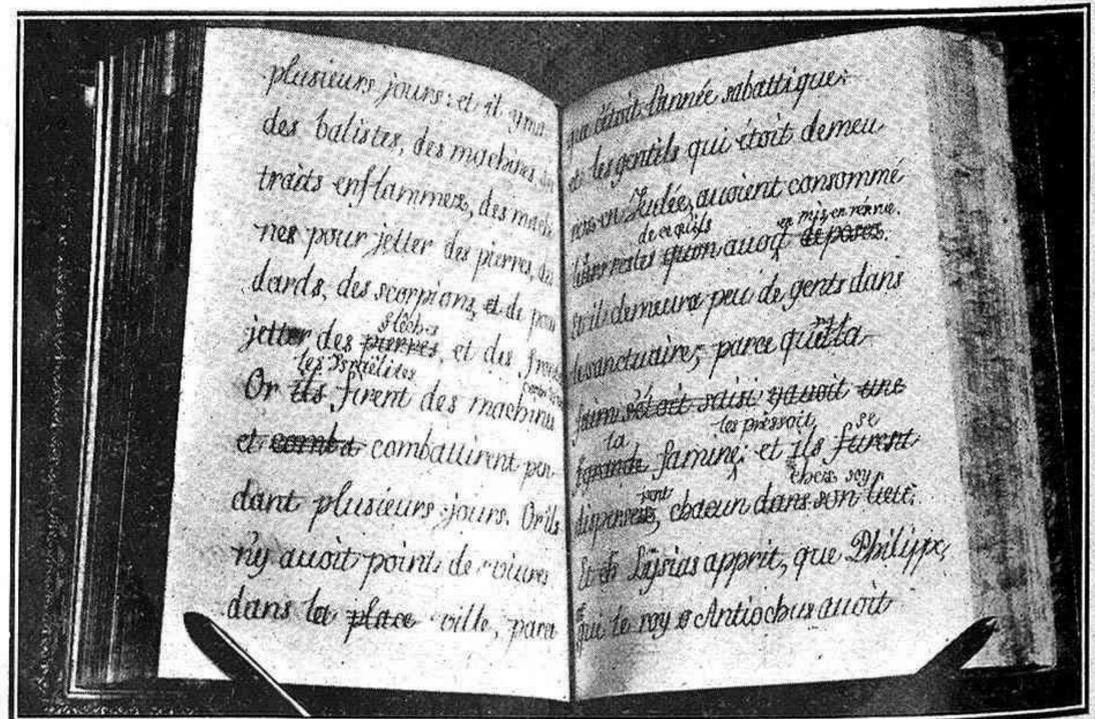


Composiciones latinas hechas por Felipe V

te el espíritu de «Don Quijote» entre los españoles. En su alma de niño habían quedado grabadas con rasgos indelebles las siluetas de los dos grandes tipos. Pisaba ahora la tierra maravillosa de la Mancha. Sus sueños infantiles habían sido protegidos por el soplo paternal y heroico del Caballero. El iba á reinar sobre la muchedumbre de Sanchos y Quijotes... que ya eran sólo un recuerdo, la hilacha perdida de un sueño. Y si el Rey, al llegar á España, dijo, decepcionado,

alguna palabra pesimista, tal vez en los oídos regios un cortesano servil arguyera la vulgaridad de que el «Quijote» era una obra de imaginación, sin comprender que en el libro imperecedero estaba la biografía de un gran español y la historia de una raza que enterraba con un sarcasmo todas sus grandezas pasadas, y todas sus locuras, y todos sus sueños.

JULIO ROMANO



Traducción francesa del «Libro de Ester», hecha por Felipe V en Francia siendo duque de Anjou. El futuro Rey de España cultivó su espíritu con la lectura y escritura del viejo libro

LO QUE GUARDAN LAS BIBLIOTECAS

Los retratos de los autores

A propósito de un filósofo majo y un libro raro moderno

HASTA qué punto conviene á un autor ilustrar su obra con su retrato? ¿No sugerirá la paupérrima idea de que su notoriedad y amor propio le interesen más que el fin legítimo de la obra? La mayor parte de los retratados desearían que la proyección de su persona fuese al mismo tiempo infiel y parecida, sofisma artístico posible á un genial pincel, inaccesible á la indiferencia de la placa. Por milagro responde la imagen real al fantasma provocado por la lectura en la imaginación del lector.

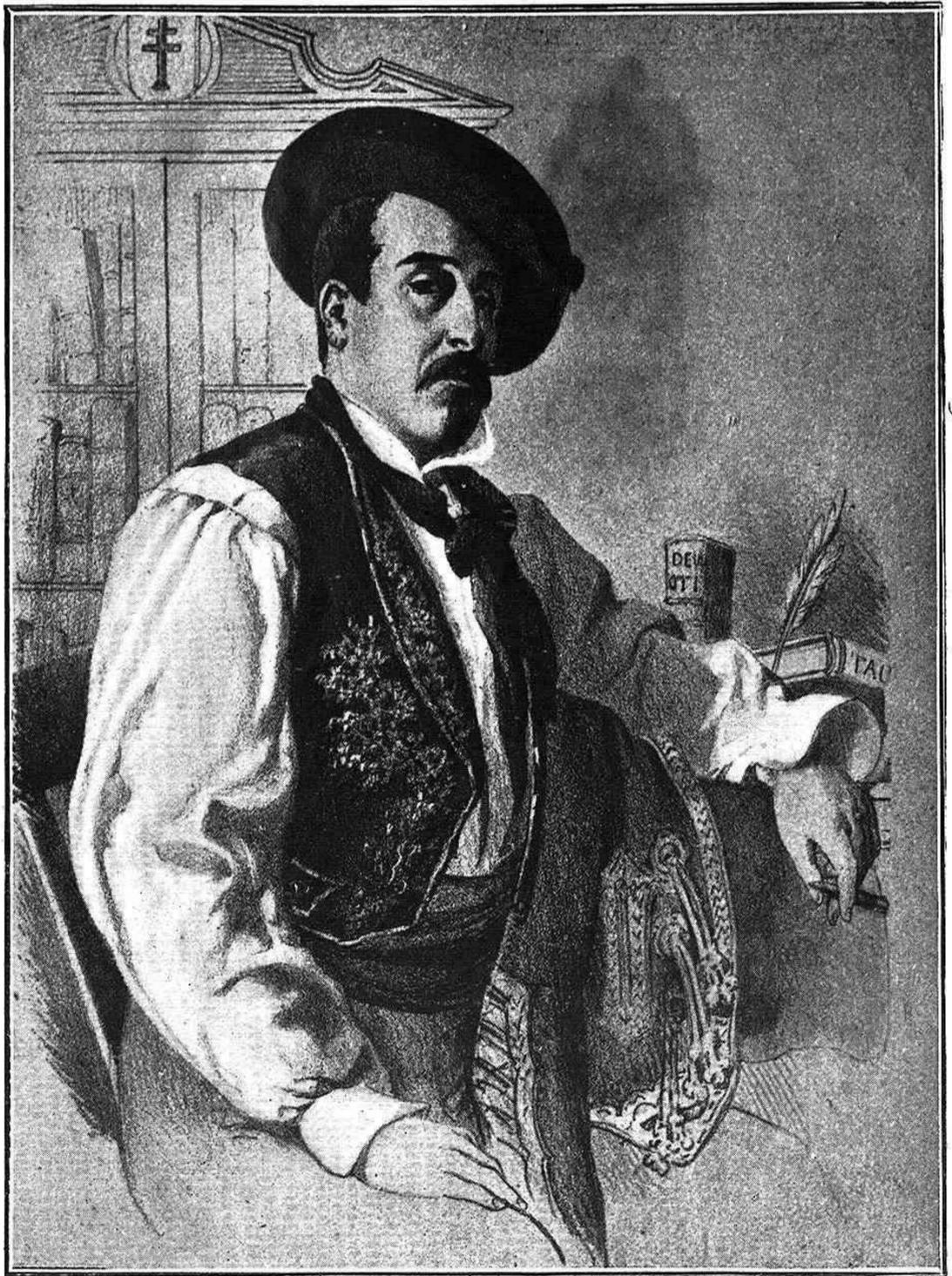
Figúrense mi sorpresa. Reunía yo las notas bibliográficas que habían de servirme para redactar mi *Historia de la Filosofía en España*, cuando supe de un libro titulado *Consideraciones sobre la Iglesia en sus relaciones con la Sociedad* (Madrid, 1851. Imprenta á cargo de Zaccarias Soler, calle de la Madera, núm. 8, con previa censura, licencia y sumisión á la autoridad del ordinario, única y canónica legítimamente constituida, retrato del autor y escudo de armas; 316 páginas en cuarto mayor, con elegante orla, y 22 de censura, dedicatoria, prólogo é ilustraciones de carácter simbólico y religioso), dedicado al Rey y compuesto por el conde del Valle de San Juan, inflamado en el mismo espíritu é impreso en el mismo año que el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, de otro político eupatrida, el primer marqués de Valdegamas. No expresa la portada el nombre gentilicio del magnate cartagenero. No obstante, creo poder asegurar que su nombre era D. José María Carrillo Manuel de Arrones, antes Melgarejo, puesto que no otro sucedió en el título el año 1848 á D.^a María de la Concepción González de Avellaneda, su tía, y lució su condado hasta 1863, en que pasó la dignidad á D. José Tomás Melgarejo y Musso.

La magnitud del tema; la condición del autor, denunciada por su título; la jerarquía de la persona á quien se dedicaba, y el prejuicio de la analogía entre el alma y su espejo, despertaron en mí la vaga idea de un rostro severo, un ademán grave y una distinguida indumentaria.

Cuando poseí el libro y contemplé el retrato del prócer, no acertaba á dar crédito á mis ojos. Al ver la imagen de un hombre en mangas de camisa, deshecho el nudo de la corbata, con faja, sombrero calañés, la chaqueta de alamares á un lado y el puro á medio fumar entre el índice y el dedo del corazón, jamás se figuraría nadie contemplar el retrato de un conde, de un filósofo ni de un hombre político. Y, sin embargo, de todo tenía el autor de este ya rarísimo libro. Comandante de voluntarios realistas en 1833, emigrado en 1840, progresista en 1843, revolucionario en Cartagena, fugitivo en Argel y fundador de un diario democrático, *El Pueblo*, llegó, desengañado, á retraerse de la política y escribir este libro, declarando en el prólogo: «No más partidos: la iglesia de Dios quiere que ocupe mis ocios.» En efecto. Después de proclamar la urgencia de restablecer el principio de autoridad y de explanar una breve teodicea ortodoxa, que trata de comprobar en la historia, defendiendo á la Iglesia de cuantos cargos se han acumulado contra ella, cerrando el libro primero con la apoteosis del cristianismo.

El segundo se halla dedicado á combatir el protestantismo, y termina encomiando á la Compañía de Jesús. La tesis fundamental es la contraria de Espinosa. Sostenía este filósofo que todos los males sociales dependen de la obstinación del clero en invadir la potestad civil. Nuestro conde, por el contrario, afirma que el sacerdocio se une al imperio para mejorar la condición de los gobernados y hacer más justos á los gobernantes. En toda la obra fulguran los anatemas del neófito absolutista contra el jansenismo, el volterianismo, el jacobinismo y la enciclopedia.

Pasó la escuela mal llamada teológica, más



DON JOSE MARIA CARRILLO MANUEL DE ARRONES, CONDE DEL VALLE DE SAN JUAN
Autor del libro «Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo»

(Fot. Cortés)

inspirada en el Antiguo que en el Nuevo Testamento, importada de Francia, aunque no exenta de precursores hispánicos; ahuyentada por el renacimiento escolástico y condenada por la misma Iglesia; pasó la demagogia blanca, creadora de un sensualismo religioso que arrebatava á la fe su base racional, y nacida por contragolpe de la fiebre revolucionaria; pasó acaso la actua-

lidad de los temas, ya que no de los problemas, para la oportunidad y la boga del libro; pero lo que no pasará nunca es la decepción del incauto lector al esperar un filósofo y encontrarse una figura que hubiera asustado á cualquier viajero de aquellos tiempos apareciendo en las fragosidades de Sierra Morena.

MARIO MENDEZ BEJARANO



PROVIDENCIA DE DIOS, PADECIDA DE LOS QUE LA NIEGAN
Manuscrito autógrafa de Quevedo, que se conserva en la Biblioteca Nacional

CLAROS VARONES DE CASTILLA

BURGOS, 1520. Es el 8 de Septiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora. En la plaza del Sarmental (1), frente a la pétrea maravilla de la catedral burgalesa, bullen y rumborean numerosos grupos en el siniestro y característico preludio de una sedición popular. En medio del gentío, un viejo de mirada sagaz y manos noblemente curtidas por el trabajo discute con un mozo que da muestras de gran excitación. El viejo, amigo y colaborador de Cristóbal de Andino, es un afamado artífice de la herrería; el mozo, el más diestro de sus oficiales.

EL MOZO.—¿Negaréis que ese Juan y ese Bernardo Roca son unos traidores?

EL VIEJO.—Cierto que lo son. Traidores ahora que, por codicia ó por miedo, se entregan al Condestable y á la causa del Rey Carlos. Pero no menos traidores antes, cuando diciéndose comuneros y excitando las pasiones del pueblo, se hacían nombrar sus caudillos y le arrastraban al incendio y al asesinato. Y en lo que toca al Condestable...

EL MOZO.—El Condestable es tan traidor y tan cobarde como ellos.

EL VIEJO.—¿Qué dices! El Condestable es un castellano que ama como nosotros los fueros y libertades de Castilla, y que odia, todavía más que nosotros, á esa banda de cuervos extranjeros que nos trajo el señor de Xebres; pero es también un noble torpemente agraviado y perseguido por los comuneros. Sin duda que está apasionado en demasía, como lo estamos todos en estas lamentables discordias; pero es insensato acusarle de traidor. Y más insensato aún calificarle de cobarde; harto prueba no serlo quien en los días que corren mantiene con brava su autoridad de Corregidor y como tal ha convocado la junta que ahora se está celebrando.

EL MOZO.—Y que no ha de acabar sin que yo vea lo que en ella se trata.

EL VIEJO.—¡Aguarda, muchacho! ¿Adónde quieres ir y para qué?

EL MOZO.—A ver lo que hace y lo que dice el Condestable. ¡Y juro por San Lesmes que si no nos entrega á los traidores!...

EL VIEJO.—¡Aguarda! ¡No seas loco!

Pero el mozo ya no le oye. Se ha desasido violentamente de él y, mezclándose al grupo turbulento de los más impacientes y gritadores, entra osadamente en la Catedral.

Interior de la Catedral. En la Sala Capitular ó capilla de Santa Catalina, edificada á principios del siglo XIV por la piedad del monje benedictino fray Pedro Martínez, se halla reunida la junta que preside, desde un alto sitial, el Condestable D. Íñigo de Velasco. Regidores y clérigos, procuradores y caballeros, ocupan los lugares debidos á su rango. En el resto de la estancia, y fuera de ella, desbordándose por la amplitud del claustro, una multitud heterogénea de mercaderes, artesanos y menestrales de toda laya.

Habla D. Íñigo. Sus primeras, reposadas palabras de serenidad y concordia son interrumpidas por algunos gritos descompasados: «¡Justicia! ¡Queremos justicia! ¡Entregadnos á los traidores!»

El Condestable salta de su sitial y su voz airada domina el tumulto. La blanca melena ondula leoninamente á las viriles sacudidas de su altiva testa militar. En su diestra, la vara de Corregidor azota el aire como un látigo. Ya no es el presidente de una reunión civil, sino el domador de aquella turba, que, á veces, ruge amenazante al castigo de sus apóstrofes, para encogerse luego medrosamente, como fascinada por el centelleo de sus ojos.

EL CONDESTABLE.—¡Justicia, justicia! Mas, ¿qué entendéis vosotros por justicia?... ¿Que se guarden y mantengan los fueros y libertades del pueblo castellano? ¿Que los extranjeros no tengan asiento en las Cortes? ¿Que se les prive de gozar, como solían, los mejores puestos en el Consejo Real y las prelacías y los corregimientos y los demás oficios y beneficios de la Corona? ¿Que

UN EPISODIO DE LAS COMUNIDADES

el Rey viva en Castilla, atento á los negocios del reino, y que olvide y perdone los pasados extravíos?... Pues todo eso se ha ofrecido en su real nombre y á todo se han negado los que se dicen jefes de las Comunidades castellanas.

¿Qué justicia es entonces la que pedís? ¿Es acaso el triunfo y señorío de los que asesinaron en Segovia al procurador Tordesillas? ¿De los que aquí mismo, en Burgos, saquearon é incendiaron tantas casas hace apenas tres meses? ¿De los que ha pocos días asaltaron el palacio episcopal y atentaron sacrilegamente á la vida del obispo Fonseca? ¿De los que han asolado mis propios estados y ultrajado en Medina de Pomar las insignias de mi corregimiento?

¿Es eso lo que entendéis por justicia? ¿La Iglesia de Dios insultada en sus ministros? ¿La majestad real desacatada? ¿La nobleza envilecida y entregada al capricho de esos tundidores, pellejeros y cerrajeros convertidos en adalides y capitanes?... ¡Pues si esa es vuestra justicia, vive Dios que bien pronto he de haceros sentir la mía!

¿Que os entregue, decís, al espadero Juan y al sombrerero Roca? ¿A los que aclamáis cuan-

do fueron rebeldes, queréis sentenciar ahora cuando se han acogido á mi amparo y á la sagrada promesa del perdón del Rey? ¡Nunca! Esos hombres han sido culpables, ciertamente; mas han redimido su culpa al obrar ahora como leales.

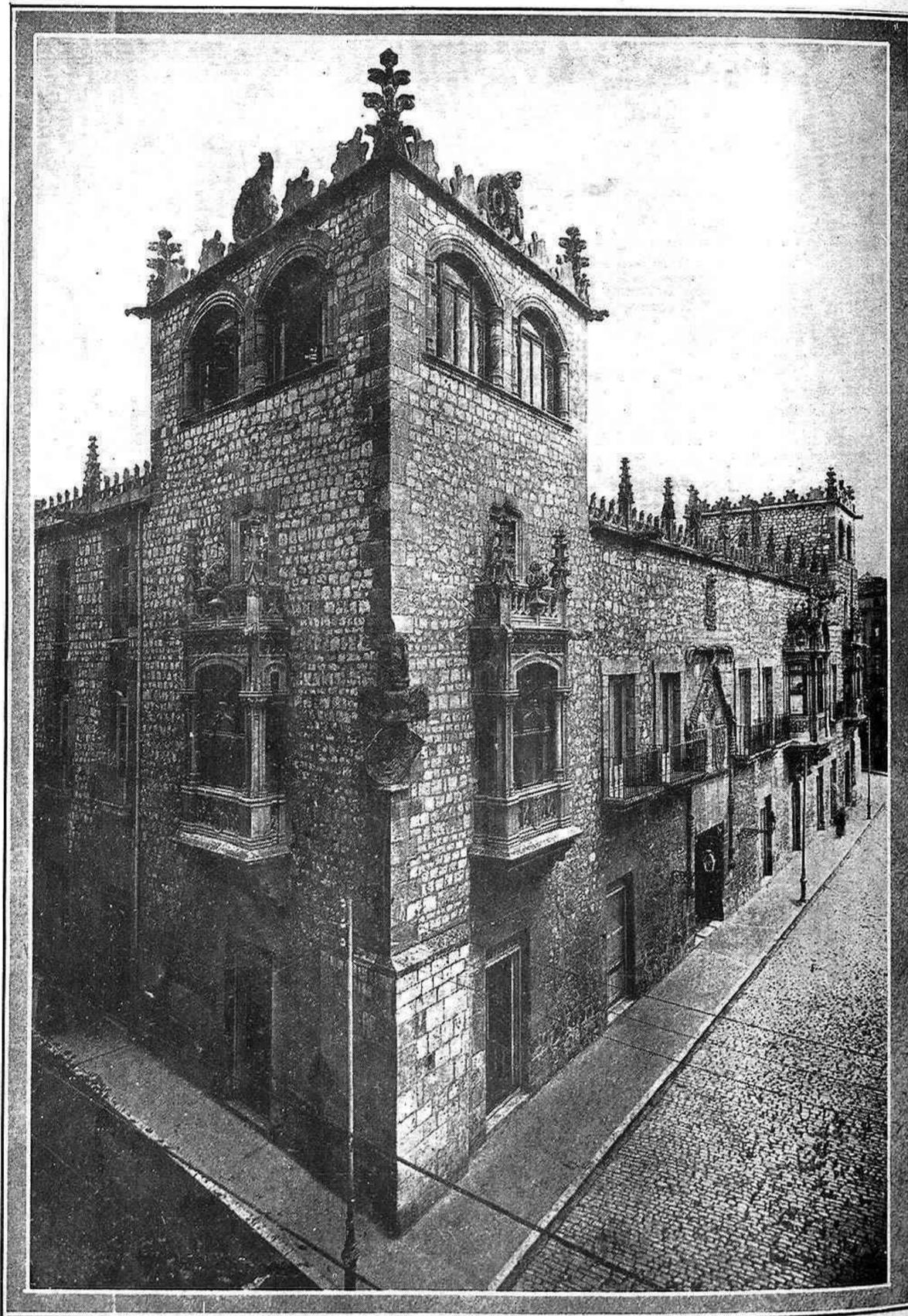
UNA VOZ.—¡Mentís, Condestable de Castilla! ¡No son ahora sino dos veces traidores!

Hay un silencio de estupor. La aquilina mirada de D. Íñigo descubre, allá junto á la puerta de la capilla, á un mozo erguido en actitud retadora.

EL CONDESTABLE.—¡A mí tal insolencia!

Y con agilidad increíble, rejuvenecido por la ira, cruza como un relámpago la estancia, antes de que nadie piense en detenerle. Levanta el brazo, y su pesada mano de guerrero descarga en la faz del insultador una tremenda bofetada. El mozo cae al suelo desvanecido. Hay gritos, huidas alocadas, confusión enorme.

Entre la Catedral y el palacio del Condestable ruge, ya desenfrenada y puesta en armas, la sedición popular. Han salido á relucir espadas y ballestas, chuzos y partesanas. Acá y acullá un



(1) Hoy, plaza del Duque de la Victoria.

Casa del Cordón, palacio de los Condestables de Castilla, siglo XIV

estandarte ó, en guisa de tal, un pedazo de tela cualquiera, da á los aires el morado color de las Comunidades. Se oyen vivas y mueras, denuestos é imprecaciones en que ponen sus notas más coléricas las agudas voces femeninas. Un mercader del Consulado, encaramado en los hombros de dos correligionarios, arenga á las masas clamando venganza contra el Condestable.

EL MERCADER.—El derecho de asilo no se ha hecho para los tiranos. Puesto que en la Catedral se refugia, entremos por asalto en la Catedral.

VOCES.—¡Sí, sí, á la Catedral!

En este momento, doblando la esquina inmediata, aparece el Condestable en persona. Viene á caballo, rodeado de sus amigos y servidores; empuña en alto la vara de Corregidor. De los grupos más distantes parten contra él mueras é improperios. Los cobardes insultos le hacen sonreír, como si fuesen un homenaje á su grandeza. Algunos de los amotinados hacen semblante de acometerle; pero son contenidos por las espadas amigas que le resguardan.

Ya está D. Iñigo muy cerca de su palacio. Uno de los rebeldes le ha enfilado con su ballesta. A pocos pasos se le ofrece, inerte y descuidado, el noble corazón, cubierto solamente por la roja cruz de Calatrava. Mas á punto de disparar, el ballestero tiembla y deja caer los brazos.



Repisa de la capilla de Santa Catalina en la Catedral de Burgos (siglo XIV)

UNO.—¿Qué haces, cobarde, que no le matas?

EL BALLESTERO.—¡No merece ser muerto á traición el más valiente caballero de Castilla!

•••••

Al día siguiente. La histórica Casa del Cordón, morada del Condestable, se halla cercada por las turbas. Las escasas gentes de armas tomar que siguen á D. Iñigo, apercebidas á la defensa de puertas y ventanas, aguardan el inminente asalto, para recibirlo con las puntas de sus picas ó con las bocas de sus arcabuces. En el ancho zaguán,

diez culebrinas, con sus sirvientes alerta, defienden la entrada principal.

De pie en medio del patio, ceñudo y conteniendo apenas su cólera, D. Iñigo escucha las razones con que dos mediadores pacíficos, Antonio Sarmiento y el canónigo Cerezo, intentan persuadirle á parlamentar con los sitiadores.

SARMIENTO.—Ved, señor, que la situación no consiente más demora. Durante toda la noche, las exhortaciones del cabildo y de los monjes de San Pablo han logrado impedir que se prenda fuego al palacio. Pero ya es imposible contener al pueblo.

EL CONDESTABLE.—Con exhor-

taciones piadosas, tal vez; mas yo todavía cuento con exhortaciones de hierro y de plomo.

EL CANÓNIGO.—En el nombre de Dios, no os obstinéis en una resistencia vana y funesta. ¿Qué ha de poder un puñado de hombres contra el furor de la ciudad entera alzada en armas?

EL CONDESTABLE.—Cuando menos, salvar la honra.

EL CANÓNIGO.—No hay deshonra alguna en lo que os proponemos. El pueblo consiente en que salgáis á salvo de la ciudad con vuestros familiares y con toda la demás gente que no sea útil para las armas.

EL CONDESTABLE.—¿Abandonando á los que las empuñan en mi defensa? ¿Y osáis proponer vileza semejante á un Condestable de Castilla?

VOCES (fuera).—¡Al asalto! ¡Al asalto!

SARMIENTO.—¡Decidíos, señor!

EL CONDESTABLE.—Decidido estoy. (A los suyos.) ¡Encended las mechas de las culebrinas!

Redobla fuera el vocerío. Un terrible golpe, como de ariete, conmueve la puerta principal y retumba pavorosamente en todo el palacio. Se oyen dentro gritos de espanto, y las hijas de D. Iñigo, seguidas de otras doncellas, se precipitan, huyendo, dentro del patio. Vienen desmeledadas, desfiguradas por el terror.

LAS HIJAS.—¡Auxilio! ¡Santísimo Cristo! ¡Padre, padre!

A esta aparición, el Condestable palidece.

EL CANÓNIGO.—¡Hacedlo por ellas, señor, por vuestras hijas! ¡Por tantos inocentes que van á perecer sin remedio!

EL CONDESTABLE.—Sea. Consiento en salir de la ciudad... Pero escuchad bien mis condiciones. Han de salir á salvo conmigo cuantos quieran seguir mi suerte. Y al salir no he de ver á uno solo de los revoltosos. La plaza contigua ha de estar por completo despejada.

SARMIENTO.—¡Imposible! ¡No consentirán nunca!

EL CONDESTABLE.—En tal caso la despejarán mis culebrinas.

EL CANÓNIGO.—¡Señor!...

EL CONDESTABLE.—Basta. Salid y no volváis con intento de otros acomodados. O ese ó ninguno. Es mi última palabra.

•••••

Una hora después, la plaza de Comparada (1), contigua al palacio, se halla desierta. Por la puerta principal sale el Condestable á caballo, acompañado de sus hijas, deudos, servidores y soldados. Entre las mujeres del séquito y vestidos como ellas, van, lívidos y temblorosos, el espadero Juan y el sombrerero Roca.

Al llegar la comitiva al convento de San Pablo es alcanzada por un emisario que viene á todo correr de la ciudad.

EL EMISARIO.—¡Acclerad la marcha, señor! Algunos malvados están excitando al pueblo para que os persiga. ¡Huid ó sois perdidos!

EL CONDESTABLE.—Tranquilizaos y cobrad aliento, mi buen amigo. Muchas locuras han hecho en estos días los burgaleses; mas ó ya no los conozco ó no caerán en la infamia de faltar á un pacto.

EMISARIO.—Sin embargo, señor...

EL CONDESTABLE.—Presto os convenceréis, puesto que aquí vamos á detenernos. ¡Hola! (Uno de los servidores acude á tenerle el estribo.)

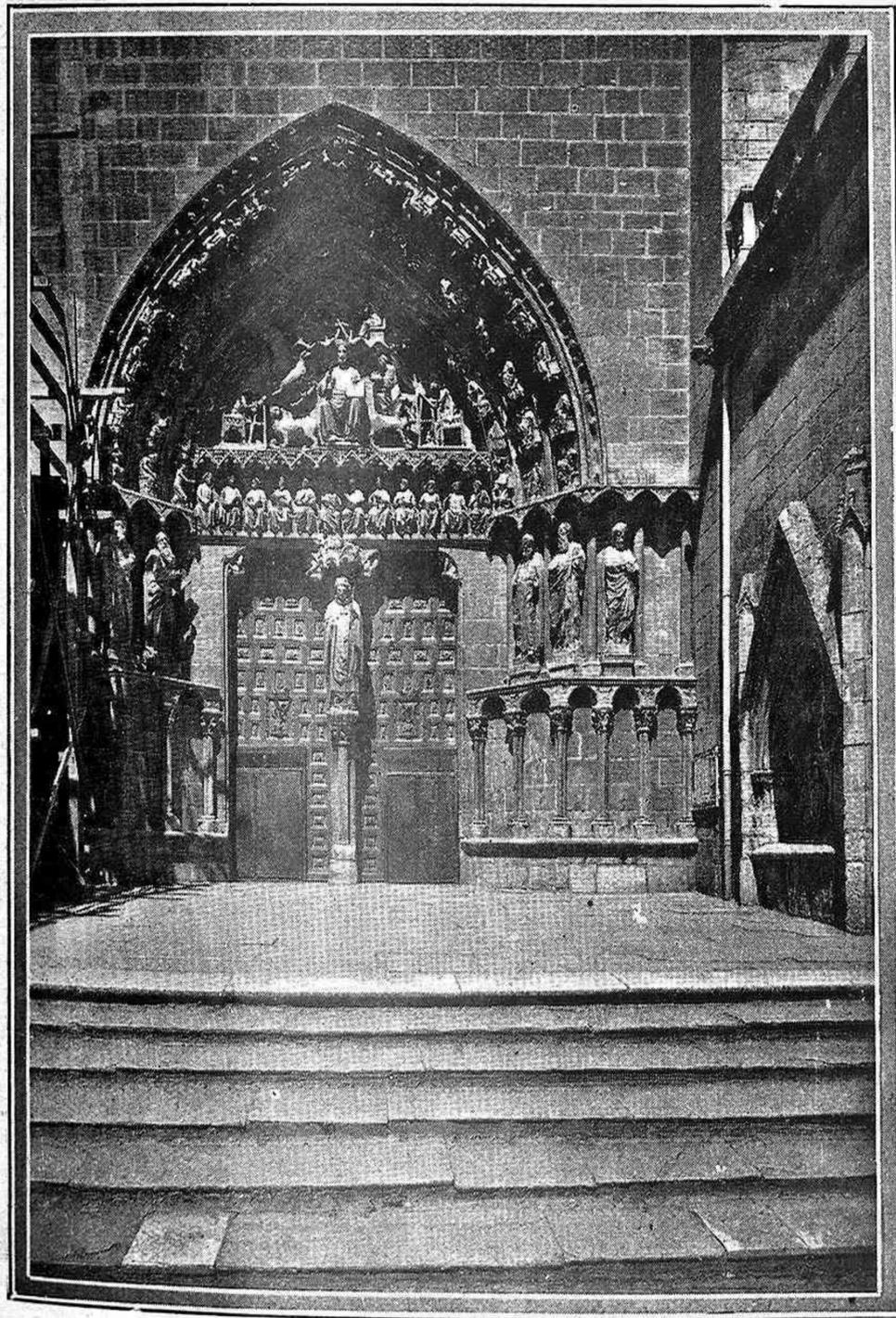
UN CABALLERO.—Ved, señor, que si en tal confianza fuésemos atacados...

EL CONDESTABLE.—Sucederá, como siempre, lo que Dios sea servido. Entretanto, veamos si este buen prior de San Pablo nos admite á su refectorio; que ya es pasada con exceso la hora del yantar.

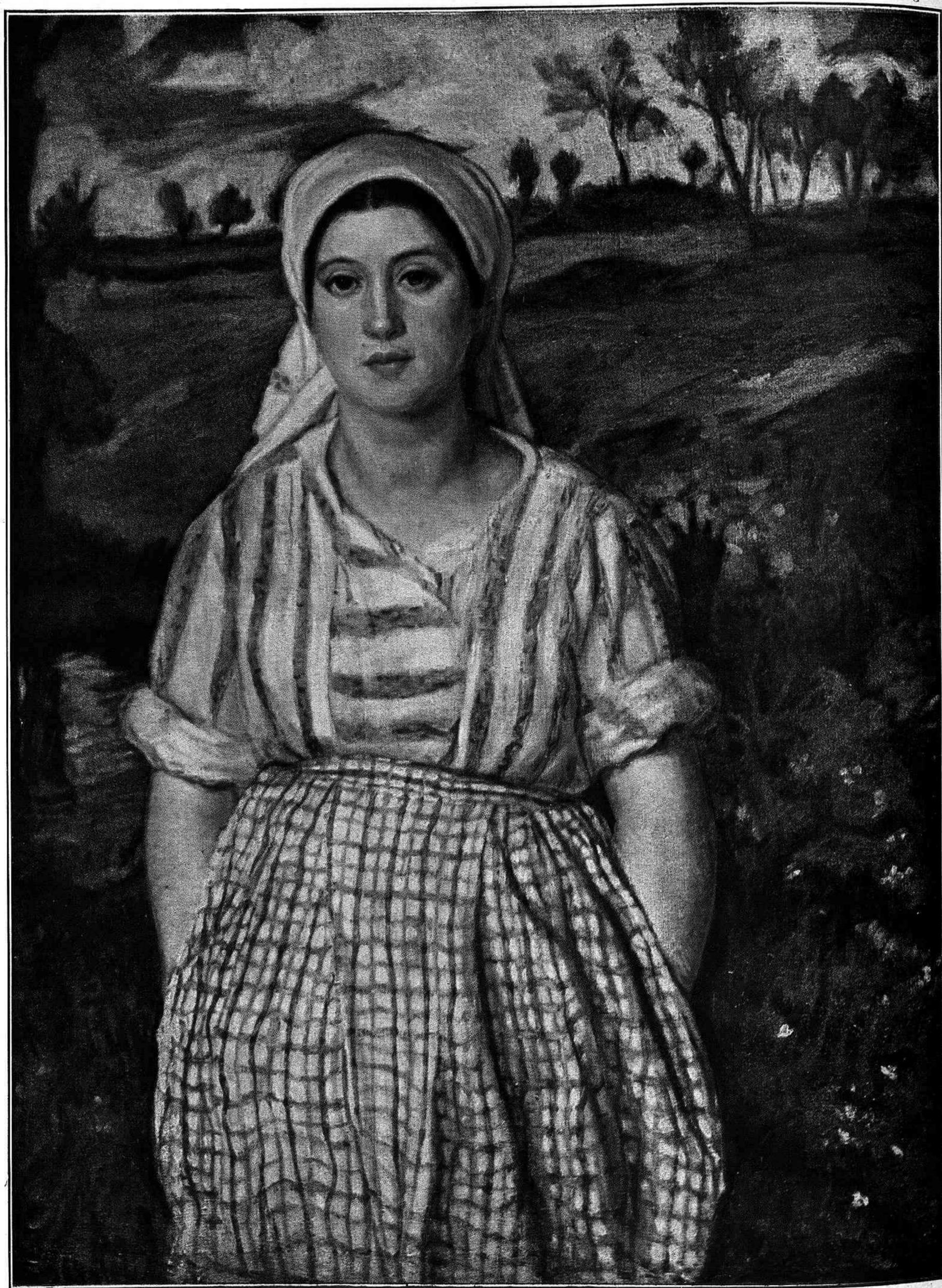
Descabalga, y seguido de sus hijas, que han hecho lo mismo, entra sosegadamente en el convento.

JUAN DE CASTRO

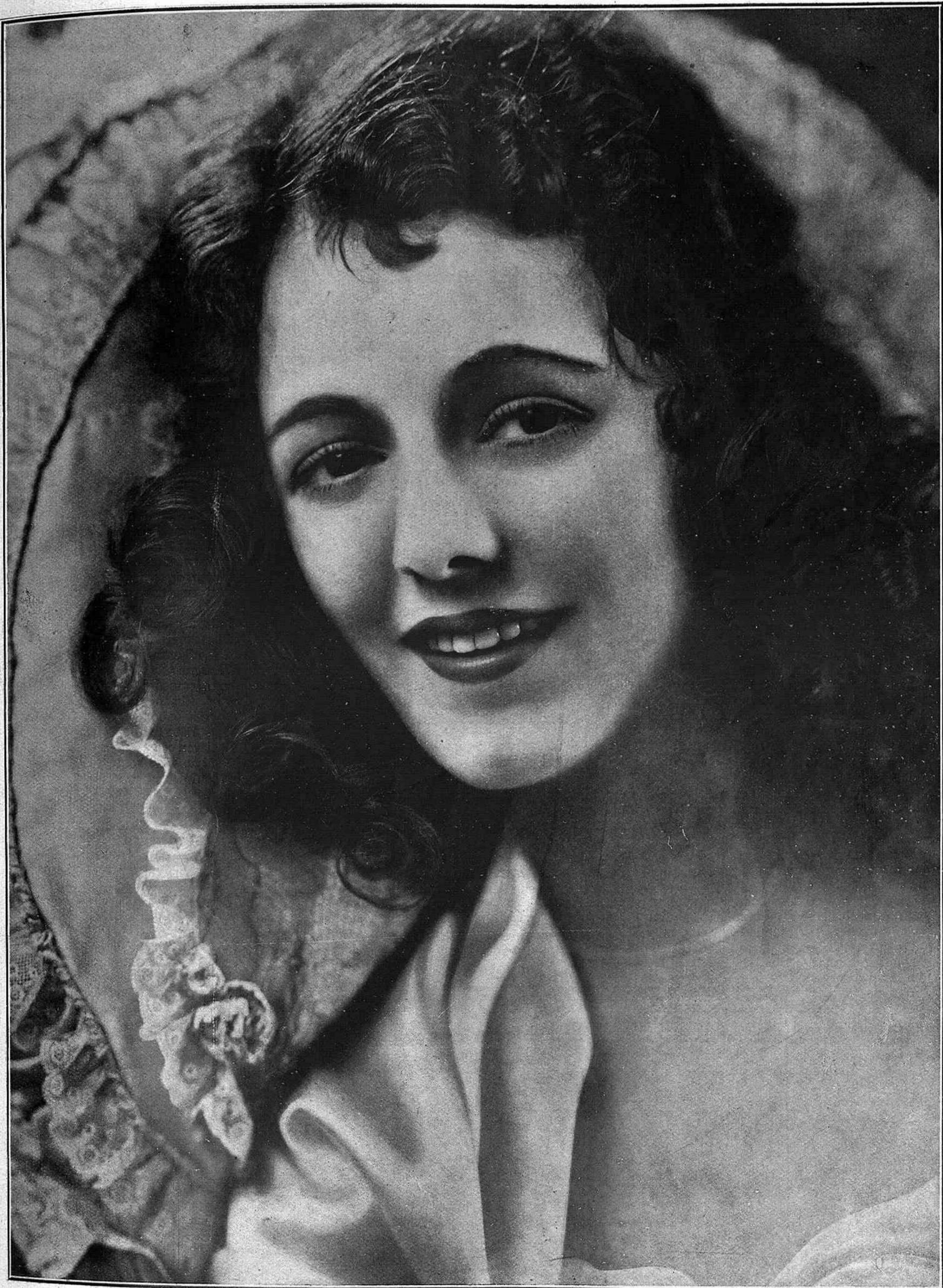
(1) Actualmente, plaza de la Libertad.



Puerta del Sarmental de la Catedral de Burgos



«Molinera», cuadro
de Juan Luis López



Las sugestivas bellezas
* * de la pantalla * *

Esta lindísima «girl» fué durante algún tiempo una «extra» sin relieve alguno. Logró, al fin, ese papelito tan tenazmente perseguido, donde su gracia picaresca y su belleza prestigiaron la película vulgar, y desde entonces, Janet Gayner camina seguramente por el camino del «asismo» hacia la categoría de «estrella», que Hollywood sólo concede raramente

EN TORNO DEL ANIVERSARIO DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

La antigua Orden de San Juan y la tradición de Cervantes manchego

CON ocasión de las próximas Exposiciones de Sevilla y Barcelona, háblase insistentemente de organizar un circuito de turismo por la llamada *ruta del Quijote*, ó sea á lo largo de los lugares que constituyen el genuino escenario de la obra inmortal; lugares tan poco conocidos y estudiados de propios y extraños, tanto por la característica acidia española como por la falta del estímulo que constituiría la existencia de apropiadas vías de comunicación.

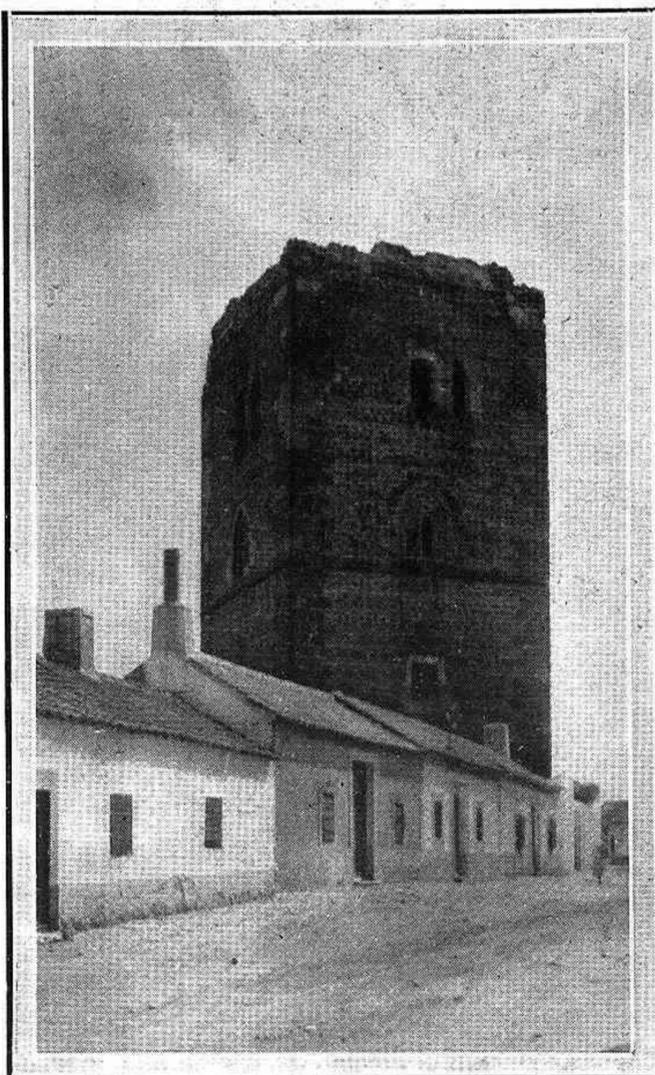
Argamasilla de Alba, El Toboso, Ruidera, Criptana y otras poblaciones íntimamente vinculadas con aquélla, serán visitadísimas, á buen seguro, por los millones de americanos que vendrán á la madre genitora de aquellas modernas nacionalidades. De desear es, por tanto, que la Compañía de Industrias del Turismo, entidad iniciadora de la construcción de hoteles y de la mejora de carreteras, pueda realizar rápidamente su propósito, lo que hay que esperar dada la eficaz ayuda que el Gobierno concede hoy á estas cuestiones.

Uno de los puntos más llamados á atraer á los entusiastas de lo histórico y lo pintoresco es la ciudad de Alcázar de San Juan, que constituye tan importante nudo ferroviario en la bifurcación de las líneas de Andalucía y Levante. Situada, además, en el extremo de la provincia de Ciudad Real, próxima al comienzo de las otras tres manchegas de Toledo, Cuenca y Albacete, alguien, como el ilustre *Azorín*, la ha llamado *capital geográfica de la Mancha*.

Sabido es que así como en Grecia disputábase siete ciudades el honor incomparable de ser la cuna de Homero, en España hay también varias que pretenden haber visto nacer al Príncipe de nuestros Ingenios. Alcázar es, á este respecto, la más seria contrincante de Alcalá.

Esta tradición de Cervantes manchego, y la historia cierta de su trascendental papel en el pasado de la famosa Orden militar de los Hospitalarios ó de San Juan, hacen de Alcázar uno de los lugares en que viven más leyendas y recuerdos imperecederos, que reclaman detenido estudio y conocimiento.

Hoy puede darse por desechada la opinión de no pocos arqueólogos que pretendieron asentar aquí la antiquísima *Alces*, ciudad celtíbera muy famosa en la época romana, pues el moderno enjuiciamiento de estas disciplinas nos dice que los restos de aquélla corresponden al lugar nombrado *Villajos*, varios kilómetros al noroeste. Créese, por tanto, que hasta tiempo de los árabes, que la dieron nombre, no alcanzó importancia. Alfonso VII, al afianzar la conquista de la Mancha, dióla á Juan Muñoz, Fernando González y Pedro Rodríguez, los cuales llevaron á ella sus familiares, incrementando su repoblación. Adscrita más tarde á la Orden de Santiago, fué adquiriendo gran importancia merced á las donaciones reales. Pero á poco pasó á la Orden de San Juan, rigiéndose por el llamado Fuero de Con-



Torreón de Santa María, la parroquia donde según se afirma fué bautizado Cervantes

suegra, «el cual constituyó en la Edad Media el derecho común, no sólo de los pueblos del Campo de San Juan, sino de toda Castilla».

En 1241 contaba ya 362 vecinos, y poco después constituía la segunda población de la Orden. La capital era Consuegra, cedida á los Hospitalarios venidos de Asia el año 1183, con la facultad de hacer suyos cuantas fortalezas y lugares consiguiesen arrancar al dominio agareno. En 1292, Sancho IV concedióla el título de villa.

Varios son los nombres con que aparecen con-

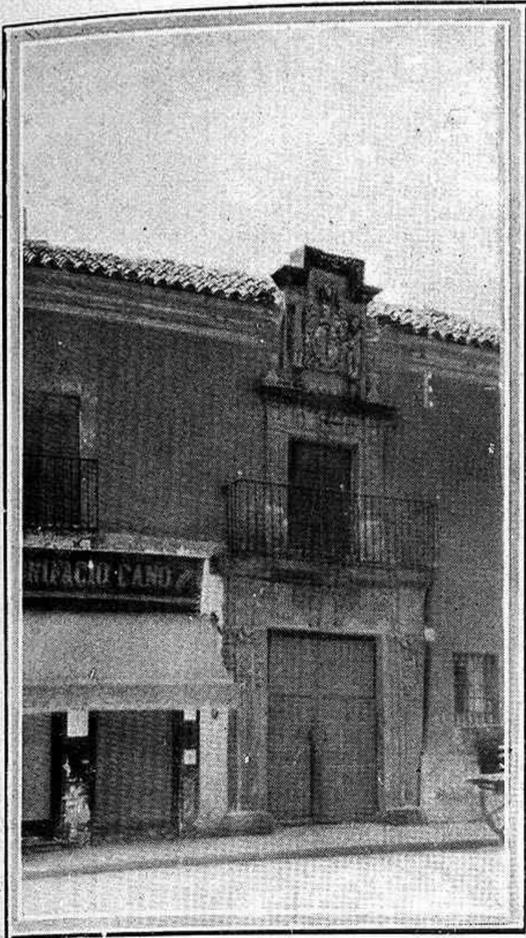
signados en los documentos de la época aquellos jefes supremos de la Orden. Sin embargo, á poco generalizose el de *Gran Prior*, cuya facultad de nombramiento pasó á ser derecho de la Corona de Castilla. En los comienzos del siglo XVI, época de su máximo esplendor, contaba con los siguientes pueblos: Consuegra, Alcázar, Madrdejos, Tembleque, Argamasilla, Villacañas, Herencia, Yébenes, Camuñas, Villafranca, Manzaneque, Arenas, Villar del Pozo, Villarta, Quero, Turleque, Lillo y El Romeral. «La dignidad de Prior de Castilla—dice un cronista contemporáneo—llevaba anejos tanta nobleza y poder, que el que la obtenía figuraba, con razón, al igual de los Maestros de Calatrava y Santiago, entre los más poderosos magnates de España. Era muy natural que pasada la hora del peligro, libres ya de los azares de la lucha con el musulmán y despojándose del cuidado y asistencia de los enfermos y peregrinos, los Priores únicamente se emplearan en mecere en las amargas dulzuras del gobernar, y en gozar de las pingües rentas que el Priorato les ofrecía. De aquí el que fuera muy apetecida la posesión de esta dignidad por la nobleza, y muy disputada en el alcázar de nuestros reyes, dando lugar á ruidosas intrigas y conatos de sedición y de lucha, y á que, por último, nuestros monarcas la convirtieran en patrimonio de su propia familia.»

La Historia señala algunas de esas contiendas famosas originadas por la improcedente erección de determinados personajes al Priorato. Primero fué D. Juan de Valenzuela quien, en tiempos de Enrique III, consiguió usurpar la alta dignidad. Mas á poco fué depuesto, eligiéndose para ella á D. Alvaro de Zúñiga. Este logró que el Rey y el Papa le consintieran cederla á su sobrino, D. Antonio de Zúñiga. Pero he aquí que en el segundo reinado de Fernando el Católico—cuando, muerto Felipe el Hermoso, é incapaz D.^a Juana, hubo de coger nuevamente las riendas del país—este monarca le depuso, nombrando Prior al tercer hijo del duque de Alba, D. Diego de Toledo, queriendo así agradecer los servicios de aquél. Zúñiga recurrió á Carlos V, apenas subido al trono, y al Pontífice, los cuales reconocieron su derecho. El primero, que se encontraba en Flandes, encomendó al Cardenal Cisneros zanjase esta cuestión, el cual llevóla al Consejo de Castilla, en el que se dividieron las

opiniones. Dudando ambos contendientes del éxito de sus aspiraciones, decidieron someter la cuestión á la fuerza, y se aprestaron á la guerra. Zúñiga, hermano del duque de Béjar, vióse apoyado de éste y por los duques del Infantado, Cárdenas, Maqueda y Fuensalida, á más de otros personajes. El de Alba, á su vez, estaba apoyado por don Antonio de Fonseca, el poderoso señor de Coca y Alaejos, y por el duque de Escalona. Pero el Gobierno, ó sea el gran Cardenal que lo regía, viendo esa actitud en ambos, dispuso que las tropas reales ocuparan el Priorato hasta tanto que se dictase justicia. Mas fueron en vano la



Aspecto de la plaza de la Constitución de Alcázar de San Juan. A' fondo, el magnífico edificio del Casino Principal



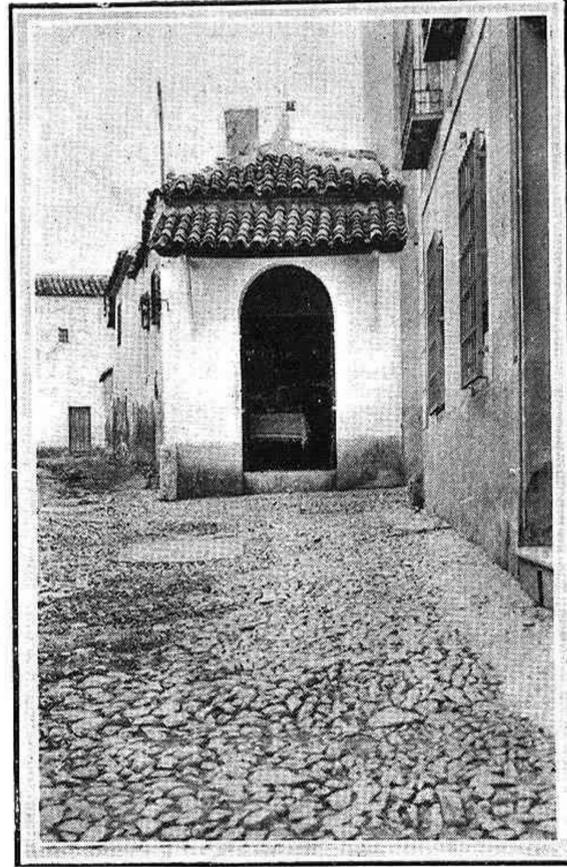
Una casa solariega de Alcázar

energía de Cisneros—ya en los últimos meses de su vida—y las cartas conminatorias escritas por Carlos V, por lo cual hubo de movilizarse al fin todo un ejército de 5.000 infantes y 1.000 caballos, de los que 300 fueron á sitiar á Consuegra. «La juventud toledana, que seguía á D. Diego y se encerró con él—dice Hervás—, poseída de un furor ciego y destemplado, en su desvarío soñaba con reproducir en la capital del Priorato las escenas de Numancia y Sagunto. Construyeron varios ataúdes y los colocaron sobre las murallas como contestación á las proposiciones de paz y concordia que les hacía el Cardenal; y para hacer á éste y á sus soldados comprender que estaban dispuestos á sucumbir con Diego, antes que entregar á Consuegra. Viendo el duque de Alba toda la gravedad del asunto, visitó á la Reina y al legado del Papa para que intercedieran con el Cardenal, y, por último, confirió con éste, acordando la entrega lisa y llana del Priorato al marqués de Cabra hasta tanto que viniera el emperador y dirimiera el pleito. La muerte del Cardenal excitó al de Alba á tomar otra vez las armas, reproduciendo en el Priorato la sedición y los tumultos los que apenas pudo aplacar el emperador, dividiendo el Priorato entre los dos contendientes, siéndole á Zúñiga agregado con el título de *Prior de León*,

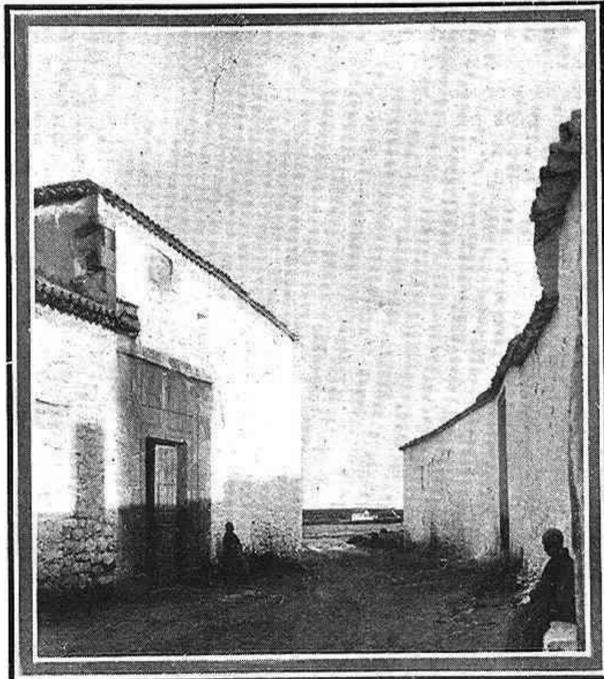
los pueblos de Alcázar, Argamasilla, Quero y Villafranca, y á D. Diego, el resto, con la dignidad de *Prior de Castilla*, cuya providencia aprobó el Papa Clemente VII en 1521.»

•••••

Alcázar de San Juan, por su florecimiento y prosperidad posteriores, constituye, tanto ó más que la que fué capital del Priorato durante mucho tiempo, Consuegra, la cuna de evocaciones y vestigios de la Orden famosa. Sus numerosos templos y otros monumentos—entre los que se cuentan la parroquia de Santa María, donde la tradición imperecedera sostiene que fué bautizado Cervantes, basándose en una partida de nacimiento que muchos tienen como fidedigna—, nos hablan de su fausto é hidalguía de otrora. Aúnanse en esta población, como en pocos otros lugares de la Mancha—y de Castilla—, ese patente patrimonio caballeresco y el fiel reflejo de lo característico de la tierra y sus gentes. Desde los siglos pretéritos coexistió aquí lo aristocrático y lo popular. Sus antiguos conventos, algunos con cátedras de enseñanza, hicieron tan famosos como las industrias intensamente desarrolladas. Y alguna vez sus hijos ilustres pregaron con su vida ejemplar y con sus creacio-



La famosa ermita del Cristo de Zalamea



La casa de Dulcinea en El Toboso

nes intelectivas la prócer estirpe del solar nativo.

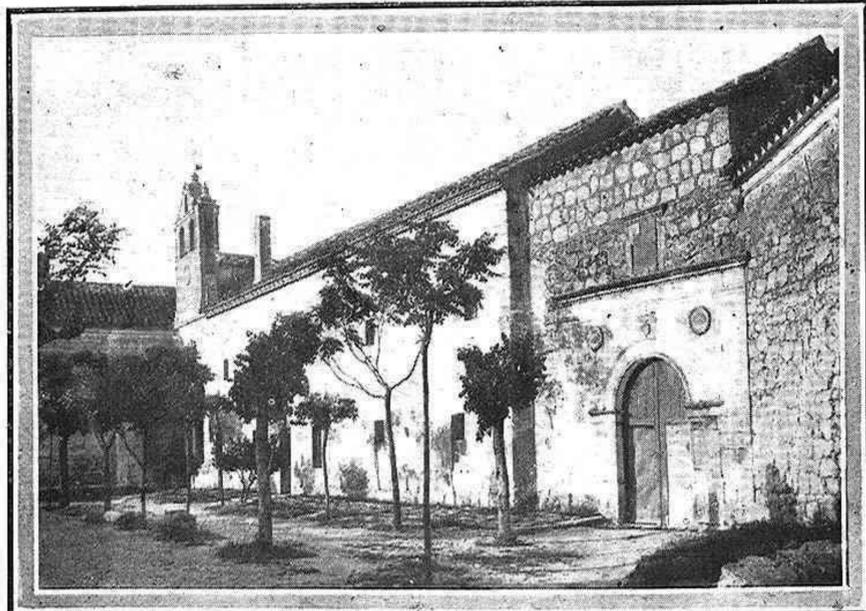
Pero hoy día el artista y el viajero que llegan á Alcázar han de polarizar forzosamente su atención en ese aspecto de la vinculación de la ciudad con Cervantes y el *Quijote*, seguros de que con tal tema han de tener sobrado motivo de curioso deleite inquisitivo durante el tiempo que en

Alcázar permanezcan; vinculación no precisamente en ese orden apuntado del pretendido—y que no debemos juzgar imposible—nacimiento en ella del más grande de nuestros escritores, sino por lo que toca á su ambiente, á su paisaje, á sus tipos y costumbres, genuinamente representativos del sustrato manchego, que el autor de *La ruta de Don Quijote* condensó, hace ya más de veinte años, con estas palabras: «¿Habrá otro pueblo, aparte de éste, más castizo, más manchego, más típico, donde más íntimamente se comprenda y se sienta la alucinación de estas campiñas rasas, el vivir doloroso y resignado de estos buenos labriegos, la monotonía y desesperación de las horas que pasan y pasan lentas, eternas, en un ambiente de tristeza, de soledad, de inacción? Las calles son anchas, espaciales, desmesuradas; las casas son bajas, de un color grisáceo, terroso, cárdeno.» Y prosigue más adelante: «Por las anchas vías desiertas vuelan impetuosas polvaredas; oigo que unas campanas tocan con toques desgarrados, plañideros, á lo lejos; apenas si de tarde en tarde transcurre por las calles un labriego enfundado en su traje pardo, ó una mujer vestida de negro, con las ropas á la cabeza, asomando entre los pliegues su cara lívida; los chapiteles plomizos y los muros rojos de una iglesia vetusta cierran el fondo de una plaza ancha, desierta...»

ANGEL DOTOR



Un salto de las lagunas de Ruidera



Convento de los Carmelitas en El Toboso

ANTOLOGÍA

PÁGINAS DE RUSKIN

John Ruskin, nacido en 1819 y muerto en 1900, es acaso la figura más culminante del siglo XIX en la especialidad literaria de estudio y divulgación de la estética. Es el maestro de las artes por excelencia. Su obra enorme, dilatada, animó el culto á las bellezas preteritas y encauzó las actividades artísticas coetáneas. Transcurrido el tiempo, la huella de esta obra se ahonda y forma cauce á las nuevas corrientes estéticas. Es el poderoso influjo de una gran inteligencia creadora y un claro verbo explicativo. Ruskin no muere espiritualmente, por lo mismo que procuró no ser nunca un esclavizador de temperamentos ajenos.

Ninguno de mis verdaderos discípulos—dijo en cierta ocasión—no será nunca un «ruskiniano». Seguirá no mis preceptos, sino los propios instintos de su alma y el impulso de su Creador.

He aquí, en memoria del maestro inglés, algunas páginas suyas, inspiradas por su amor y conocimiento de Italia.

EL ESPLENDOR DE VENECIA

HE dicho una ciudad de mármol? No. Más bien una ciudad de oro ornada de esmeraldas. Porque, realmente, cada pináculo y cada torrecilla brillaban y ardían cargados de oro ó realzados de jaspe.

Debajo respiraba largamente el mar inmaculado en remolinos de ondas verdes.

Profundos, majestuosos, terribles como el mar, los hombres de Venecia se movían en el imperio del poder y de la guerra; puras como los pilares de alabastro permanecieron sus madres y sus hijas.

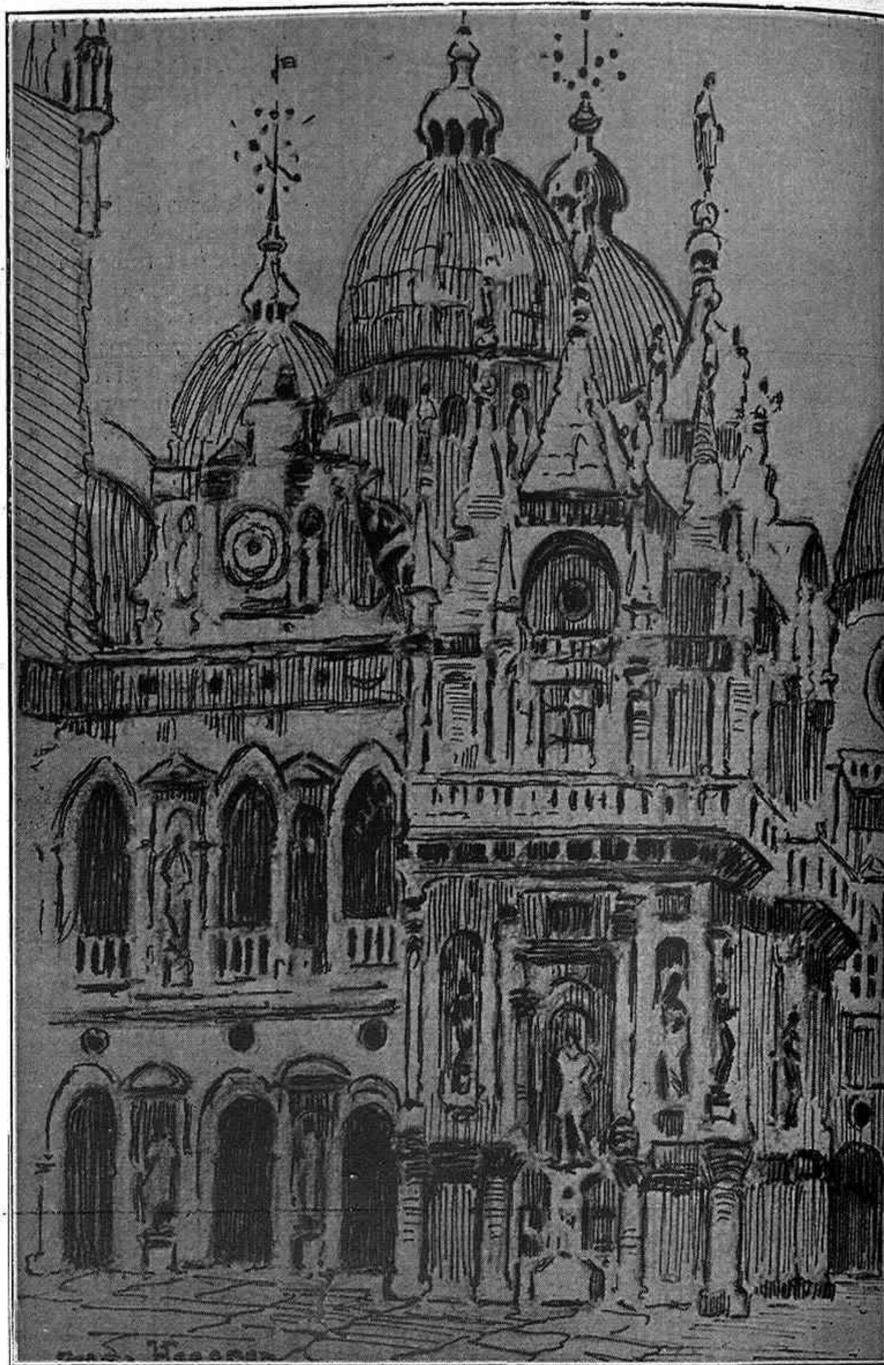
Nobles de pies á frente pasaban los caballeros. La sombría luz de su armadura bronceína, roida

por el hálito marino, surgía como una amenaza bajo los pliegues de sus capas color de sangre.

Impasible, fiel, paciente, implacable—cada palabra un mandato del destino—tronaba su Senado.

En esperanza y honor suyos, mecidos por el flujo de las olas en torno de las islas de arena sagrada, yacían sus muertos, cada uno con el nombre escrito y grabada la cruz junto á él.

Era un maravilloso pedazo del mundo. Mejor: era un mundo, que se extendía á lo largo del agua. Y al atardecer, cuando los capitanes de navíos le aperciaban desde lo alto de sus mástiles, diríase que era solamente una estrecha banda de sol crepuscular. Pero imborrable. Si no tuviesen ellos también la potencia de la ciudad, creerían navegar en la inmensidad cerúlea y que aquella era un gran planeta cuyo borde oriental se alargaba á través del éter.



Palacio de los Dogos, en Venecia

Un mundo del cual todas las vulgares preocupaciones y los mezquinos pensamientos eran apartados con todos los elementos pobres y comunes de la vida.

Nada de suciedad, ni tumulto en las rúas gluantes cuyo nivel subía y descendía con la luna; ó una música cadenciosa de majestuosas modulaciones. O un penetrante silencio.

No podía edificarse ningún débil muro sobre estas calles, ni la más humilde choza ó refugio.

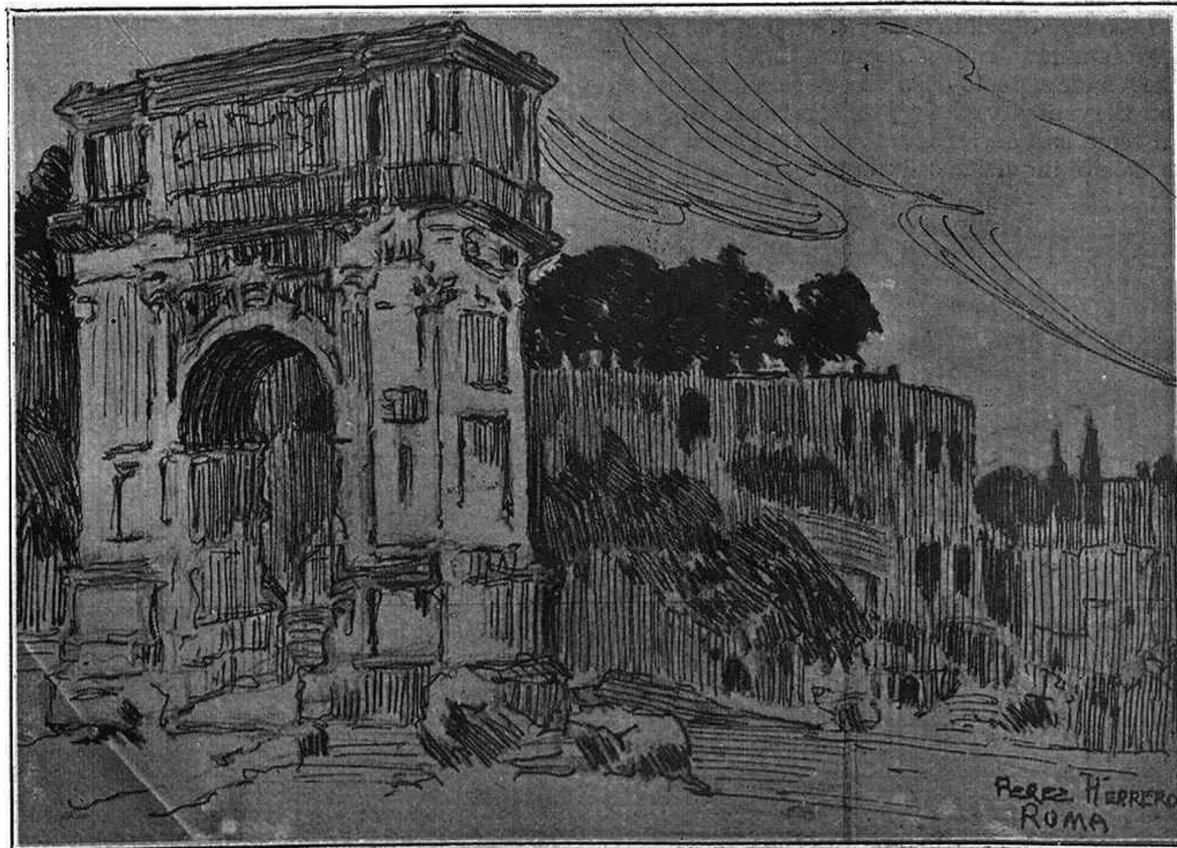
Únicamente la solidez de la roca y el delicado engarce de las más preciosas piedras. Y alrededor, tan lejos como podía alcanzar la vista, aún el dulce balanceo de las aguas impolutas, orgulosamente puras. La potencia etérea de los Alpes se desvanecía en una serie de alturas más allá de la ribera torcélica. Las islas azules de las colinas paduanas respondían desde el áureo Oeste. Por encima, vientos desencadenados y nubes ígneas, corriendo á su arbitrio, viniendo un esplendor del Norte y una dulzura del Sur. Y las estrellas de la noche y de la mañana, claras en la luz sin límites de la bóveda de los cielos y el círculo de los mares.

Tal fué la escuela del Giorgino. Tal fué la mansión del Ticiano.

LA CONSERVACION DE MONUMENTOS

El verdadero sentido de la palabra *restauración* no se comprende bien por el público ni por los que tienen á su cargo la conservación de los monumentos públicos.

Se entiende por ellos, generalmente, la más plena destrucción que puede sufrir un edificio. Una destrucción de la que no se podrá recoger ningún resto; una destrucción acompañada de la descripción falsa de la cosa destruída.



Arco de Tito, en Roma

No nos cansaremos de insistir en esta importante materia: Es IMPOSIBLE restaurar lo que fué bello y grande en arquitectura. Tan imposible como resucitar á un muerto.

Aquello que es tan alto como la vida de un semejante, ese espíritu que sólo pudieron dar la mirada y la mano de quien lo creó, no puede nunca ser restituído. Podrá otra época darle un alma distinta, y entonces será un nuevo edificio; pero el espíritu del obrero muerto ya no podrá ser evocado ni obligarle á dirigir otras manos y otros pensamientos.

En cuanto á la directa y simple copia es también materialmente imposible.

¿Cómo copiar superficies que han sido usadas en el espesor de media pulgada?

El límite de la obra está en esa media pulgada de espesor que se fué. Y si intentais restaurar ese límite, allá vosotros.

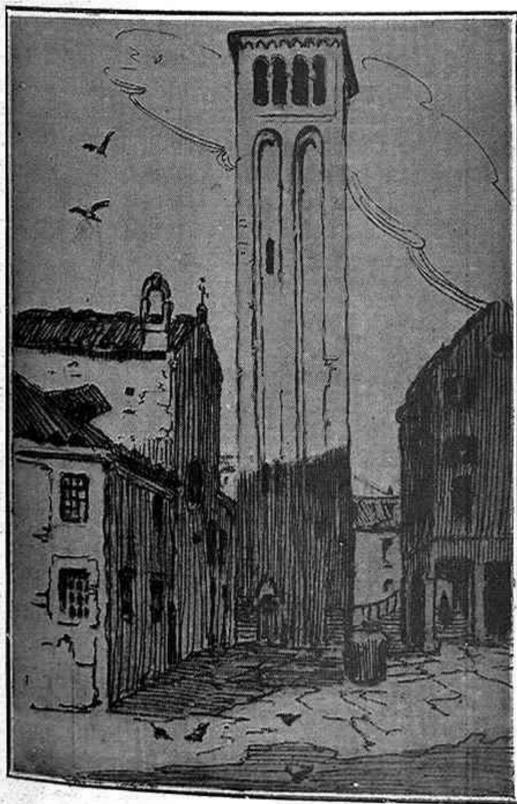
Pero si copiáis el resto, admitiendo sea posible la fidelidad (¿y cuáles cuidado, vigilancia y gastos pueden garantizarlo?), ¿en qué será mejor el trabajo nuevo del antiguo?

Quedaba en el antiguo cierta sospecha vital; algo como una misteriosa sugestión de lo que fuera y de lo que había perdido, cierta dulzura en sus líneas delicadas donde trabajaron la lluvia y el sol. Nada de esto puede haber en la brutal dureza de la escultura nueva.

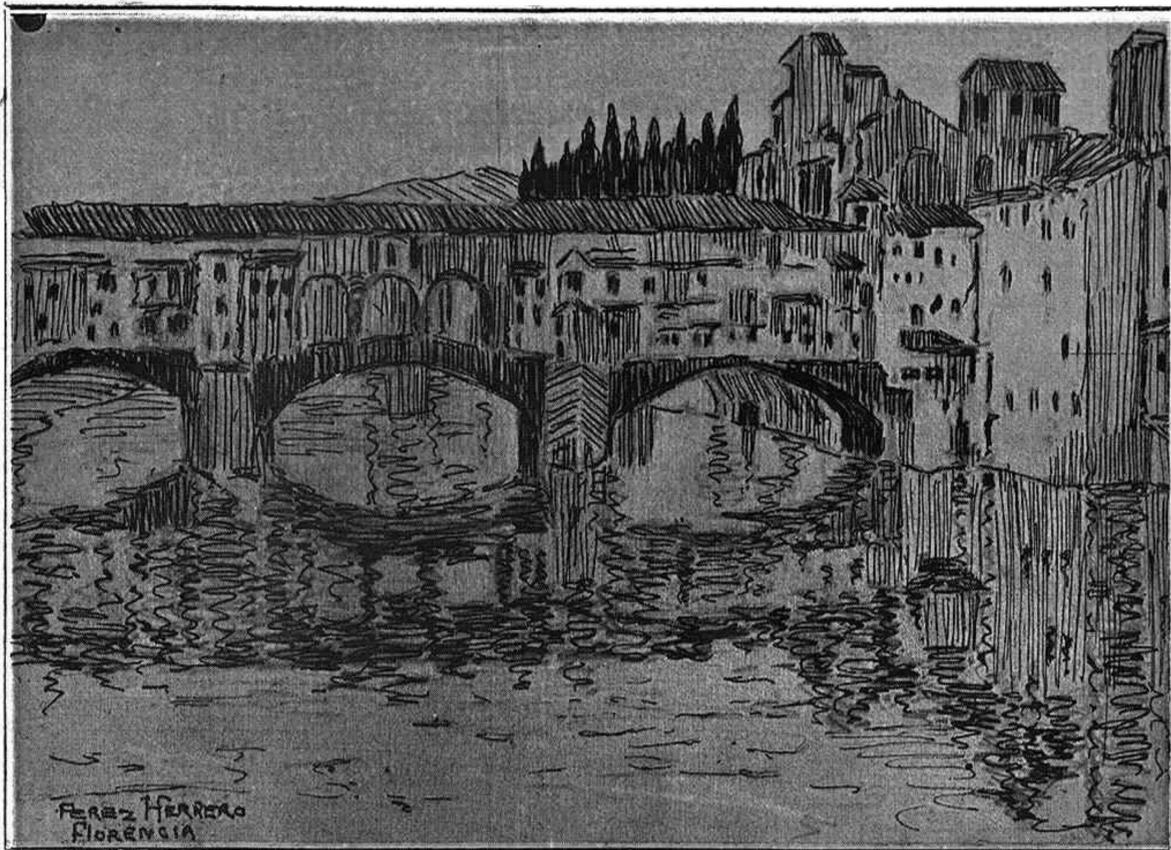
La primera etapa de una restauración—lo he visto muchas veces en el baptisterio de Pisa, en la Casa de Oro de Venecia, en la catedral de Lisieux, etc.—consiste en despedazar el antiguo trabajo. La segunda, por lo general, en producir la copia menos costosa y más miserable de que se puede tener idea; ó en el mejor de los casos, tan cuidada y esmerada que llega á ser una pura imitación, un frío modelo de las únicas partes que pueden ser modeladas con añadidos hipotéticos. Pero incluso mi experiencia no puede facilitarme más que un ejemplo de haberse logrado ó intentado, al menos, esa fidelidad: el del Palacio de Justicia en Ruan.

No hablemos de restauración. Es una absoluta mentira de cabo á rabo. Podéis hacer el vaciado de un edificio como podéis hacerlo de un cadáver, y ese vaciado contendrá la osamenta de los viejos muros como podría contener el esqueleto humano; pero no veo la ventaja de tal cosa. El viejo edificio queda destruído más total é implacablemente que si se hubiera derrumbado en un montón de polvo ó fundido en una masa de arcilla. Más fácil sería reunir los restos de Níve que intentar el día de mañana la reconstrucción de Milán.

Dicen, no obstante, que la restauración puede ser una necesidad. Bueno. Veamos esa necesidad frente á frente y aceptémosla en todas sus condiciones.



Iglesia de San Giacomo



Puente Viejo, en Florencia

¿Se impone la destrucción primero? Pues aceptadla también. Echad abajo el edificio, tirad sus piedras en apartados lugares; pero hacedlo honradamente, sin sustituir la verdad por la mentira. Y si afrontais la necesidad, antes de que sobrevenga podréis prevenirla.

El principio de los tiempos modernos—principio que, al menos en Francia, es sistemáticamente aplicado por los albañiles para procurarse trabajo, como en el caso de la Abadía de Saint Onen que fué destruída por las autoridades de la ciudad para dar trabajo á varios vagabundos—consiste primero en desatender los monumentos y después en restaurarlos. Cuidaos antes de ellos y no tendréis necesidad de restaurarlos.

Algunas cubiertas de plomo colocadas á tiempo; algunas hojas muertas y un poco de tierra barridas á tiempo fuera de las cañerías, salvarían de la ruina á torres y murallas.

Vigilad ansiosamente el viejo edificio; preservadle á toda costa de su ruina y decadencia; contad sus piedras como haríais con las joyas de una corona; ponidle guardianes, cual á una villa sitiada; ligadle con hierro allí donde amenace deshacerse.

No os inquietéis por la fealdad del sostén; más vale una muleta que no perder una pierna.

Haced todo eso con ternura, respeto y asiduidad, y más de una generación nacerá y morirá á su sombra.

Claro es que llegará fatalmente su día final; pero que advenga franca y abiertamente, sin que ninguna institución deshonorosa y mentirosa la prive de los fúnebres oficios del Recuerdo.

EL «CAMPANILE» DE GIOTTO

Las características de fuerza y de belleza se encuentran más ó menos en diferentes edificios. Unas en uno y otras en otro.

Pero todas juntas y todas en su más alto grado respectivo, no existen, que yo sepa, más que en un edificio único en el mundo: el Campanile del Giotto en Florencia.

Atrae primero la mirada foránea por algo desagradable. Parece, en efecto, que hay á la vez demasiada severidad y sobrada minucia.

Pero hay que volver á verlo con ese largo espacio que exige toda obra de arte consumado.

No sé cómo, en mi juventud, me acostumbré á despreciar este Campanile. Le encontraba mezquinamente retocado y lamido. Pero después de haber vivido mucho tiempo cerca de él, de contemplarle desde mis ventanas iluminado por el sol ó por la luna, no olvidaré la impresión

profunda y sombría, un poco salvaje de nuestro gótico del Norte cuando me encuentre por primera vez—después de aquello—delante de la fachada de la catedral de Salisbury.

Extraño sería el contraste—si se pudiera pasar rápidamente del uno al otro—entre esos grises muros surgiendo de su tranquila bandeja de césped como rocas sombrías y desnudas salidas de un lago verde; con sus columnas groseras, deshaciéndose, rudas y desiguales; con sus triples ventanas sin montantes ni otros ornamentos en lo alto que los nidos de los vencejos por un lado y por el otro aquella superficie brillante, lisa y soleada de jaspe enardecido; aquellos fustes esbeltos y los feéricos encajes de piedras tan blancas, tan discretas, tan cristalinas, cuyas siluetas ligeras se perfilan apenas en sombra sobre la palidez del cielo á saliente. ¡Cima serena de una montaña de alabastro coloreada como una nube de la mañana y cincelada como una concha marina!

Si es ese, como yo creo, el modelo y el espejo de la perfecta arquitectura, ¿no habrá algo que aprender retrocediendo á los primeros años vividos por el hombre que lo erigió?

He dicho ya que la fuerza del espíritu humano crece en la soledad.

Más todavía el amor y la concepción de esa belleza—donde cada línea y cada matiz no son á lo sumo más que una débil imagen de la obra cotidiana de Dios y los reflejos luminosos de alguna estrella de su Creación—resurgirán principalmente en estos sitios donde él gozó plantando estos árboles de hojas persistentes.

No en los muros de Florencia, sino entre los lejanos campos de sus lirios, fué educado el niño (1), que debía elevar por encima de las torres de acecho y de guerra esta piedra angular de la belleza.

Recordad lo que llegó á ser; enumerad los pensamientos sacros de que colmó el corazón de Italia; preguntad á los que le han seguido lo que aprendieron á sus pies, y cuando hayais hecho la enumeración de sus tareas y registrados sus testimonios, si os parece que Dios extendió verdaderamente sobre su servidor, y sin medida, una parte poco común de su Espíritu, y si recordáis que fué un rey entre los hijos de los hombres, no olvidéis tampoco que la leyenda escrita sobre su corona era la misma que la de la corona de David: «Te saqué del pastoreo y guardaría del rebaño...»

JOHN RUSKIN

(Traducción de FORTUNIO)

(Dibujos de María L. Pérez Herrero)

(1) Giotto.



Embarque del Príncipe Luis Napoleón en Southampton para tomar parte en las operaciones militares contra los zulús

EL DRAMA DE MAURICIO ROSTAND

SE ha desvanecido el amago de tempestad diplomática, internacional y literaria que pareció surgir del escenario de la Porte-Saint-Martin, donde se estrenara hace pocos días el drama *Napoleón IV*, escrito por el poeta Mauricio Rostand, heredero del estro de su padre Edmundo. Ni Inglaterra ha formulado reclamación ninguna, vindicando la buena fama y memoria gloriosa de su reina Victoria, ni el Gobierno francés se ha creído en el deber de anticiparse á la reclamación, suspendiendo ó prohibiendo las representaciones de la obra. Se ha limitado todo lo ocurrido á unos comentarios, no muy indignados ni agresivos, de los periódicos ingleses y á la modificación ó cambio de algunos versos, hecho voluntaria y espontáneamente por el poeta. En cuanto al público que asistió al ensayo general y á la primera representación, parece comprobado que no formuló ninguna protesta seria... Hubo exclamaciones de sorpresa, de asombro; hubo consejos de hombres prudentes y temerosos, pero nadie se sintió airado ni indignado porque el poeta Rostand pusiera en riesgo la cordial *entente* que une hoy á Inglaterra y Francia. Es un hecho muy significativo que la Prensa inglesa ha recogido y anotado.

Así, se ha salvado algo muy importante que pareció estar en riesgo: la libertad de la escena francesa, que sólo condicionan y limitan aquellas

LAS LEYENDAS SOBRE LA MUERTE DE NAPOLEON IV



EL PRINCIPE LUIS EUGENIO NAPOLEON

autoridades cuando se producen perturbaciones del orden público.

No podía, además, suceder de otro modo. Mauricio Rostand no ha puesto nada de su invención en el drama *Napoleón IV*. Se ha limitado á recoger y poetizar las versiones que circularon en 1879 por toda Europa, que repercutieron en un apasionado debate del Parlamento inglés, que reprodujeron muchos periódicos, que insinúan, más ó menos desveladamente, todos los narradores de la cruenta guerra en Zululandia. Hasta un cronista español, tan prudente, tan comedido como Fernández Bremón, refiriéndose al debate en el Parlamento inglés y á la sentencia absolutoria del Consejo de guerra que juzgó al capitán Carey, jefe del grupo en que iba el Príncipe Luis Eugenio, escribió estas burlescas palabras: «Sólo la conducta de su caballo parece sospechosa.»

En el debate planteado en el Parlamento inglés, el Gobierno se negó á toda investigación de responsabilidades, porque no existían. El Príncipe Luis Napoleón había marchado á incorporarse al Ejército del Sur de Africa voluntariamente, como alumno de la Escuela de Guerra de Woolwich. El Gobierno no le había conferido ningún cargo, cuyo desempeño pudiera hacer peligrar su vida. El Príncipe no ignoraba, como no lo ignoraba nadie en Europa, que la situación del Ejército inglés era bastante difícil frente á los cincuenta mil zulús del rey Cete-



La escena de la muerte del Príncipe imperial, tal como debió ocurrir, según los relatos telegráficos

(De un grabado de la época)

bre que lleva». No se contentó con esto el amor paternal de Napoleón III. Envió un telegrama a la Emperatriz, que ésta tuvo la debilidad de dejar copiar, y que se publicó en un periódico cortesano: «Luis acaba de recibir su bautismo de fuego; ha sido admirable su sangre fría; no se ha impresionado nada. Estábamos en primera línea, y las balas y las bombas caían a nuestros pies. Luis ha recogido del suelo y conservado una bala que cayó cerca de él. Había soldados que lloraban viéndole tan sereno...»

Veinticuatro horas después, el Príncipe imperial huía ante la invasión y se refugiaba en Bélgica. No, no había nacido para militar. Hijo obediente, muchacho estudioso y pundonoroso, se sometió con toda dignidad y aprovechamiento al régimen militar de la Real Academia de Wool-

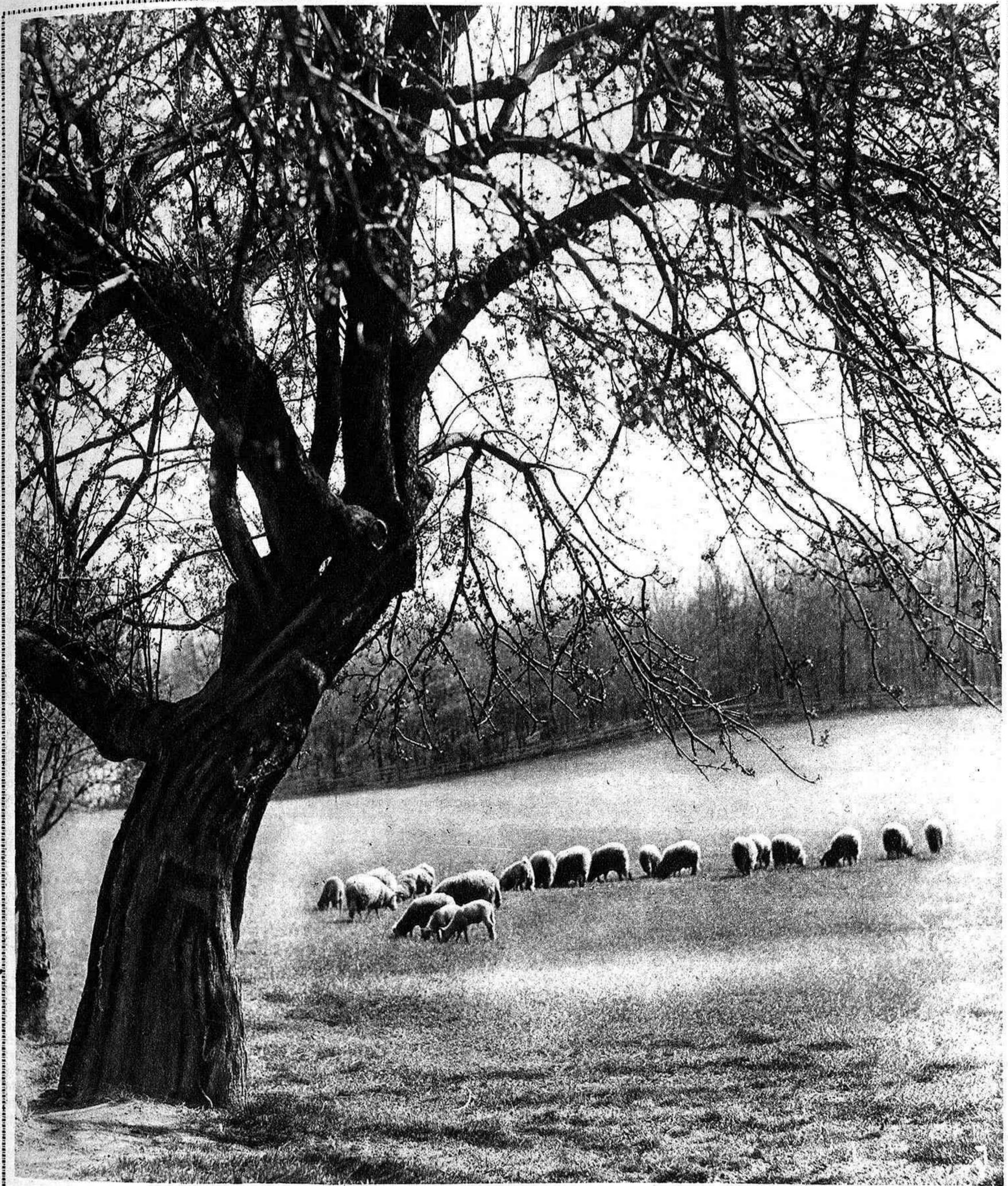


Un escucha en las avanzadas del ejército de los zulús

wich y se prestó a ir a Zululandia, alentando las esperanzas de cuantos deseaban verle recobrar el trono perdido en Sedán; pero luego allí, ante la guerra cruel y bárbara, su espíritu delicado y su corazón noble se turbaron y vacilaron... Fué entonces cuando se decretó su sentencia de muerte, cuando se le arrastró a la emboscada... Era preferible que pereciera, a que se mancillara la tradición militar de los Bonaparte...

Y he aquí que Mauricio Rostand ha compuesto su obra, recogiendo estas leyendas que fueron populares en Europa durante veinte años, sin que Inglaterra ni los bonapartistas pusieran empeño en desmentirlas... Al cabo, lo más triste y prosaico fué lo que verdaderamente ocurrió entre los matorrales del valle de Ilyotosi...

DIONISIO PEREZ



La suave devanadera
de la bruma va tejiendo
su tenue gasa, cubriendo
de gris la verde pradera.

El sol, en su último alarde
de luz, al verse vencido
por la niebla, cae herido
en los brazos de la tarde.

Sobre la paz soñolienta
del campo en silencio, lenta,
se oye temblar una esquila,
y en el confín más postrero
del vago Oriente, un lucero,
débil é incierto, rutila.

CREPÚSCULO

Con indecible dolor
estoy, ha tiempo, notando
que va una niebla apagando
también mi fuego interior.

Me voy haciendo ya viejo;
me lo dicen claramente
las canas que hay en mi frente
cuando me miro al espejo.
Viví con tanta alegría,

que hoy, ya mustia, el alma mía
se ha cansado de soñar;
en mi feliz primavera,
tras de una bruma ligera,
todo se empieza á borrar.

—O—

Mas no importa. Aunque ya viejo,
sabré arreglar mi talante

cuando me ponga delante
de la luna de mi espejo.

Como un actor consumado,
daré á mi triste figura
una soberbia apostura
y un gesto desenfadado.

¿Llorar? ¿Para qué? A la gente
le resulta impertinente
ver tanta melancolia;
por eso, desde hoy, mi llanto
lo esconderé tras de un manto
de dolorosa alegría.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

(Fot. Ortiz)



La Biblioteca de El Escorial, riquísimo tesoro que comenzó a formar Felipe II, donando su biblioteca particular

Las magníficas bibliotecas norteamericanas, fundación casi todas ellas de espléndidos multimillonarios, de los que están convencidos de que la cultura es la fuerza mayor de un pueblo, tienen magníficas instalaciones, en edificios hechos a todo coste y muy modernos en su mayoría, aunque ninguna corresponda aún al tipo de los modernísimos rascacielos; pero no pueden ofrecer a sus visitantes el espectáculo, envidiable y seguramente envidiado, de la riqueza artística y arqueológica característico de algunas bibliotecas españolas. Las americanas representan el presente, y aun pretenden representar el porvenir; las españolas representan el pasado, y sería indiscutible su grandeza si lograsen encerrar en sus estanterías los libros en que se contiene la cultura moderna, y que el formidable y progresivo dinamismo de la vida moderna obliga a renovar constantemente.

Este es el defecto de nuestras bibliotecas en general, y aún está acentuado en aquellas instaladas todavía en los edificios históricos que son bibliotecas generalmente de rancio abolengo, cuya riqueza interna, impagable también muchas veces, corresponde a la de sus portadas de valor arqueológico indiscutible.

Corresponde esa riqueza a momentos de nuestra cultura en que España fué maestra directora y orientadora, y los fondos de esas colecciones de libros, formadas por instituciones monásticas, potentísimas por aquel entonces, eran en su época el resumen de los conocimientos que la Humanidad poseía.

Tienen, por esa razón, valor indiscutible para determinados estudios, y los mismos norteamericanos envían frecuentemente pensionados a nuestras bibliotecas y archivos para realizar estudios de aquel género que en su país les sería imposible hacer.

Poner una biblioteca «al día», adquiriendo las más recientes publicaciones de cada orden de conocimientos, es cosa relativamente fácil; es, en definitiva, problema económico; si en España tuviésemos filántropos como Carnegie, sería problema resuelto.

Más difícil sería a los norteamericanos—por muy grande que sea la fuerza del dinero y mu-

BIBLIOTECAS DEL PASADO LAS RIQUEZAS BIBLIOGRÁFICAS DE ESPAÑA ESTAN REGIAMENTE INSTALADAS

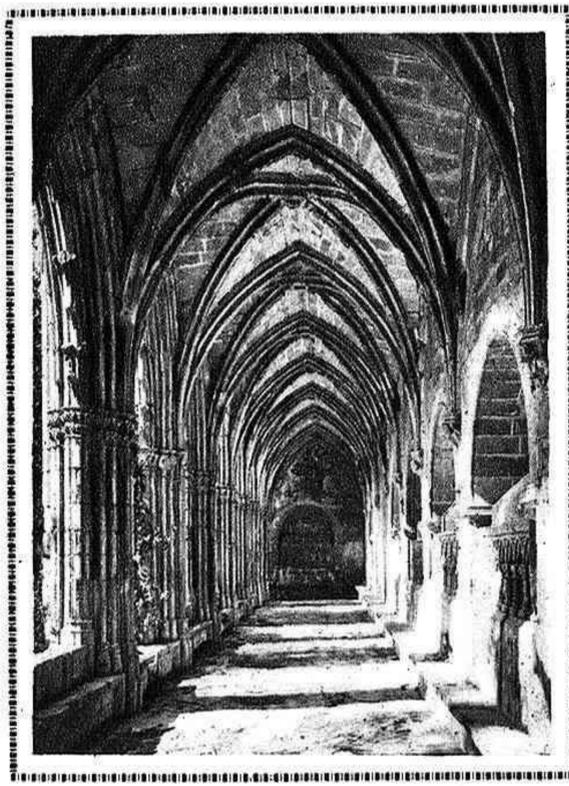
chas que sean también las adquisiciones, lamentables para nosotros, que hayan logrado en nuestro país—resolver el problema de poseer los libros y documentos históricos con servados en nuestras bibliotecas vetustas, y que, á veces, cuando les estimula la curiosidad histórica, suelen necesitar.

La biblioteca de El Escorial, por ejemplo, encierra en sus siete vitrinas libros admirables; entre ellos, la *Apocalipsis de San Juan*, con todas sus páginas iluminadas y miniadas, que fué de Felipe II; el *Breviario* que fué también de Felipe II, con miniaturas hechas por los Padres Jerónimos; una *Biblia* del siglo XIV; *La Jouvencel*, novela del XV; el *Breviario de Amor*, también del XIV, en provenzal; una *Imitación de Cristo* en lengua mejicana; *Tres libros de las sentencias*, de San Isidoro, que pertenecieron a Alfonso II el Casto; la *Cosmografía*, de Tolomeo, del siglo XV; el *Libro del Saber*, de Astronomía, de Alfonso el Sabio, copiado por orden de Felipe II para educación del príncipe Carlos, que tiene dibujos de Herrera; una *Biblia* en hebreo, también del siglo XV; el *Lapidario*, obra de mineralogía, del siglo XIII; la *Táctica militar*, de Eliano, escrita é iluminada para Felipe II; dos incunables, uno de Zaragoza de 1481 y otro de Valencia de 1475.

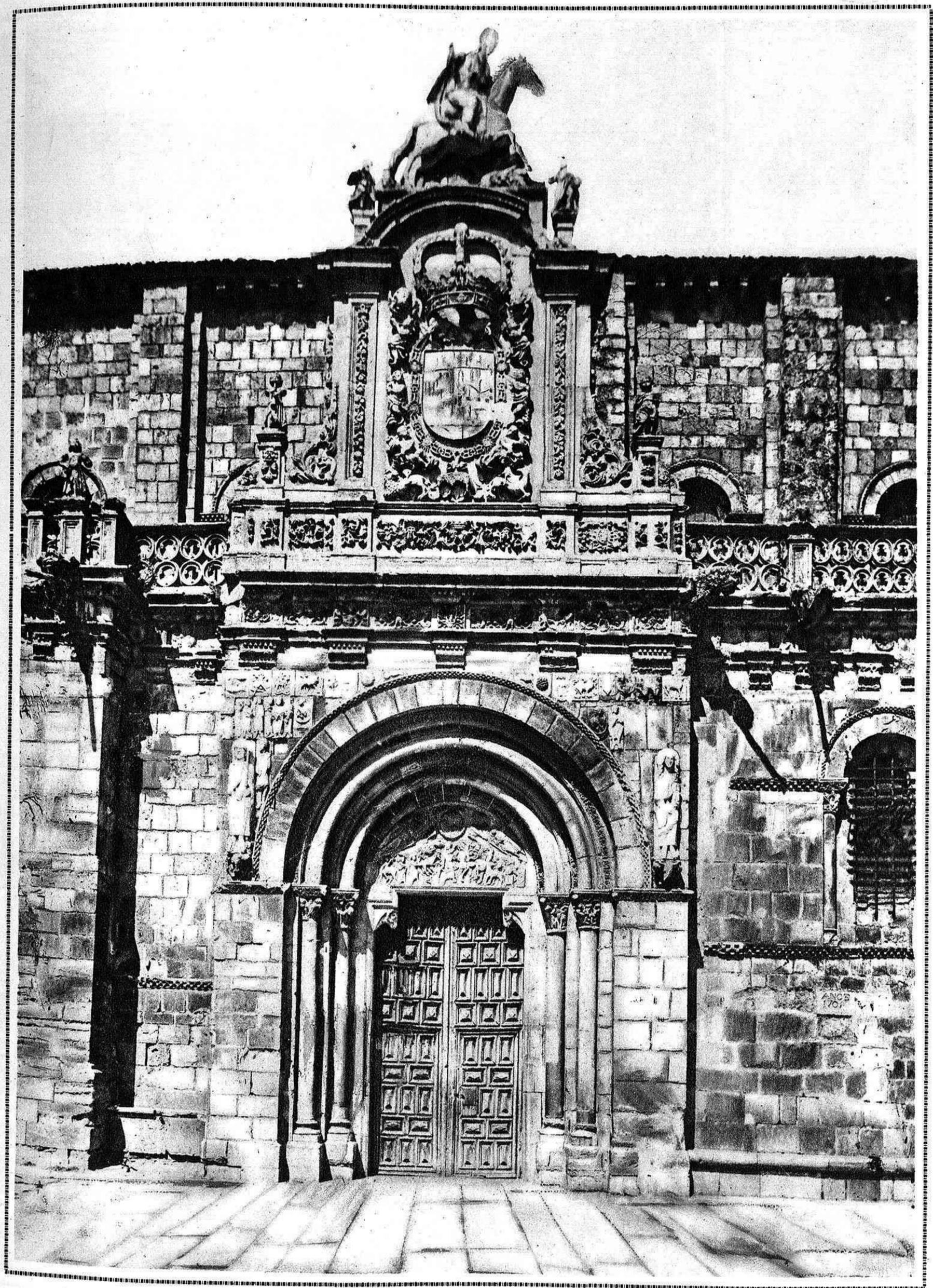
La biblioteca fué fundada por Felipe II, que donó para el primer fondo de ella 4.000 volúmenes de su biblioteca particular. Los libros de esa colección están encuadernados en tafete negro ó morado, y llevan las armas reales.

A ese fondo se unió, en 1576, el que formaba la biblioteca de D. Diego de Mendoza. Sucesivamente fué acrecentado por otros legados de próceres, y así llegó á su esplendor actual.

Instalaciones regias correspondientes á su época tiene también, entre otras, la Biblioteca de San Isidoro, de León, que está en la magnífica Colegiata, y son interesantes la del Colegio del Patriarca, de Valencia; la que en su convento de Santo Tomás, de Avila, conservan los Dominicos españoles, y la Municipal de Madrid, que están instalando actualmente en el viejo Hospicio tan cuidadosamente restaurado, y que luce en su frente la famosa portada obra de Churriguera.



Claustro del Monasterio de Poblet, en que existe una magnífica biblioteca



Bibliotecas del pasado

La Biblioteca de San Isidoro, de León, está en la magnífica Colegiata y es digna de ella



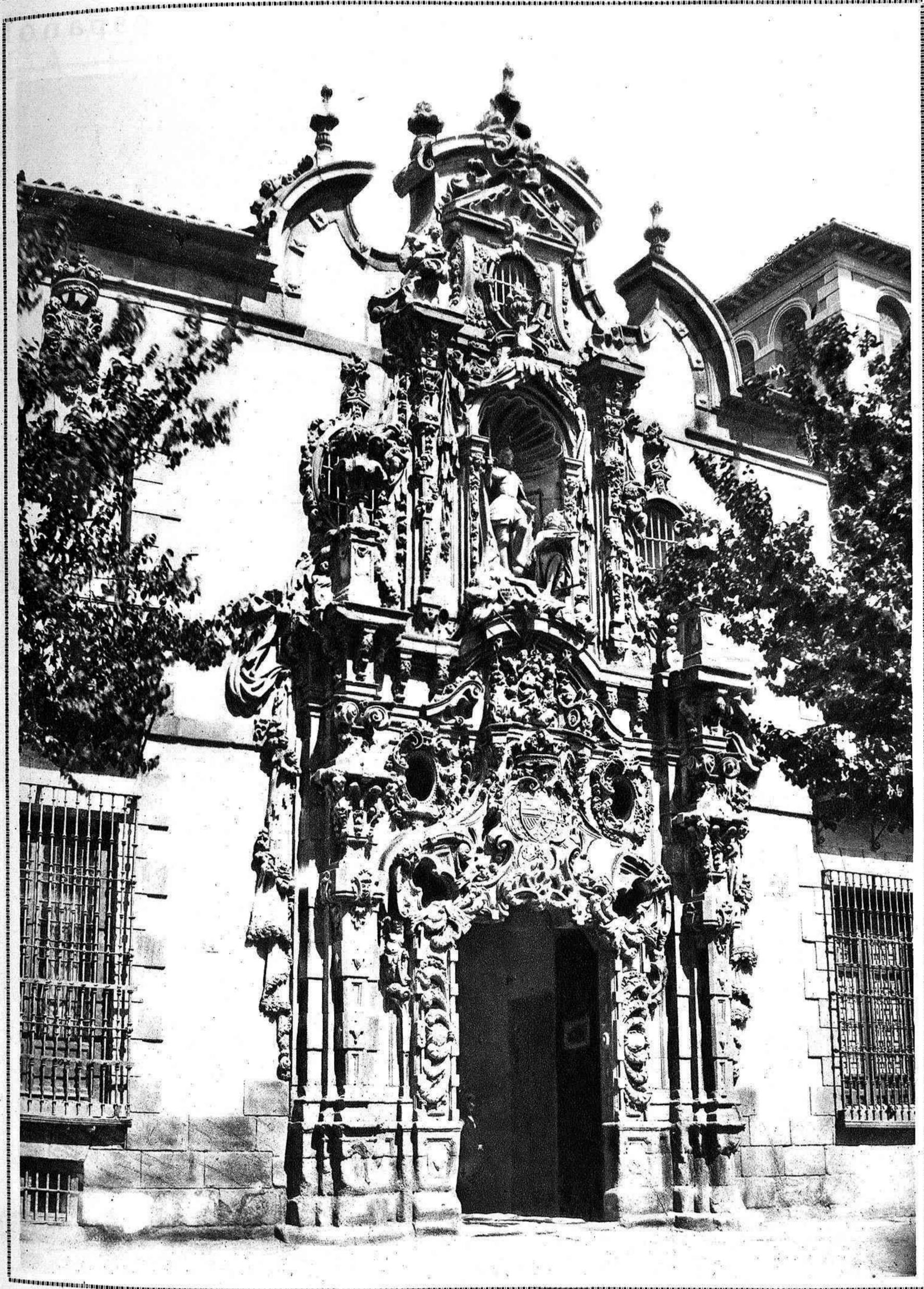
Bibliotecas del pasado

Patio del Colegio del Patriarca, de Valencia.
También tiene una magnífica Biblioteca



Bibliotecas del pasado

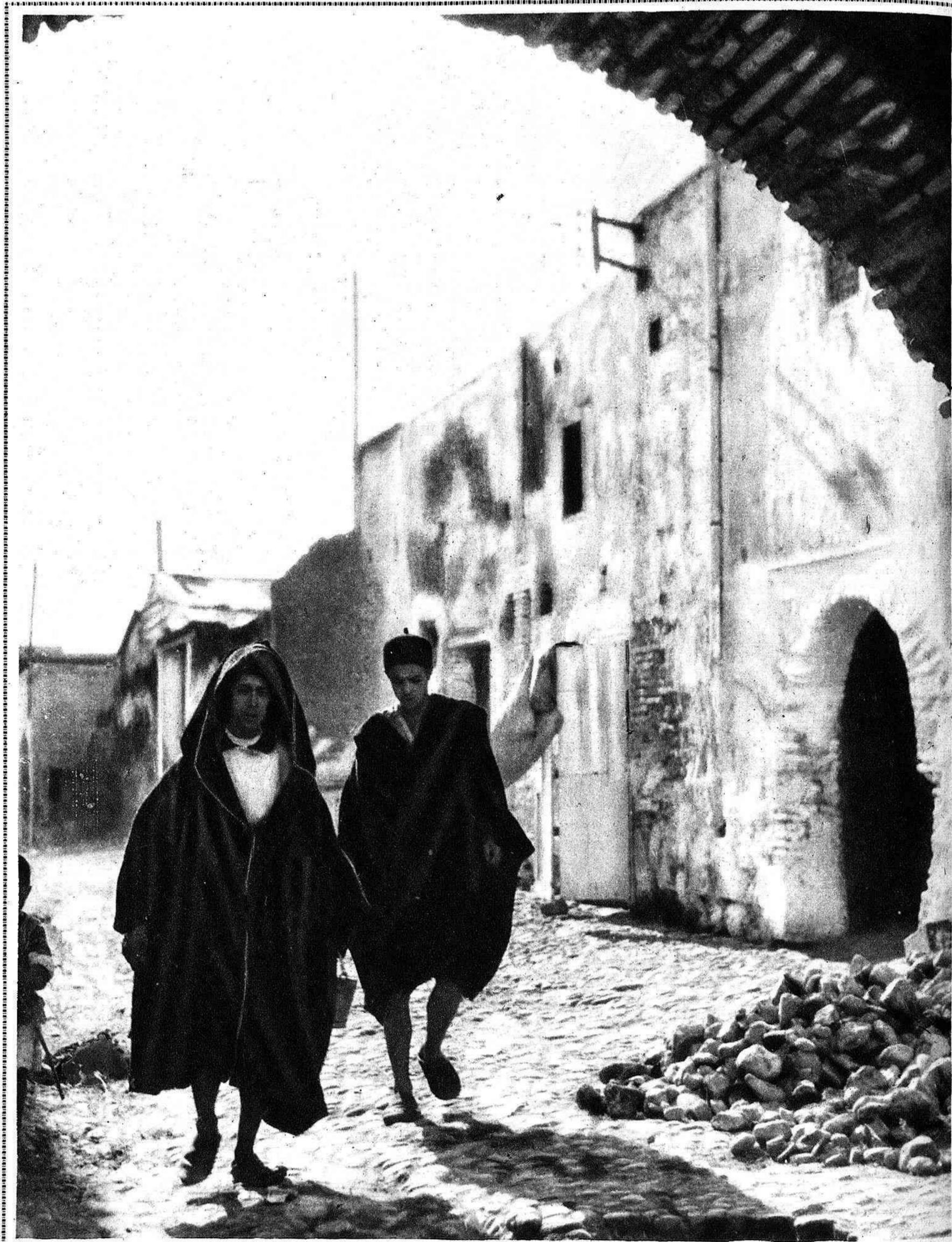
Santo Tomás, de Avila, encierra la magnífica Biblioteca de los Dominicos



Bibliotecas del pasado

La portada del antiguo Hospicio de Madrid, obra famosísima de Churriguera, que dará entrada á la Biblioteca Municipal

Tetuán, la capital del Protectorado español



Una calle típica de la bella ciudad tetuaní, que conserva, á través del tiempo y las mejoras urbanas, todo el color de su vida antañona

(Fot. López Beaubé)

CANCIONES DE LA CALLE

LA CALLE DEL SACRAMENTO



La calle del Sacramento
 duerme en un encantamiento
 secular,
 con sus vetustas mansiones,
 sus palacios infanzones
 y sus amables rincones,
 tan dulces para soñar...

Atrio de Santa María,
 de suave melancolía,
 donde pasea un galán,
 y una monjil hermosura
 le atisba tras la clausura
 y piensa al ver su apostura
 en la sombra de Don Juan.

Rinconadas donde el miedo
 urde su negra madeja

y musita la conseja:
 —Aquí fué muerto Escobedo,
 por misteriosos puñales,
 al acudir á una cita
 bajo de los ventanales
 de la regia favorita.

Telón de capa y espada,
 donde ve la fantasía
 al galán y á la tapada
 esfumarse en la sombría
 calleja destartalada.
 Y se ve á dos caballeros
 que dirimen sus querellas,
 desnudando los aceros,
 á la luz de las estrellas,
 bajo el arco de Cisneros.

Mendigos del Pasadizo
 del Panecillo, telón
 abigarrado y castizo
 de jocunda evocación.
 Hijodalgos de la sopa
 boba, cayado y zurrón,
 y, cual grotesco toisón,
 el bote de la guiropa
 colgando sobre el ropón.

La calle del Sacramento
 duerme en un encantamiento
 de leyenda, y á la luz
 de la luna nos inquieta
 la medrosa silueta
 de la casa de la Cruz.
 Y esa otra extraña mansión
 del conquistador galán

que tuvo una aparición
 y trocó en fraile al Don Juan.
 ¡Española conversión!

Rancias y nobles mansiones,
 escudos en los portones,
 inquietud y soledad.
 La calle del Sacramento,
 con su hondo ensimismamiento
 nos aleja de esta edad,
 y hace que la fantasía
 viva una
 hora de amable poesía
 á la luz de hechicería
 de la luna.

EMILIO CARRERE

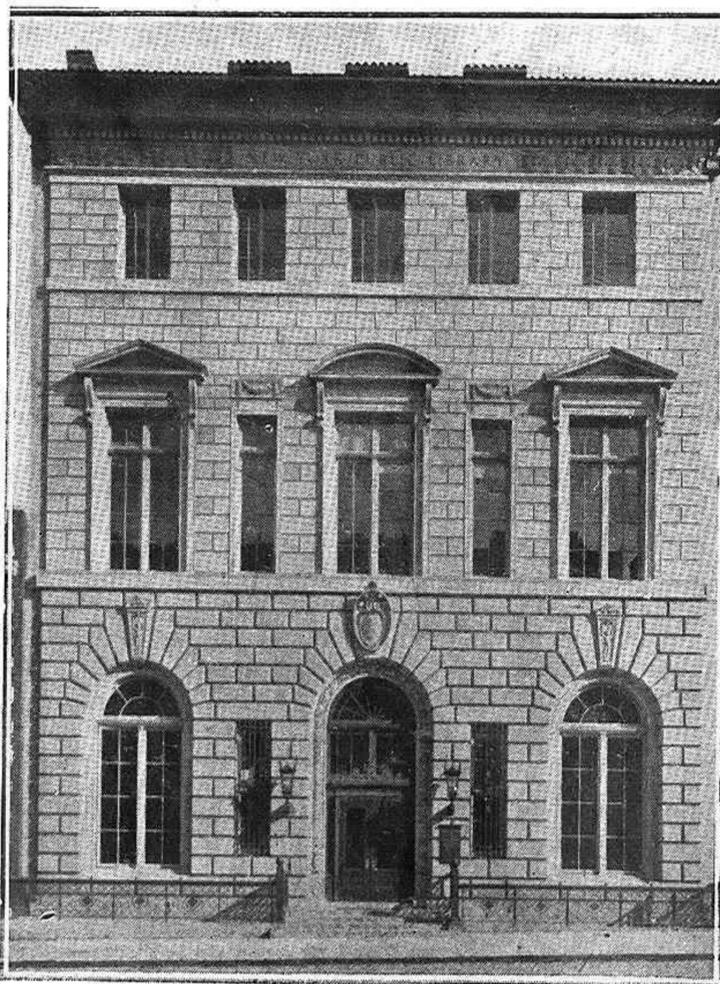
(Dibujo de Máximo Ramos)



Fachada principal de la Biblioteca de Columbia (EE. UU)

BIBLIOTECAS PARA NIÑOS

TERMINÓ la guerra, y los norteamericanos, que habían decidido la suerte de las armas lanzando su espada sobre el platillo de los aliados, creyeron que su misión, lejos de haber concluido, comenzaba: un Comité de mujeres yanquis comenzó su labor reconstructiva, y por todas partes, sobre las ruinas trágicas, hizo nacer instituciones de paz y de amor, hospitales, gotas de leche, escuelas del hogar, servicios de higiene física y moral á domicilio; y en cinco lugares propicios, cinco graciosas barracas pintadas de colores claros, con grandes ventanas adornadas con flores, en que niños y adultos, sin límite de edad ni de condición social, entraban libremente. Dentro, como un reposo del horror palpitante aún entre las ruinas, encontraban una sala riente, con mesitas y asientos de madera clara, adecuadas muchas á la estatura de lectores infantiles, rodeada por una estantería completamente abierta, no más alta de lo que pudiera permitir una fácil revisión de cuanto en ella había y sirviendo en su cubierta de



Fachada principal de uno de los pabellones de la Biblioteca de Nueva York (Fundación Carnegie)

En América y en Europa Una iniciativa feliz

repisa, en que jarrones floridos alegraban aun más con su color y su fragancia el local acogedor.

Aún más acogedoras eran las damas que de él cuidaban y sabían darle calor de hogar y ternuras maternas; ellas acogían con gesto de regazo á los muchachos que al salir de la escuela, sombría muchas veces, rígida casi siempre bajo la férula magistral, en que leían y—¡ay!—habían de aprender libros tan poco sabios que no acertaban á ocultar su sabiduría, llegaban en busca de otros libros, que encerraban, bajo apariencias menos hoscas, rientes, la ciencia suprema de hacer feliz á la infancia.

Aquellos barracones eran bibliotecas populares; pero bibliotecas populares con un carácter infantil: hijas de las bibliotecas norteamericanas para niños, pensaban en los niños y para los niños, eran lo mejor de sus fondos y sus más nutridas colecciones.

La institución, nueva en Francia, era vieja ya en América. El niño es para los yanquis el más constante objeto de preocupación: á estudiarle se han dedicado

La Estera

los más grandes psicólogos y á servirle están destinadas las más progresivas instituciones. Lógicamente, habían de nacer allí, como nacieron las primeras bibliotecas infantiles.

Allí, esas bibliotecas fueron al principio como anejos de las bibliotecas para adultos, el *children's room* que cada una de ellas organizaba cuidadosamente, y al servicio del cual ponía un personal especializado, femenino casi siempre, y caracterizado por el amor al niño, allí donde es universal y unánime ese amor.

Eran salones amplios, con mucha luz, avalorada por paredes claras adornadas con frisos luminosos, que servían de fondo á plantas y flores siempre frescas. Las estanterías, adosadas á los muros, tenían, en su ausencia de vidrieras y cortinas, la cordial franqueza del niño, incapaz de ocultar nada, enemiga del secreto. Destinados á ser ciudadanos de un país libre, sin ninguna traba, los niños hacen allí uno de sus aprendizajes de la libertad.

Se hacen tan á su gusto, que las salas primitivas han ido multiplicándose, insuficientes para acoger al público, que en todo momento, desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, las llena, y hace ya algunos años que la biblioteca de Pittsburgo tiene ocho salas para niños.

Las bibliotecarias, que han recibido, además de la técnica para su cargo, una preparación técnica de asistencia social y son seleccionadas entre las que más y mejor aman á los niños, guían á los lectores en sus elecciones de libros, pero sin férreas imposiciones ni acres negativas: aconsejan, no imponen; y así, en esas bibliotecas, á que acuden niños de las más diversas razas, han podido ser estudiadas, analizando las preferencias de cada una, modalidades interesantes de ellas.

Se ha visto, por ejemplo, que los niños alemanes son los más afanosos por instruirse: leen ávidamente y reclaman obras que les descubran las técnicas de las profesiones manuales. Los rusos son indolentes, y prefieren las obras de pura imaginación, sin tener siquiera para ello una orientación fija, sino una volubilidad extremada. Los italianos, semejantes á los rusos en sus preferencias, leen más y se orientan mejor. Los negritos prefieren las obras en que domina lo maravilloso; los japoneses parecen tener asimilado el espíritu alemán, y los niños yanquis, influidos por el ambiente patrio, muestran ya en sus lecturas el anhelo de progresar, de vencer en la vida, de enriquecerse por el trabajo. Las bibliotecas para niños tienen como efecto inmediato combatir la influencia malsana—física y, sobre todo, moralmente—del *cine*. En todos los países se ha demostrado que el *cine* y las malas compañías, inevitables cuando los muchachos hacen vida callejera, son tremendamente demoralizadores y desde muy pronto. La biblioteca, recogiendo á los muchachos y haciéndoles amar la lectura, los aleja de esos peligros, al mismo tiempo que contribuye de un modo enorme, por la cultura, al desarrollo de las facultades intelectuales de los muchachos. Para conseguir estas finalidades, es indispensable que las bibliotecas infantiles sean, como son, cómodas, alegres y atractivas.

Una escritora francesa, Luisa Cruppi, visitó la biblioteca establecida en Soissons (Francia) por el Comité norteamericano, y escribió:

«La mitad de los habitantes se han hecho inscribir como clientes, y la encantadora sala, abierta desde las ocho de la mañana á las diez de la noche, no está nunca vacía. Aun hay más: *autos* que transportan, por paquetes de cincuenta ó de ciento, á las escuelas de los pueblos próximos,

—¿Cuidarás los libros, verdad, hijo mío?—dice una bibliotecaria al embalar el paquete que el muchacho ha de llevarse.

—Señora—responde el lectorcillo—, esté usted tranquila: me lavaré las manos siempre que vaya á tocarlos.»

Conviene saber que esa instalación admirable (tan diferente de nuestras bibliotecas, llenas de polvo y poco acogedoras) es una rama del tronco vigoroso que en América lleva el nombre de *Free public libraries*, institución inmensa que sólo en los Estados Unidos tiene seis millones de bibliotecas. Entre ellas, hay en las grandes ciudades suntuosos palacios, que han costado millones. La *Library*, de Boston, vasto edificio con columnas de mármol, fué totalmente decorada por Puvis de Chavannes.

Esos palacios están en parques tan atrayentes como ellos. En los sótanos hay piscinas. En otros pisos *auditorium* para conferencias, salas de conciertos, etc.

No son sólo bibliotecas, son centros sociales.

El personal femenino, en su mayor parte, recibe su preparación en amplias Escuela Normales, que en dos ó tres años preparan á los que ya tienen una instrucción secundaria completa, á las bibliotecarias sociales, á las que, con razón, denominan también misioneras.

En la Escuela aprenden los medios de auxiliar, maternal, intelectual y moralmente, á su clientela, tan numerosa y tan diversa. Es necesario ayudar al sabio y al obrero técnico en sus investigaciones, igual que á los niños.

Los servicios prestados son incalculables. Para la instrucción general y para la higiene, contra la tuberculosis y contra el alcohol, la *Public Library* ha hecho milagros.

El Comité americano envió á su país jóvenes francesas para que recibiesen la preparación indispensable, y al volver á Francia se encargaran de dirigir las bibliotecas.

¿Cómo son sostenidas esas instituciones? Un solo filántropo, el famoso Carnegie, dió para esa obra social 275 millones. Otros capitalistas, aunque en menor escala, han seguido su ejemplo, haciendo donativos y legados. Muchos municipios se creen en la obligación de crear y sostener esas bibliotecas, y cuando un particular crea alguna, nunca faltan después recursos para sostenerlas.

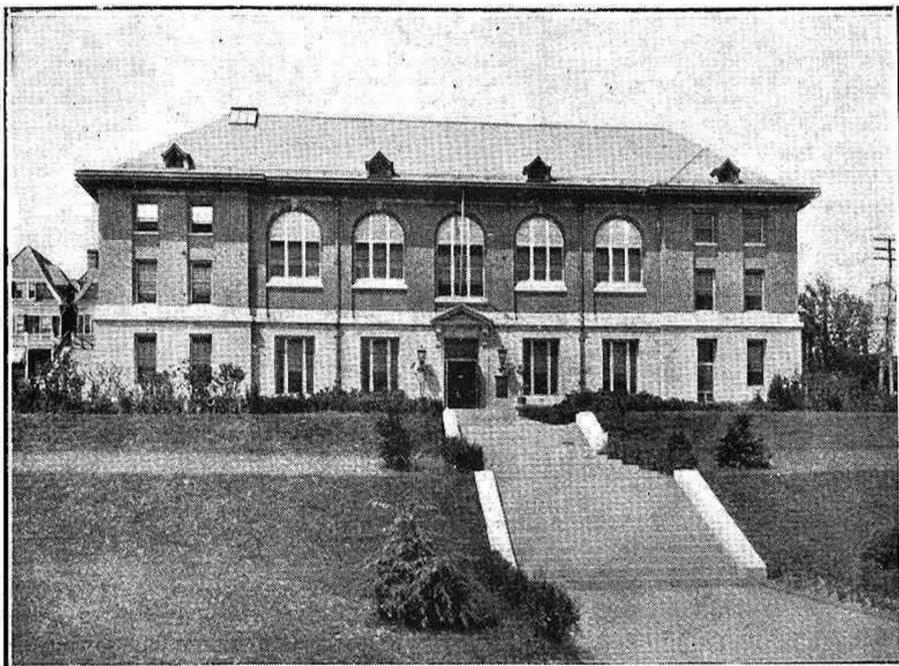
En España, en Madrid mismo, han sido creadas ya bibliotecas infantiles. Sería torpe hacer su crítica comparándolas no ya con las americanas, con las francesas.

Ya es mucho que la semilla esté en el surco; pero conviene que los organizadores de esas instituciones recuerden constantemente que es el espíritu lo que vivifica y reparen en que las bibliotecas de esas instituciones tienen en América una preparación especial mucho más compleja que la supuesta por estudios, por amplios que sean, de Paleografía, de Lengua, de Literatura y de Bibliología.

Sin esa preparación del personal, las bibliotecas infantiles serán algo, y con algo hay que conformarse cuando no se tiene más, y sin perjuicio de aspirar á tenerlo todo.

Un ideal que aun nos parece muy remoto, á pesar de las buenas intenciones.

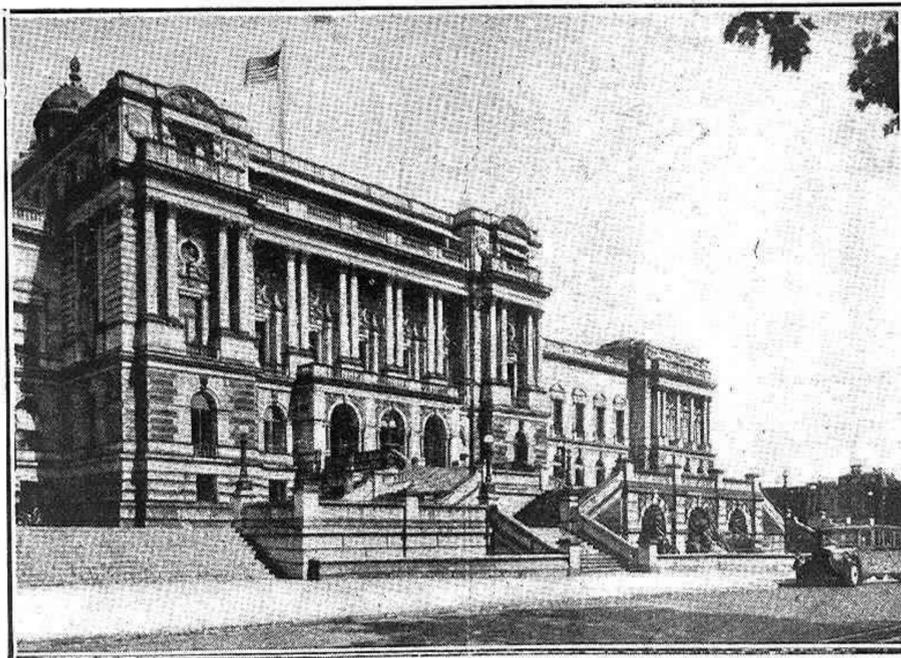
D. T.



Fachada posterior de otro de los pabellones de la Universidad de Nueva York (Fundación Carnegie)



Biblioteca de Nueva York, donde hay salas especiales para niños



Biblioteca del Congreso

volúmenes que la biblioteca confía á los maestros, y siempre que ellos lo desean cambia por otros.»

Hablando de cómo han recibido los niños franceses la innovación, dice la misma escritora:

«Ellos mismos firman seriamente, á los siete ú ocho años, su tarjeta de adhesión... ¡Cuán en serio toman las obligaciones que les impone!

CUENTOS ESPAÑOLES

EL ETERNO SARCASMO

Es uno de esos recuerdos hondamente dolorosos que se graban para siempre en el fondo del alma. Han pasado tantos años, ¡tantos!, y no se ha borrado su imagen en mi corazón, ni aquella inexplicable ternura que nos hace brotar de las entrañas y de los ojos y del pecho la mujer que nos estaba destinada. Otras muchas han pasado por mi corazón; pero sólo ella quedó en mí para siempre, con el perfume extraño y penetrante del amor espiritual y verdadero, del amor del alma. Ese amor que espiritualiza y eleva y nos da la sensación de que el ser querido es un pedazo de nuestra vida, una parte de nuestro propio ser que, por un milagro de Dios, se hubiera separado de nosotros y tuviera una vida aparte...

¡Ay, el amor verdadero!... ¡Dios y la vida os preserven de él!... Los que lo hemos sentido, tenemos la sensación de que ha volado á otro mundo más perfecto y espiritual lo mejor y lo más amable y lo más hermoso de nuestra alma, y sentimos eternamente una irremediable tristeza, un inmenso vacío, como si estuviéramos realmente solos en el mundo... La vida y los hombres y las cosas, nos parecen ya imperfectos y absurdos, como si el amor del alma hubiera quemado

y destruido en nosotros, al iluminar tan maravillosamente nuestro espíritu, lo mejor de nosotros mismos...

•••••

Tenía yo entonces treinta y cinco años, y acababa de volver de América, á donde me llevara un destino implacable. Allí, en fuerza de heroísmo, de paciencia y de trabajo, había logrado reunir una pequeña fortuna. Antes quiero decirlo que, como casi todos los mimados por la suerte, había sido muy desgraciado en amores. Quise dos veces en mi juventud, y tuve la desgracia de tropezar con mujeres vulgares y egoístas, una de ellas *peligrosa*, en el peor sentido de la palabra... Y como, además, tuve que luchar mucho con la vida desde niño, mi alma se había ensombrecido y callado... Pero tengo un orgullo; el de haber sabido conservar, en todos los desastres y en todas las tristezas de la vida, un rincón de mi alma que sigue estando lleno de belleza y de bondad... Es una especie de altar de mi espíritu, que me hace comulgar con el infinito sin necesidad de salir de mí, y que yo sólo veo...

•••••

Yo guardaba, como todos los que han sufrido mucho, como todos los que se han visto el alma desgarrada por todas las iniquidades y las injusticias, rencor callado y muy hondo hacia la vida, que parece gozarse en destrozar las más hermosas flores de nuestra alma.

Me complacía en volver la cabeza hacia atrás y hacer ese balance de nuestro pasado, que sólo

surge ante el pensamiento del hombre cuando traspasa los treinta y cinco años...

Me acordaba entonces de mis horribles engaños de amor, y pensaba con una tristeza que yo me complacía en llamar *pensada*, que un sarcasmo supremo parecía haber presidido mi vida. Pero... ¿sólo mi vida?... ¿Es que un sarcasmo brutal, cruel é irónico, como si fuera un espíritu burlón, presidía desde la sombra todas y cada una de las vidas de los hombres?... Las de los otros, ¿encerraban tal vez, como la mía, el gran desencanto de haberlo esperado todo y sólo haber encontrado el vacío, el odio ó la indiferencia á su alrededor?... ¿Guardaba entonces cada hombre, como yo al llegar á la madurez, un poso de pena infinita en el corazón, por los sueños que no se realizaron, por las ilusiones blancas que la vida había destrozado en nosotros, por las esperanzas fallidas, por las almas encontradas que creímos hermanas en un principio, y que luego nos traicionaron, nos vendieron ó nos odiaron?... ¿Era verdad que todos estábamos solos en medio del mundo? ¿Nadie nos comprendía?... ¿Nadie nos amaba verdaderamente?...

¡Ay!... Con qué angustia, á la vez mortal y dulce, rectifiqué cuando yo conocí á Mercedes... Comprendí entonces que, como yo siempre había pensado, hay sobre la tierra un alma hermana de nuestra alma, y que toda nuestra tristeza, toda nuestra inquietud y nuestro dolor nacen de nuestra soledad y de nuestro alejamiento de esa alma presentida... ¡Esencia pura del amor más puro, soplo divino de belleza y de ideal, fuente de ternura que abrasa nuestro corazón, y que hasta



Estaba grueso, grande, y tenía unos ademanes de dragón prusiano

La Esfera

al hombre más malo le ha hecho sentirse, siquiera sea en un instante de su vida, bueno é inocente como una virgen!... Pero había, sí, un espíritu burlón que nos alejaba eternamente del alma presentida, que nos distanciaba del único corazón quizá que en la inmensidad del mundo habría comprendido y amado á nuestro corazón..., haciéndonos convivir, en cambio, y compartir nuestras palabras, nuestros pensamientos y nuestras pasiones con seres estúpidos, ajenos á nuestro mundo interior, ó con seres brutales y egoístas, con esa turba de gente tonta que se llama *el vulgo*, que ríe siempre, que no piensa y que es feliz...

Pero divago. Perdónad. He querido solamente deciros mi estado de alma cuando yo conocí á Mercedes. La conocí por casualidad. Uno de mis mejores amigos de la infancia, mientras yo colonizaba tierras de América, había llegado á ser capitán, y estaba de guarnición en Toledo. Se llamaba Carlos, y era desde niño un temperamento violento, egoísta y rudo, pero con ese desparpajo antipático que suelen tener las gentes pedantes. Confieso que fuí á verlo á regañadientes, y sólo después de varias cartas en que me reiteraba fuese á la imperial ciudad. Me recibió él mismo, en la estación. Estaba grueso, grande, y tenía unos ademanes de dragón prusiano. Me resultaba muy antipático, más que antes. Por el camino me habló mucho de él, mucho, y al final, como de una cosa sin importancia, de su mujer, á la que yo no conocía. Y...

Me encontré con una de esas mujeres españolas de ojos y pelo negro, de tez blanca, y que tenía en su cuerpo una especie de gracia que caíera sobre ella desde las alturas. Pero no fué su belleza física lo que me retuvo tres meses en Toledo, sino sus delicadezas, su espíritu delicado y exquisito, su alma ingenua, profunda y pensativa, que la hacía inolvidable. Dijérase que de aquella mujer brotaba como una fuente de belleza y de ternura, y que estaba rodeada de un nimbo de luz. Por ella, su esposo aparecía inteligente, delicado y bueno, todo lo que no era. Tenía una palabra de perdón para cada rudeza de él, una sonrisa para cada injusticia, un gesto bondadoso para cada olvido ó cada brutalidad..., y era, en fin, una de esas extrañas almas femeninas que tienen y ponen en la vida algo de divino.

•••••

Yo la miraba y la oía tan solícita, tan atenta, tan noble y tan amante siempre con aquel marido brutal, que apenas la concedía más importancia que á su caballo,

... «una tiaza gitanota, que quitaba el sentido».



Y... ¡qué ojos me echó!...



bellezas de su corazón tan hermoso... Luego, los dos, en silencio, abatimos los ojos al suelo, y ella huyó á hundirse en la alcoba nupcial, donde la desgarró un sollozo terrible... Y yo salí.

•••••

Ya no volví á verla. Ya no la he visto más. Los dos comprendimos que el sacrificio de separarnos para siempre era más hermoso y más grande que el haber cultivado aquel amor que á los dos nos hizo arder en la misma llama... El bárbaro del marido, que era, además, mujeriego, jugador y borracho, cuando me dejó en la estación aquella tarde, me iba recomendando que, tan pronto llegara á Madrid, fuese á ver, en Maravillas, á la «Nievécitas», «una tiaza gitano-ta, que quitaba el sentido».

Y yo, mientras el tren marchaba, pensando en ella, tan delicada, tan excelente, tan espiritual y tan excelsa, sentía, mirando al marido, un odio profundo, un odio loco hacia esta vida, de eterno sarcasmo y de eterna imperfección...

ANTONIO GUARDIOLA

(Dibujos de Echea)

y, sin querer, sin que se mezclase en mi sentimiento la más leve sombra de algo inno- ble, mi corazón se iba arrojando y arrojándose ante el suyo. Recordaba yo con inmensa tristeza los amores de mi juventud, que me habían desgarrado el pecho..., y pensaba que aquella mujer era tal vez la única que habría comprendido las delicadezas de mi corazón y las ternuras de mi alma de niño, y sentía un rencor sordo hacia la vida y hacia el destino cruel que me había destrozado la existencia. «¡Es ella, ella!»—me decía á mí mismo—; «¡esa mujer es la que hubiera alegrado mi vida y mis horas, en la que hubiera reposado mi corazón, la compañera de todas las alegrías y de todos los pensamientos, que dijo el poeta, la de que nos envuelve al querernos, en todos los amores, porque nos quiere como una madre y como una hermana, y, á la vez, como una amante y como una amiga dulce que se prende á nuestro espíritu para toda la vida!»...

¡Cuánto sufrimos!... ¡Ella también, porque, con su sutileza femenina, se había dado cuenta de mi adoración casi santa... Al fin, un día, comprendimos los dos que yo debía marcharme. Me pude despedir de ella á solas, en una ausencia del marido. «¡Adiós, Mercedes, y perdona si ha sido mía la culpa!»—la dije tuteándola por primera y única vez en mi vida—. Y... ¡qué ojos me echó!... Parecieron decirme en la larga mirada toda la tristeza de su vida y de su destino, compartidos con aquel hombre bárbaro y brutal, que no sabía apreciar las

ACABA DE PUBLICARSE

'LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL ARTE CLÍNICO'

El doctor Lafora ha llevado, acertadamente, á la luz meridiana de la Prensa no profesional, interesantes problemas referentes á las relaciones entre el médico y la sociedad, que interesan, no sólo á los profesionales, sino al público en general, y ha censurado que los médicos salgan de las Facultades sin haber oído ni una lección de Deontología médica ó «ciencia de los deberes morales del médico». Con esta afirmación coincide la publicación de un interesante libro, «Los principios fundamentales del Arte clínico», en que el ilustre catedrático de Medicina de la Universidad de Valladolid, doctor Bañuelos, dedica al tema de las relaciones del médico con la sociedad el importantísimo capítulo que, por ser de interés general, copiamos á continuación:

EL médico, para sus enfermos, debe ser siempre el médico, lo cual no excluye las relaciones de amistad, de simpatía y de afecto hacia sus clientes; pero el médico que deja de comportarse frente á sus clientes como médico, pierde prestigio como tal médico, aunque pueda ganar en cariñosa simpatía y confianza, como amigo.

El médico es dueño de una fuerza misteriosa que está dada por el prestigio, por el respeto, por el saber, por la conducta, pública y privada, y por la manera toda de proceder y de obrar en la vida. Cuando no sabe ó no puede manejar estos factores de modo acertado, y que constituye esta fuerza misteriosa de que el médico dispone, pierde parte de su poder frente á los enfermos, primero, y frente á la sociedad, después.

El médico goza de un gran poder de sugestión sobre sus enfermos. Esta fuerza está en el deber de cultivarla y desarrollarla lo más ampliamente, no para beneficio de él, para realizar el bien de sus clientes. Pero será necesario que el principiante en el Arte Clínico sepa algo de cómo se adquiere y desarrolla el poder de sugestión. El médico debe inspirar confianza á su cliente, mostrándole en todo momento el gran interés que tiene en aliviarle y lo mucho que se conduce de su sufrimiento...

Las afirmaciones del interés por el enfermo y de los buenos sentimientos para aliviarle deben ser corroborados, en todo momento, por una conducta intachable frente al enfermo, y sin la más leve mácula que pueda empañar la creencia y fe absoluta de que el médico pone, por encima de todo interés profesional, de todo fin lucrativo y de toda vanidad, soberbia ú orgullo, la salud y la vida del enfermo, no solamente en el sentido de curación, sino también en el de alivio de la más ligera de las molestias.

Cuando el médico obra así, acrecienta la fuerza de sugestión que puede ejercer sobre sus enfermos. No se olvide que Cristo no exigía á sus enfermos otra cosa para curarlos que fe, que es igual á confianza absoluta, y que cuando tal fe no existía, se negaba á practicar la curación del enfermo.

Pero la fe y la confianza en un médico se pierden, no tanto por los errores que el médico pueda cometer, de naturaleza científica, como por la conducta que sobre asuntos que se refieren al interés del enfermo, pueda conocer la familia, poniéndose en evidencia que la conducta del médico, en este sentido, no es la que ellos desean, sino, por el contrario, que pospone el interés del enfermo á sus vanidades, caprichos, soberbia ú orgullo profesional.

En el trato con el enfermo, el médico se mostrará afectuoso é interesado por cuanto á la salud del enfermo se refiere, escuchando pacientemente relatos, que muchas veces carecen de toda importancia clínica. El médico pecaría de ligero si de manera brusca y seca hiciese ver al enfermo lo poco interesante, y á veces estúpido, de su narración.

Cuando el médico se vea en tales trances, será discreto, pidiendo perdón al enfermo, hacerle ver que muchas cosas que pudieran parecerle muy interesantes carecen de importancia

*De cómo nos comportaremos
— en la práctica —
frente al enfermo y la sociedad*



EL PROFESOR DR. MISAEI BAÑUELOS
Autor del libro

en el orden clínico, y que, por lo tanto, la larga explicación y las deducciones que el enfermo hacía de cierta clase de hechos no tienen el valor clínico que él las daba. Pero todo esto se hará con suavidad y tacto, que permitan al médico ganar influencia sobre su enfermo, sin hacerle perder el tiempo en oír fastidiosas explicaciones de sucesos y absurdas deducciones de naturaleza científica hechas por el enfermo ó familiares.

No debe olvidar el médico nunca que toda entrevista con un enfermo representa una lucha, en la que el médico debe tender á adueñarse de la confianza y de la fe del enfermo y su familia.

Ciertamente que esto no será posible para nadie en todos los casos, pues es evidente que, á veces, por educación, por cultura, por manera de razonar y por instintos é impulsos subconscientes y ocultos, chocamos los hombres en la primera entrevista y nos rechazamos como antipáticos, á pesar de todos nuestros mejores deseos para lograr establecer un lazo de simpatía. Pero no es menos cierto que el médico debe desarrollar de una manera extensa y profunda su capacidad de agrandar y de adentrarse en los es-

píritus de sus enfermos, con el fin de lograr el máximo bien para ellos.

Como decía Nietzsche, no basta al médico una formación espiritual que le permita el dominio de los métodos y de las técnicas científicas, sino que debe poseer las capacidades á que antes hacíamos alusión. No olvidemos nunca tampoco que, como dice Grünthal, la profesión médica tiene fundadas perspectivas para jugar en lo por venir el papel importante de consejera de la vida de la Humanidad.

No queremos en este capítulo hacer el boceto de un tratado de Homilética, sino más bien el de exponer algunas reglas y consejos que puedan ser útiles al médico novel, en sus relaciones con los enfermos.

Sabido es que la Homilética Médica representa la conducta y la dialéctica que el médico ha de emplear frente al paciente y el medio en que está actuando. Con lo cual se roza con la psicoterapia en numerosas ocasiones.

Nuestro papel en esta ocasión es más sencillo: se limita exclusivamente á aconsejar aquella manera de comportarse el médico frente al enfermo, al fin de realizar en este sentido un Arte Clínico ideal, y para ello creemos que la verdad se encierra en la frase de Grünthal, de que el interés en el padecimiento de un hombre y la voluntad de auxiliarle decide fundamentalmente en la práctica las características de la actuación médica.

Para realizar cuanto hasta aquí hemos considerado, no basta simplemente con la preparación técnica, ni con las demás condiciones que hemos exigido al médico anteriormente, sino que, como dice Jaspers, es necesario además que el médico tenga una gran capacidad de tendencia á auxiliar á sus semejantes, que posea una amplia concepción del mundo y, finalmente, una gran bondad esencial. La concepción del mundo, ampliamente comprensiva, le hará ser indulgente con los vicios, las faltas y las miserias de sus semejantes, sin que por ello trate en todo momento de permitirles ni tolerarlas, sino que, en virtud de la bondad esencial que el médico debe poseer, intentará siempre corregirlas y suprimirlas, á fin de que sus enfermos no solamente logren la salud, sino que vivan de la mejor manera posible, tanto en el aspecto material como en el moral.

Es verdad que para lograr lo último será preciso, en muchas ocasiones, recurrir á los modernos procedimientos psicagógicos para la corrección de ciertos defectos intelectuales, ya que la moderna ciencia llamada Psicagogía permite hoy al médico, conocedor de sus recursos, dirigir ampliamente la psiquis de sus clientes; mas para hacer esto el médico necesita tener una amplia concepción del mundo extraordinariamente comprensiva, para no forzar los sentimientos é instintos de naturaleza religiosa, filosófica ó política de sus clientes, sino, por el contrario, para aconsejarles lo mejor posible, dentro de las tendencias que cada cual posea.

Frente á la sociedad, el médico tiene que llenar deberes muy importantes: unos, que se refieren á sus propios compañeros de profesión, y otros, al resto de la sociedad.

o-o-o

La Espera

No es lícito nunca á ningún médico negar el diagnóstico formulado por otro médico, ni siquiera debe pedirle cuando no le sea comunicado, y nunca partirá de él la iniciativa para cono- cer el diagnóstico formulado por otro médico, á no ser que se trate de un diagnóstico retrospectivo de enfermedad ya pasada, pero cuyo conocimiento pudiera aportar datos útiles para esclarecer el diagnóstico de la enfermedad presente. Si, á pesar de todo, el diagnóstico le hubiese sido comunicado y lo encontrase erróneo, su proceder correcto es callarse, y de ninguna manera rebatir el diagnóstico formulado por su compañero; pues si así lo hiciera, quebrantaría la confianza que el enfermo y su familia tuvieran y debieran tener en la Medicina y en los médicos, y causaría grave perjuicio al enfermo. Finalmente, si solicitase la familia ó el enfermo, con tenaz ahinco, el juicio del diagnóstico formulado por su compañero, en el caso de encontrarlo erróneo, tiene varias maneras de salvar su conciencia y la justificación de su conducta. Así, cuando haga algunos días que ha sido visto el enfermo por el otro médico, bastará simplemente con decir, por ejemplo que, efectivamente, en aquellos días la enfermedad pareció presentar los síntomas que justificaban el diagnóstico formulado por el otro médico; pero que, en el momento presente, él formula tal ó cual diagnóstico, porque es el que corresponde al cuadro clínico de la enfermedad. Pero ya hemos dicho en otro capítulo de esta obra, y aunque allí no se hacía constar, era precisamente con el fin de evitar estas enojosas discusiones, que el médico no debe nunca, de no ser instado á ello con insistencia, formular un diagnóstico expreso comunicándolo al enfermo ó á sus familiares.

Pero, guardando toda clase de respetos al médico que haya visto anteriormente al enfermo y sin criticar su diagnóstico, sino en todo caso justificándole, el médico tiene siempre la obligación primera y suprema de auxiliar al enfermo, ayudándole á recuperar la salud perdida ó proporcionándole alivio, por lo cual en el tratamiento será inflexible á toda clase de sugerencias y aconsejará el tratamiento que considere el mejor, aunque salvando todos los respetos que el médico que haya visto anteriormente al enfermo debe merecerle siempre.

Como no se trata de redactar en esta ocasión un tratado de Deontología Médica, no insistimos más sobre este punto, por considerar que lo dicho constituye el nudo capital de las relaciones entre los médicos.

Para con la sociedad tiene el médico deberes que cumplir de importancia tan grande, que de ellos depende muchas veces la evitación de epidemias más ó menos graves, y en otras ocasiones, el castigo de delincuentes que tienden á destruir la sociedad. Y aparte de estos deberes, otros de naturaleza diferente, no menos importantes en orden á la salud de la sociedad y al prestigio de la profesión, cuales son los referentes á honorarios por servicios médicos.

El médico se encontrará en numerosas ocasiones con casos serios de conciencia, en los cuales se ventila la no declaración de una enfermedad infectocontagiosa. Nunca el médico transigirá ante una sugestión de esta naturaleza, pues el hacerlo podría provocar la explosión de una epidemia que causara numerosas víctimas entre sus conciudadanos, y al mismo tiempo cometía una gran falta contra las leyes de su país, que le ordenan, de manera obligatoria, la declaración de estas enfermedades infectocontagiosas.

El médico en tales ocasiones gana en prestigio, en autoridad y en respeto, cumpliendo la ley y declarando el caso, aunque pueda en alguna ocasión perder la amistad de una familia, cuya cultura y honorabilidad serían muy discutibles si procediesen despidiendo al médico.

Ante los casos que supongan un atentado criminal, el médico será inflexible y cumplirá lo que le ordenan las leyes de su país, comunicando el caso á las autoridades correspondientes, contribuyendo de este modo á sostener el orden social y la libertad de sus semejantes, que si no podrían ser cohibidos ó destruidos por acciones delincuentes sucesivas.

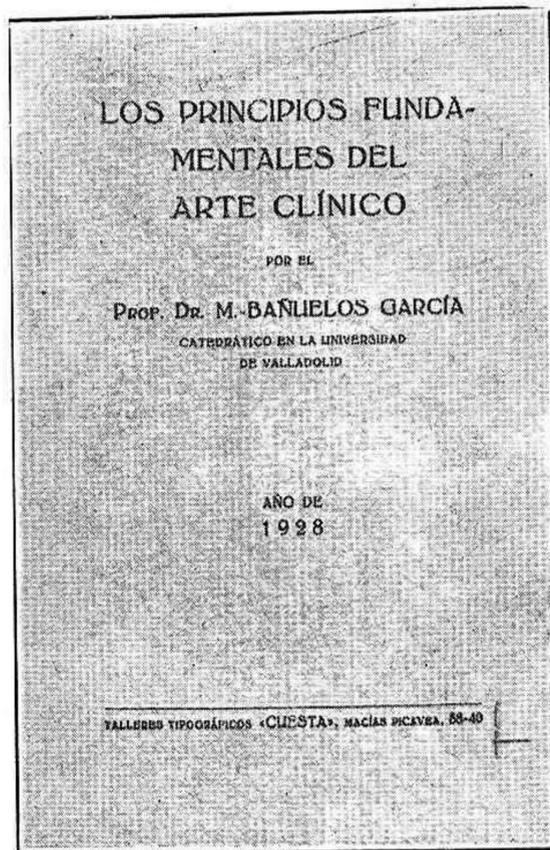
Pero si en lugar de ser casos de intervención

judicial indiscutible, se trata, por el contrario, de defectos, miserias y lacras, perversiones ó aberraciones de sus clientes, guardará, por el contrario, secreto impenetrable, no comunicándolo nunca ni á las personas de su familia ni á la familia del enfermo, y tratará de curar ó aliviar á su cliente, poniendo en práctica cuantos recursos posee hoy el Arte Clínico, y sacrificando cuanto tiempo y trabajo requiera la curación ó el alivio de sus enfermos.

•••••

Factores bien distintos son los que contribuyen á formar la aureola de prestigio y reputación de un clínico, y de entre ellos, no menos importante es el capítulo que se refiere á los honorarios que se hace pagar por sus servicios médicos.

Muy extendida está actualmente la noción de que cuanto más se haga pagar un médico por sus servicios, tanto mayor es el prestigio que con ello gana. Pero nosotros pensamos que esto es sólo dentro de cierta clase de público, y que, por el contrario, entre muchas gentes el hacerse pagar cantidades grandes por sus servicios médicos puede resultar, y de hecho resulta, en muchas ocasiones, contraproducente.



Portada del libro

El médico no debe visitar de balde más que á los extraordinariamente pobres y que figuren en nuestro país en los padrones de Beneficencia Municipal; pero, fuera de estos casos, el médico cobrará siempre por su trabajo, porque en la actual organización de las sociedades humanas es la única manera posible para subsistir. Pero el médico no cobrará más de aquella cantidad que pueda pagar el enfermo sin gran sacrificio y sin desnivelar el presupuesto de su casa, porque, en caso contrario, el enfermo se retraerá de consultar con los médicos y buscará el remedio á sus males en la curandería, más ó menos clandestina, con desprestigio evidente de la profesión médica y de los médicos titulados. No olvidarse jamás de que el médico, antes que percibir honorarios, debe tener por fin y norma de su profesión hacer el bien á sus semejantes, curándoles ó aliviándoles en sus enfermedades.

Imponer honorarios desproporcionados á la clase de servicios prestados ó á las capacidades económicas de los enfermos asistidos, significa desconocer fundamentalmente los primeros principios en que debe basarse el Arte Clínico. Este Arte Clínico exige establecer la relación entre el enfermo y el médico, basada en la confianza, en la fe, en que el médico quiere el bien del enfermo, y principalmente curarle ó aliviarle, y de ninguna manera su explotación económica; porque si así fuere ó el enfermo lo llegase á creer

se habría roto la condición esencial que liga al médico con el enfermo, que es la confianza y la fe en el carácter bienhechor de la Medicina y de los médicos, y se habría substituido por la creencia de que se trataba de una profesión que intentaba explotar la enfermedad y el dolor en beneficio de los que la practicaban. Consecuencia terrible á la que, desgraciadamente, en todos los tiempos han llegado muchos hombres, ante la conducta desatinada de muchos médicos.

Para el lector que quiera documentarse sobre esta cuestión en forma más detallada, le recomendamos la lectura del proyecto de Código para honorarios médicos, que figura en el volumen I del *Tratado de Patología y de Terapéutica Médica*, aplicada, de Sergent, y redactado por Le Gendre.

Sin que nosotros digamos que el Código á que nos referimos sea perfecto, encierra por lo menos las normas que con variaciones muy ligeras pudiera ser aplicable á nuestro país, contribuyendo á mejorar las relaciones entre los médicos mismos y entre éstos y sus clientes, ganando con ello en dignificación y prestigio, al mismo tiempo que la autoridad para poder ejercer la profesión en mejores condiciones, en beneficio del enfermo, todos los médicos.

Aparte de cuanto hemos comentado como manera y deberes que tiene el médico para la sociedad, el médico debe comportarse en sociedad también en cualquier momento, como persona que posee una categoría intelectual y una profesión que exige autoridad y prestigio para ser ejercitada con provecho del enfermo, y por ello el médico no puede olvidar nunca, mientras esté ante un público que le conoce, que es médico y, por consiguiente, que está obligado á comportarse como tal, no sufriendo abandono ni debilidad ninguna que le desprestigien á él, y con él mismo á la profesión, pues su papel es dignificarse y ennoblecerse en todo momento.

El médico sólo puede olvidar que es médico en sus relaciones familiares ó de muy extrema intimidad, pero nunca en sociedad.

•••••

En cuanto á si el médico debe figurar en política, estimamos que el médico llena bien sus deberes ciudadanos si cumple á satisfacción de sus enfermos su papel de médico, por lo que no es de recomendar al médico que actúe en la política activa.

Cosa diferente es que, llegadas unas elecciones, dé su voto á quien, según su conciencia, pueda servir mejor los intereses supremos de la Patria, de la Raza y de la Humanidad.

En tal caso, creemos no es lícito á nadie abstenerse de emitir su sufragio, permitiendo con su abstención que triunfen los afanosos de dominio y de poder.

Pero si el médico siente fuertemente en su conciencia la necesidad de luchar en una política activa, aun á trueque de abandonar en parte ó en todo sus estudios médicos, puede y debe hacerlo como todo ciudadano de un país que cree de este modo servir lo mejor posible los intereses de sus semejantes y compatriotas. Pero ello tiene siempre un significado en la vida del médico: sus actividades médicas han sido mermadas por la actuación política.

Al médico que tal hace le está reservado en la política de todos los países una misión esplendorosa y humanitaria, ya que él, mejor que nadie, sabe de las miserias del hombre. Las obras de cultura, de beneficencia, de higiene y de educación del pueblo deben ser su obra política.

Magnífico programa para todo médico político.

Más difícil de resolver es si el médico en la sociedad deberá significarse por sus ideas religiosas ó filosóficas.

A nuestro entender, hoy la religión y la filosofía son exclusivamente pertenencia de la vida privada, y todo médico que se signifique en este sentido no vive de manera normal la vida de su siglo, por lo que le acarrearía indudables perjuicios significarse en cualquier sentido, además de robarle tiempo precioso para sus meditaciones, estudios é investigaciones clínicas.

DR. MISAEL BAÑUELOS

LO TIPICO QUE MUERE

Desaparición del «cab» de Londres

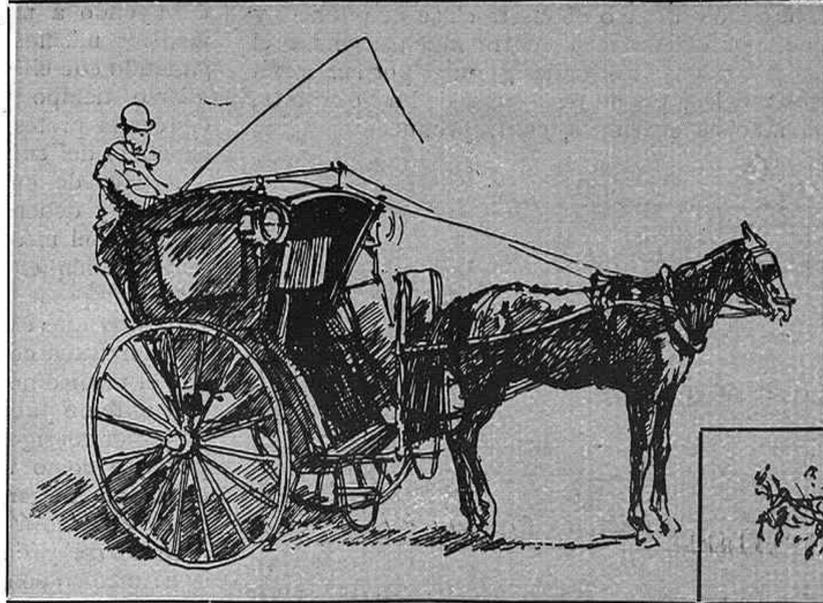
QUIEN haya estado en Londres hace veinte años y vuelva a visitarlo ahora, se encontrará sorprendido del nuevo aspecto en el espectáculo animado y viviente de sus calles. Advierte, porque no puede dejar de advertirse, que en él falta algo que era típico, hermosamente pintoresco, casi familiar.

Entonces, en cada estación ferroviaria, lo mismo se llegara á la gran ciudad por la de Charing Cross que por la Holborn Viaduct ó por la de Ludgate Hill, el viajero se encontraba aquella fila, al parecer interminable, de *hansom-cabs*, en correcta alineación, en el alto asiento trasero sentado al auriga, grave, silencioso, poco menos que solemne, en espera de prestar servicio al viajero que llega. Ni tumulto, ni clamor de voces; ese tumulto en el acoso y ese griterío ensordecedor que suele ser un enorme suplicio á la salida de las estaciones ferroviarias á la llegada de los trenes de viajeros. El antiguo cochero de Londres apenas si, respetuosamente, con voz reposada, al pasar el viajero en busca de vehículo, le decía: *cab, Sir!*

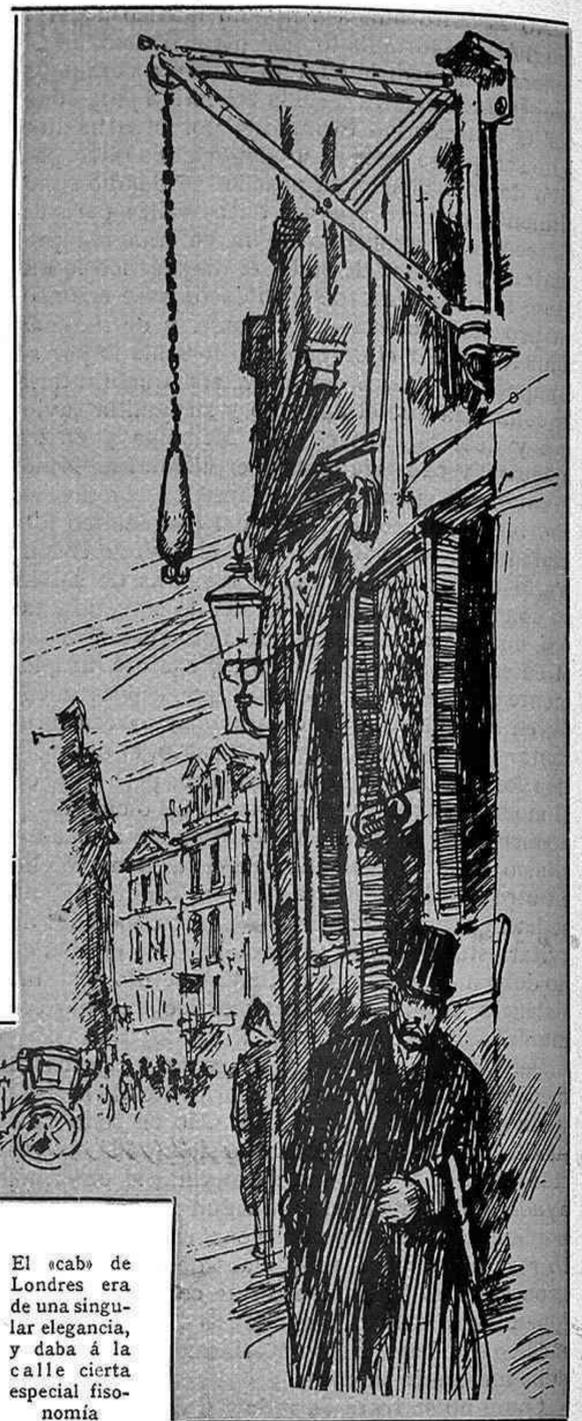
Hoy ya no se encuentra un *cab* ni por casualidad en las estaciones londinenses. Los han sustituido los automóviles de servicio pú-

blico, los *taxis* de desecho, como acontece ya en todas partes. El motor ha desplazado por completo el tiro de caballos en las ciudades, desterrándolos á los viejos rincones provincianos, á las ciudades de cuarto orden y á los villorrios con pretensiones.

En Londres, si el *cab* ha sido sustituido por el *taxi*, también el típico ómnibus callejero ha sido reemplazado por el pesado y enorme autobús. No hace mucho, los periódicos cantaron un responso al último ómnibus que quedaba en Londres, y que también desaparecía. *Lacrimae re-*



Un «cab» londinense



El «cab» de Londres era de una singular elegancia, y daba á la calle cierta especial fisonomía



Un «cab-man»

rum! Y es para lamentarlo. Porque antes era un encanto, por lo menos un grato pasatiempo, detenerse un poco para ver el desfile, á cualquier hora del día, por el Strand, por Holborn, por Piccadilly Circus, de los centenares de ómnibus que pasaban ligeros, pintorescos, ostentando sus colores vivos, rojos, blancos, verdes, amarillos, azules, y la profusión de sus carteles y de sus anuncios.

El *cab* de Londres era de una singular elegancia, y daba á la calle cierta especial fisonomía. Era un *cabriolet* alto, de dos ruedas, con el cochero encaramado en su asiento, detrás de la capota, dominando así desde su altura el carruaje, la caballería y la vía por donde marchaba. Al verlo tan alto y tan grave, dijérase que daba aires de respetabilidad al oficio, sentado en su trono como para recibir un homenaje público.

En efecto, algo había en el *cab-man*, ó también *cab-driver*—lo de conductor suena mejor, sin duda, que la palabra cochero—, del sentimiento de la dignidad en el oficio. Tenía algo de *gentleman* en su continente, porque no vestía ni uniforme ni librea, señales de disciplina ó de servidumbre, que no cuadra bien la independencia del individualismo británico, en que cada hombre, sea cual sea su categoría social, es un ciudadano libre en un país de libertades.

El *cab-man* de Londres no llevaba, como el antiguo cochero de *fiacre* de París, el levitón de obscuro color y la chistera de hule. Llevaba su correcto y limpio impermeable—la lluvia y la niebla lo imponen en Londres—; los guantes rojos resguardando las manos del frío y del roce ásperos de las riendas, y en el ojal la flor imprescindible.

Y no sólo era correcto en su vestimenta, sino también en el modo de producirse.

Los coches de punto tenían ciertas reglas. Antes de las seis de la mañana y después de las ocho de la noche, el cochero podía negarse al alquiler por horas. Y durante el día podía negarse también á prestar servicio al ocupante del coche más de una hora.

En las carreras se contaba por millas á la inglesa. Había un radio de cuatro millas á partir de Charing Cross. Naturalmente, las tarifas va-

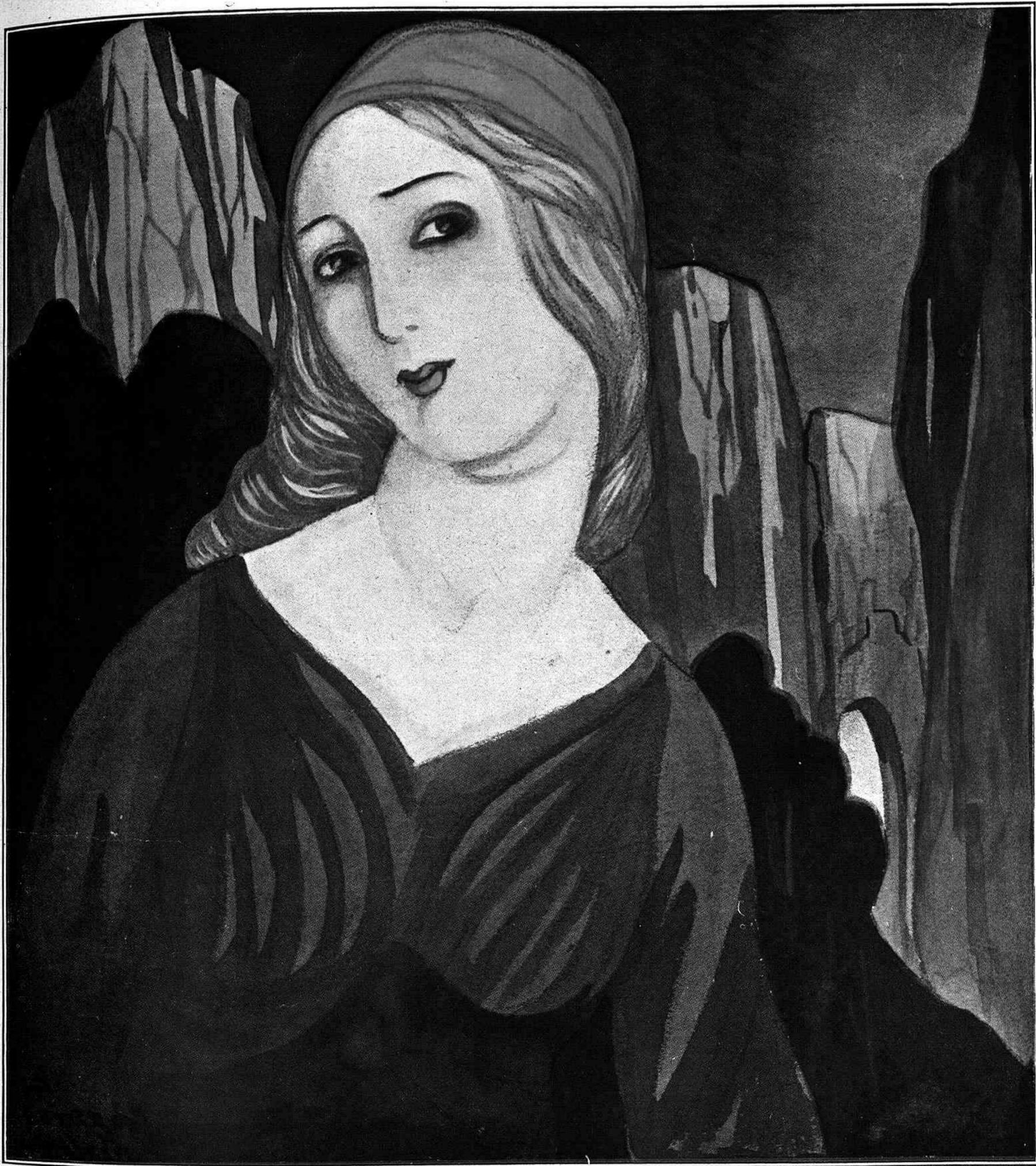
riaban según la carrera fuese dentro de esa zona ó más allá de ella. Para un extraño, el ajuste de cuentas resultaba un poco complicado. Y, por lo general, á la hora del pago más había equivocación del ocupante, que abuso de parte del cochero.

En cuanto á la propina, nunca se producía conflicto. Si era mínima, no la rechazaba despectivamente, insolente, grosero. Guardaba respetuoso silencio. Acaso en su interior se sentía mortificado, porque él no había tendido una mano de mendigo en demanda de una limosna. Pero no protestaba ni con palabras, ni siquiera con un gesto desagradable, porque, dentro del régimen inglés del «juego limpio», el contrato legal estaba cumplido: el servicio se había pagado con arreglo á tarifa. A lo sumo, al mirar la pobre moneda de cobre que se le entregaba, reflejaba vagamente su rostro cierto resquemor de dignidad humillada, cierto orgullo innato de *gentleman* ofendido.

De añadidura eran serviciales. Sabido es que en Londres, después de las doce de la noche, por mandato inflexible de las Ordenanzas, se cierran todos los establecimientos públicos, restaurantes, hoteles, bares. Para los habitantes de la ciudad que trasnochaban, si quieren cenar ó tomar algo caliente, tienen los clubs á que pertenecen. Pero el extranjero tenía que confiarse á la buena voluntad del *cab-man*, quien, á título de amigo, lo llevaba á uno de aquellos quioscos verdes, llamados *cabmen's shelters*, que hay aquí y allá en muchas partes de la ciudad, para uso exclusivo de los cocheros. Y allí se tomaba una frugal cena, rociada sólo con té caliente, porque á hora avanzada de la noche ya está prohibido despachar cerveza.

Todo eso ha desaparecido, y con ello Londres ha cambiado de aspecto.

ANGEL GUERRA



«Melancolía», dibujo original de Cerezo Vallejo

V U E L O S

Audacia y voluntad
eran las alas
(hoy en día más útiles que la ciencia de Palas)
que yo necesitaba
para mi gran proeza.
¡Pero era tan hermosa y dulce la pereza
que á mi oído cantaba!...

Entonces desistí de luchar
contra el agua y el viento,
y contra todo físico elemento,
sin que mi descansar

sea del pensamiento;
porque mientras mi cuerpo se entrega á la pereza,
la fantasía, en cambio, que anida en mi cabeza
no cesa de volar...

Pero, ¿qué importa al mundo que llegue á las estrellas?
Los vuelos que hoy se admiran no son los de Pegaso,
porque poco interesan ya las regiones bellas.
El hombre, ave de paso,
en su nuevo volar,
sólo aspira á cruzar el mar,
de la aurora al ocaso,

y parece olvidar
la ruta del Parnaso.

Sin embargo, Pegaso
sabe que es transitorio su fracaso,
y se consuela,
mientras el alicorto mundo vuela,
por millas y por horas,
rindiendo infatigable las auroras,
hasta que llegue el día
en que vuelva á triunfar la Poesía.
GOY DE SILVA

UN TE EN CASA DEL SEÑOR WANG

EL señor Wang dispónese á recibir á sus amigos que constituyen con él una firma comercial ó una sociedad secreta. No hay chino que no pertenezca á alguna sociedad secreta, como no hay sevillano que no pertenezca á alguna cofradía ó francés que no tenga una condecoración.

Pero antes de recibir á sus amigos, el señor Wang les prepara un te. El señor Wang tiene un hábil cocinero que conoce las ciento ochenta y siete clases de te comercial, desde el negro Pekoe, de pelusilla argentada, hasta el verde Hyson, cuya infusión tiene el rubio color de la cáscara de limón transparente y límpida, y un perfume y sabor deliciosamente acres...

El te que el señor Wang va á servir á sus amigos en las cámaras de su casa y tienda de antigüedades, frente á Jessfield Park, el campamento de los ingleses en Shanghai, está cultivado y recogido en su propio jardín.

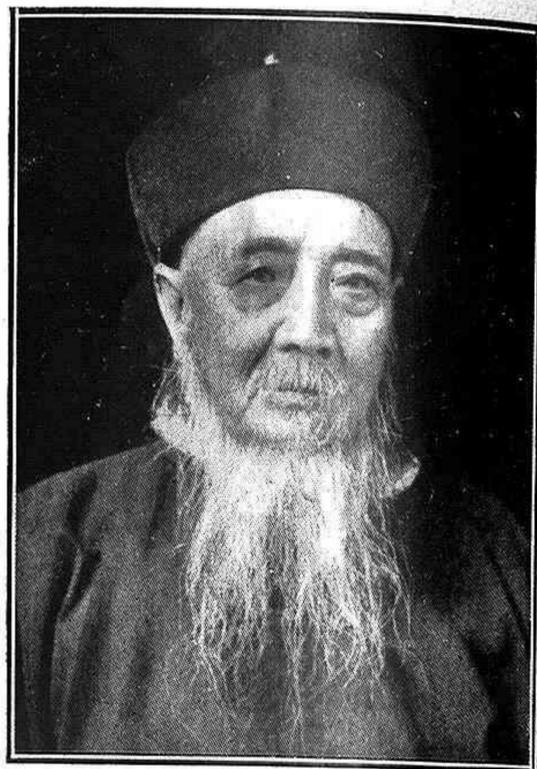
El señor Wang, como la inmensa mayoría de los chinos, siente por la agricultura una pasión, y la trata con ritos religiosos, como el hombre antiguo. A causa de este esmero, la agricultura había alcanzado en China, desde hace muchos siglos, tal grado de perfección, que maravillaba á los europeos. A cada paso es forzoso admirar con qué arte, con qué perseverancia saben los chinos sacar partido del suelo y del clima. No hay eriales, ni ramblizas, ni matorrales incultos. Por dondequiera que se camine se tendrá ante los ojos el magnífico espectáculo de la Naturaleza dominada por el hombre; constantemente se ofrecerán al viajero pruebas innumerables del carácter industrioso, laborioso y tenaz de los chinos. Sobre la larga ruta del Yang-tsé, en cuyas orillas se yergue la casa del señor Wang, pueden admirarse campos cubiertos de cereales y de plantas leguminosas, como arroz, cebada, mijo, judías, habas, patatas, maíz; extensas plantaciones de algodón, bosques de moreras, cañas de azúcar, camelias, *olea fragrans*, naranjos, limoneros. Producción variadísima, colores abigarrados, testimonio patente de la verdad del proverbio vernacular que dice: *El chino tiene sus campos más cuidados que su casa.*

Pero, sobre todo, el cultivo del te ha sido llevado á un grado incomparable de perfección. Y los mejores tes se crían en las provincias centrales de la China. El señor Wang ha ordenado, pues, á su cocinero que prepare el te para los seis visitantes que aguarda. Hale dicho que prepare un buen *su-chung* tostado, con hojas crecidas al sol, pues es sabido que las hojas de la planta crecida á la sombra son muy inferiores en sabor y aroma á las que absorbieron los rayos del sol. Entretanto, el señor Wang ha pasado á sus habitaciones íntimas á lavarse y hacerse el tocado. Uno á uno irán arribando brevemente los amigos del señor Wang. Los recibirá el criado y los pasará á un salón donde les ofrecerá asiento, diciéndoles: «El señor les ruega que aguarden un instante; está acabando de peinarse y hacerse el tocado.»

Esto nos induce á sospechar que las visitas que aguarda el señor Wang no son visitas de cumplido. Si lo fueran, el dueño de la casa, ataviado con sus mejores galas y seguido de sus criados, saldría á recibir á sus huéspedes á la puerta de su casa, ó hasta el pie mismo de los carruajes; abriría de par en par las puertas centrales, les rogaría que pasaran delante, y él acompañaría la visita hasta el salón, yendo siempre dos pasos detrás.

Pero esta vez nada del viejo y complicado ceremonial se cumple. Van llegando los amigos subrepticamente, clandestinamente. Se hacen rápidas y profundas reverencias, eso sí, una reverencia para cada persona, y hasta alguno de los visitantes, escrupuloso observador de las costumbres tradicionales, antes de sentarse hace también una reverencia á la silla.

Ya se han sentado. En este instante aparecen los domésticos que sirven el te. Las tazas, de fina porcelana, están alineadas en bandejas de madera pintada. La infusión es muy perfumada y se la toma sin azúcar. El señor Wang se aproxima á dos de los más importantes congregados y, tocando ligeramente el borde de la bandeja, les dice: «*Thsin-t'cha*, os invito á tomar el te.» Entonces avanzan todos y cada cual coge su taza. El señor Wang agarra una taza con las dos



El señor Wang, que distingue perfectamente las ciento ochenta y siete clases de te comercial

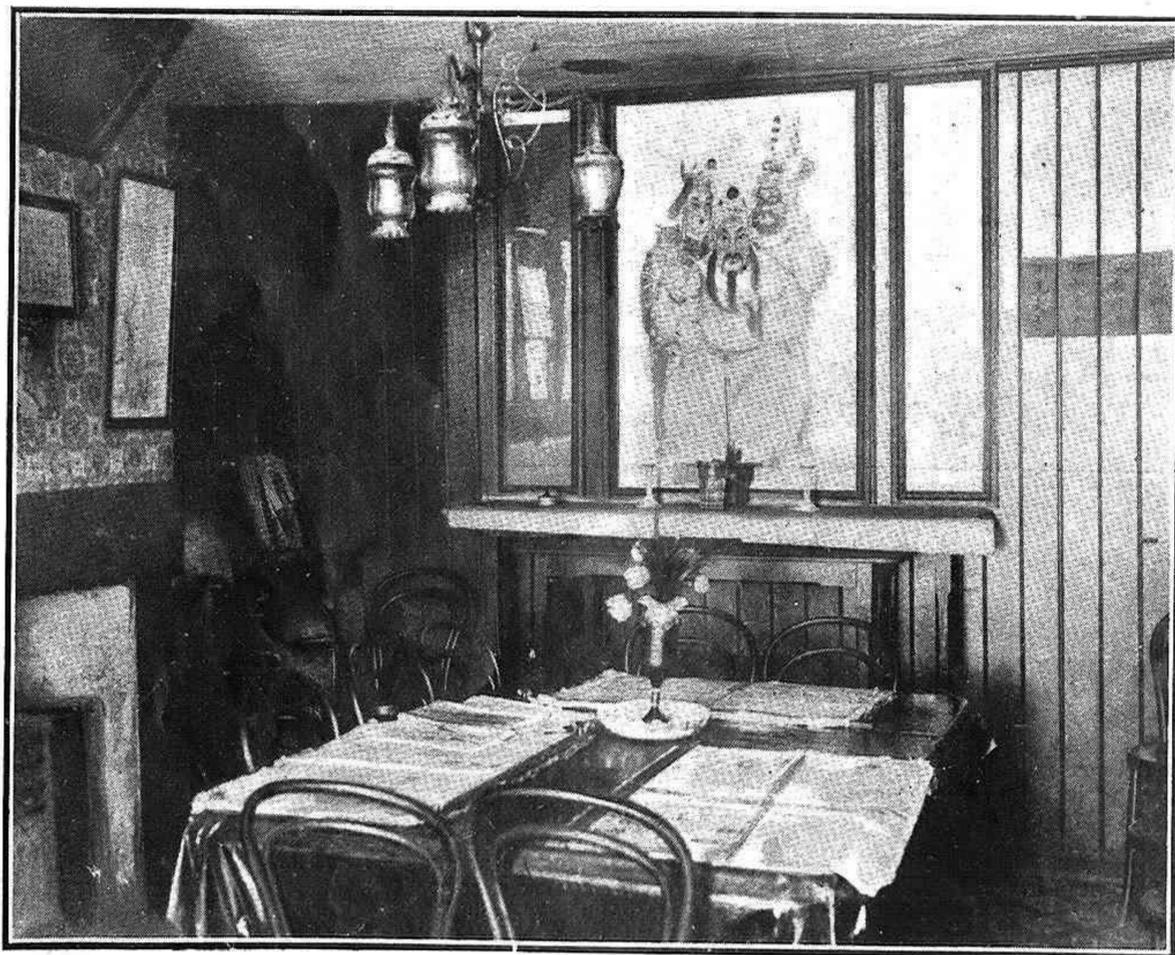
manos y saluda; los invitados, cada uno con su taza sujeta entre las dos manos, también se encorvan hasta casi tocar con ellas el suelo. Luego van bebiendo el te á pequeños sorbos, lentamente, unánimemente, para estar dispuestos á depositar las tazas en la bandeja, todos á la vez.

En seguida empiezan los primeros tanteos de la conversación. Algunos de los recién llegados, lejos de hablar el chino mandarín, hablan un idioma del Sur: indudablemente, son chinos de Cantón. No hay cuidado, sin embargo, de que pronuncien una palabra acerca del objeto que allí les reúne: eso vendrá más tarde, cuando el dueño de la casa les invite á penetrar en la habitación reservada, alejados los criados, corridas las cortinas, encendida la lámpara y tal vez prestado el juramento.

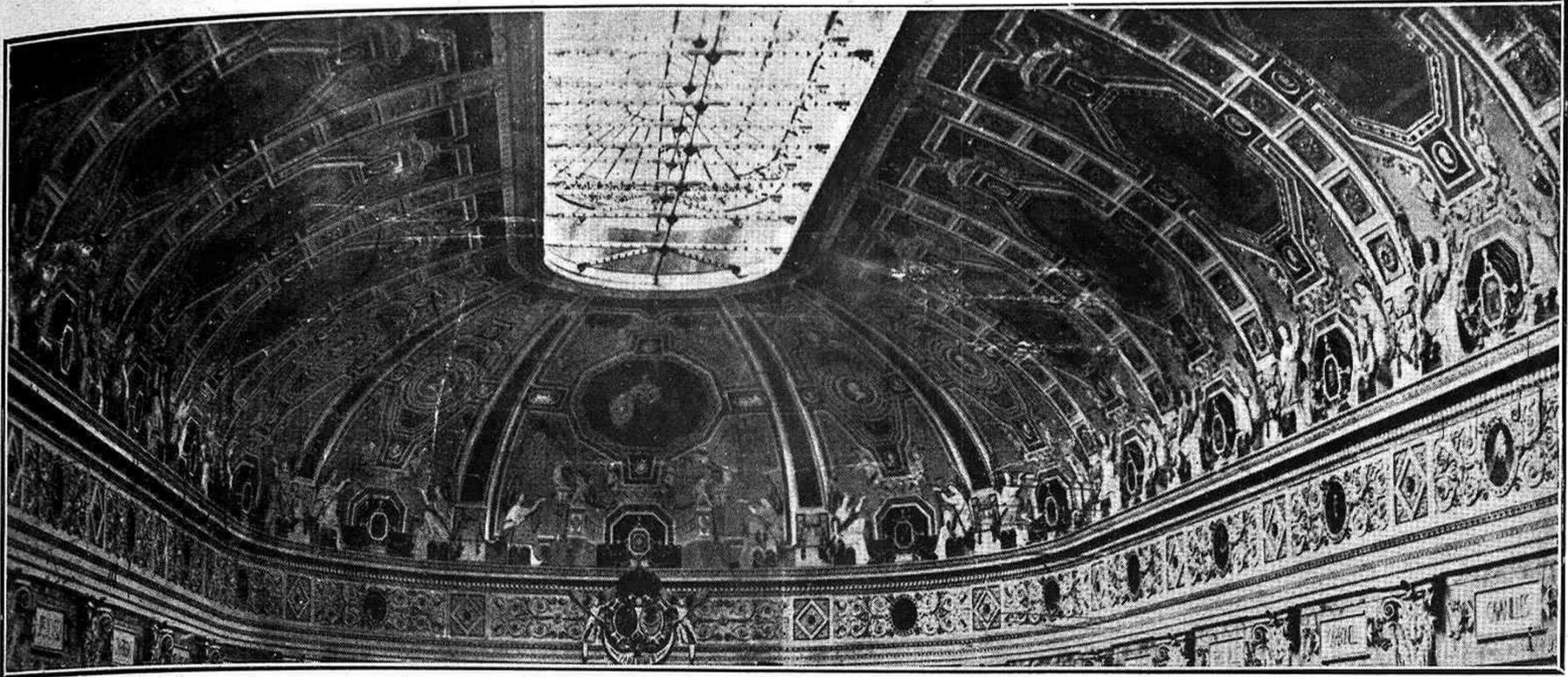
Ya no nos cabe duda: la casa del señor Wang, en las afueras de la vieja ciudad, es un club de conspiradores. Antes de pasar al gabinete privado, los visitantes van dejando en manos del señor Wang un diminuto papel de arroz, en el cual hay trazado un signo: es la contraseña. Cuando el último visitante ha penetrado en la estancia y el señor Wang ha respondido á su saludo, deja caer la cortina que sostuvo levantada, retírase un instante, examina meticulosamente la señal que cada uno de los reunidos le ha entregado, y su impasible faz amarilla parece distender los músculos en un gesto de satisfacción. Los reunidos son auténticos delegados de distintas organizaciones que se citan para tomar, quizá, acuerdos políticos. Hoy es el *boycot* contra el Japón, ó la cuestión separatista de Mandchuria, ó tal vez la persecución del comunismo. Contra todas estas cosas el chino lucha incansable y secretamente. La inmensa China hierve en sociedades secretas. En el seno del Kuomintang, radicales y tradicionalistas sostienen una lucha feroz por el predominio. Tendencias modernas, intereses creados, ambiciones extranjeras, ideas religiosas, odios antiguos y modernos, xenofobia, todo sale á la superficie en este río revuelto de la revolución.

El símbolo que trae cada uno de los delegados, escrito en el diminuto papel que el señor Wang acaba de examinar, tal vez resume mejor que una disertación larga, la posición mental de los intelectuales chinos en su tenacidad y en su sacrificio, pues no es otro que el signo *yin* (paciencia).

JOSÉ RODRIGUEZ DE LA PEÑA



La pequeña y recatada estancia propicia á las conspiraciones chinas (Fots. Ortiz)



Cubierta del Paraninfo de la Universidad Central, donde se celebra la apertura del Curso académico

FIESTA ACADÉMICA

Todos los años, al comenzar el curso académico, un doctor del claustro ordinario diserta en cada Universidad, y en nombre de ella, en el acto solemne de la inauguración del curso.

Las disertaciones corresponden siempre á dos tipos distintos: unas son trabajos personales de investigaciones que revelan el valor científico de la Universidad española; otras desarrollan temas pedagógicos y demuestran así su valor docente.

Este año, el catedrático encargado en Madrid de esa misión académica ha sido el ilustre maestro de la Facultad de Medicina Dr. D. Rafael Mollá y Rodrigo.

Su discurso—ochenta páginas pletóricas de doctrina y muy limpia y galanamente escritas—ha versado sobre un tema trascendental, *La enseñanza de la Medicina*, y el sabio doctor Mollá, aun no satisfecho, sin duda, con la trascendencia social de ese tema, ha orientado su discurso en forma que le ha permitido ponerle como subtítulo: *Aspectos de la educación y cultura nacional*.

El doctor Mollá, como maestro de Medicina, es, ante todo, un gran clínico, y en ese sentido se orientan, naturalmente, sus consejos ante el problema que se plantea; pero, espíritu amplio y comprensivo, conocedor de las posibilidades de la realidad, señala como excelente un camino, que puede ser utilísimo, de bifurcación de los futuros médicos por dos caminos que les lleven, respectivamente, á la especialización que ha de hacerles útiles á la cabecera del enfermo, y á la que ha de hacerles provechosos investigadores en el laboratorio.

Esa parte del discurso del eminente doctor Mollá no es, ni mucho menos, la única interesante: lo son todas, y una nos parece que puede parecerlo más, por su aspecto general; es la que, en síntesis abreviada, á que nos obliga la limitación de espacio, se contiene en los párrafos que copiamos á continuación:

«Lo triste, después de todo, es que el problema de la educación y cultura nacional no es tal problema para la gran masa de la Nación. Le interesan más los deportes que el analfabetismo, más los pasatiempos que la educación de las muchedumbres; mucho más que el porvenir espiritual y material del país, prefiere el aturdimiento presente, matando el tiempo, que nos mata de modo indirecto al no saber aprovecharlo en beneficio individual y de la Patria. Precisamente por estos estigmas del carácter, educación y cultura nacional, hay que encauzar á la Nación por



DOCTOR MOLLÁ Y RODRIGO

Eminente catedrático de la Facultad de Medicina, que ha leído el discurso inaugural del Curso en Madrid

otros derroteros, haciendo patria en su más elevado sentido.

Más que la cultura, interesan al país *foot-ball*, toros y boxeo. Este parece decaer; pero es de esperar que se reanimen sus profesionales y el público. Estudiar, pensar, descubrir, trabajar, mirar de frente el porvenir de la Nación y de la raza, que lo hagan otros, los intelectuales puros, aislados, solitarios, que como tales clamarán en el desierto. Política sana, ideales de progreso y de redención y cultura, eso no tiene importancia para la gran masa de la Nación.»

«Los gestores de la vida política y cultural de la Nación durante el último siglo han hecho lo posible por imitar á los políticos de la Roma decadente, proporcionando al pueblo espectáculos y pan: *panem et circensis*. Por eso no es tal problema para el pueblo el de la educación y cultura nacional, ni los graves problemas del analfabetismo y la incultura llegan á preocuparle. Lo repetimos: *foot-ball*, boxeo y toros. Lo demás no interesa á las muchedumbres, las que desconocen ó no les importa que el 50 por 100, en cifra global, de los españoles no sepan leer ni escribir.»

«Algunos de los grandes problemas relacionados con la educación y cultura general son los mismos y están en parecida posición que estaban en los tiempos en que el gran Jovellanos publi-

Inauguración del Curso

caba sus famosas «Bases para la formación de un plan de instrucción pública», en 1809. Parecerá exagerada la afirmación, pero esa es la realidad.

También la Universidad en su más amplio concepto, es decir, todos los centros de enseñanza desde las primeras letras á los últimos grados, debían preocuparse de la educación física del alumno, como ya aconsejaba el gran Jovellanos; no olvidando el conocido aforismo *mens sana in corpore sano*. ¿Cómo? Eligiendo, seleccionando y obligando en los intervalos de las clases á que los alumnos de deficiente desarrollo torácico, los obesos, los indicados por la inspección médico-escolar, realizaran estas prácticas tan útiles, tan necesarias para hacer hombres sanos y fuertes orgánicamente, pensando en el porvenir de la raza, una de las más pobres fisiológicamente de toda Europa.

El problema de la primera enseñanza es quizá el más trascendental que flota en el ambiente de las necesidades culturales de la Nación. Mientras la enseñanza no sea obligatoria y gratuita para todo el mundo, con edificios, locales y ma-

terial y personal atrayentes, idóneos y apreciados, no se iniciará la solución de tan trascendental problema. Naciones tan similares á nosotros en raza, idioma, cultura é historia como Italia, lo tiene resuelto. ¿De qué manera? Con la enseñanza obligatoria y gratuita, premiando y manteniendo á los alumnos pobres y aplicados y castigando á los padres que no se someten al imperativo de la ley tan sagrada para el porvenir espiritual y material de la nación.

Esa es, en nuestro país, la medida del problema cultural y educativo: enseñanza obligatoria y gratuita para todo el mundo. Es cien veces preferible que muchos que pueden pagar la enseñanza se acojan á la gratuita, á que esquiven la asistencia obligatoria á las clases desheredadas ó indiferentes al deber social de aprender.

Es preciso, necesario, urgente, que el presupuesto de Instrucción Pública sea el más nutrido é importante de la Nación, para dotar á ésta de maestros y de escuelas y de material de enseñanza y de centros normales para los maestros. Para este gran problema nacional no deben existir partidos ni escuelas políticas, sino un solo partido: un partido español, el de la cultura, el de la educación de toda la niñez y juventud española. No hay otros caminos: voluntad, decisión y medios para realizar el supremo ideal de la generalización de la cultura.»

COMO SE HACE UN LIBRO

PRINCIPIO Y FIN DE UNA ILUSION

Cómo se hace un libro? En primer lugar, es necesario escribirle, cosa más ó menos cómoda, según que el autor se le saque completamente de la cabeza ó le tome hecho, como el vendedor de escobas, de otros anteriores. En los libros, efectivamente, la novedad suele ser más que relativa, y si se trata de libros de ciencia, mucho más. Libros hay por ahí todos llenos de «Dice Fulano», «Como dijo Mengano», que dan ganas de preguntar al autor: «¡Bueno! ¿Y usted qué es lo que dice?»

Después de escrito, bien ó mal, en todos los sentidos de la palabra, es necesario editarlo; los manuscritos no se llevan ya más que en los ejercicios de Paleografía, y eso hasta que un ratón de biblioteca los encuentra mercantilmente utilizables.

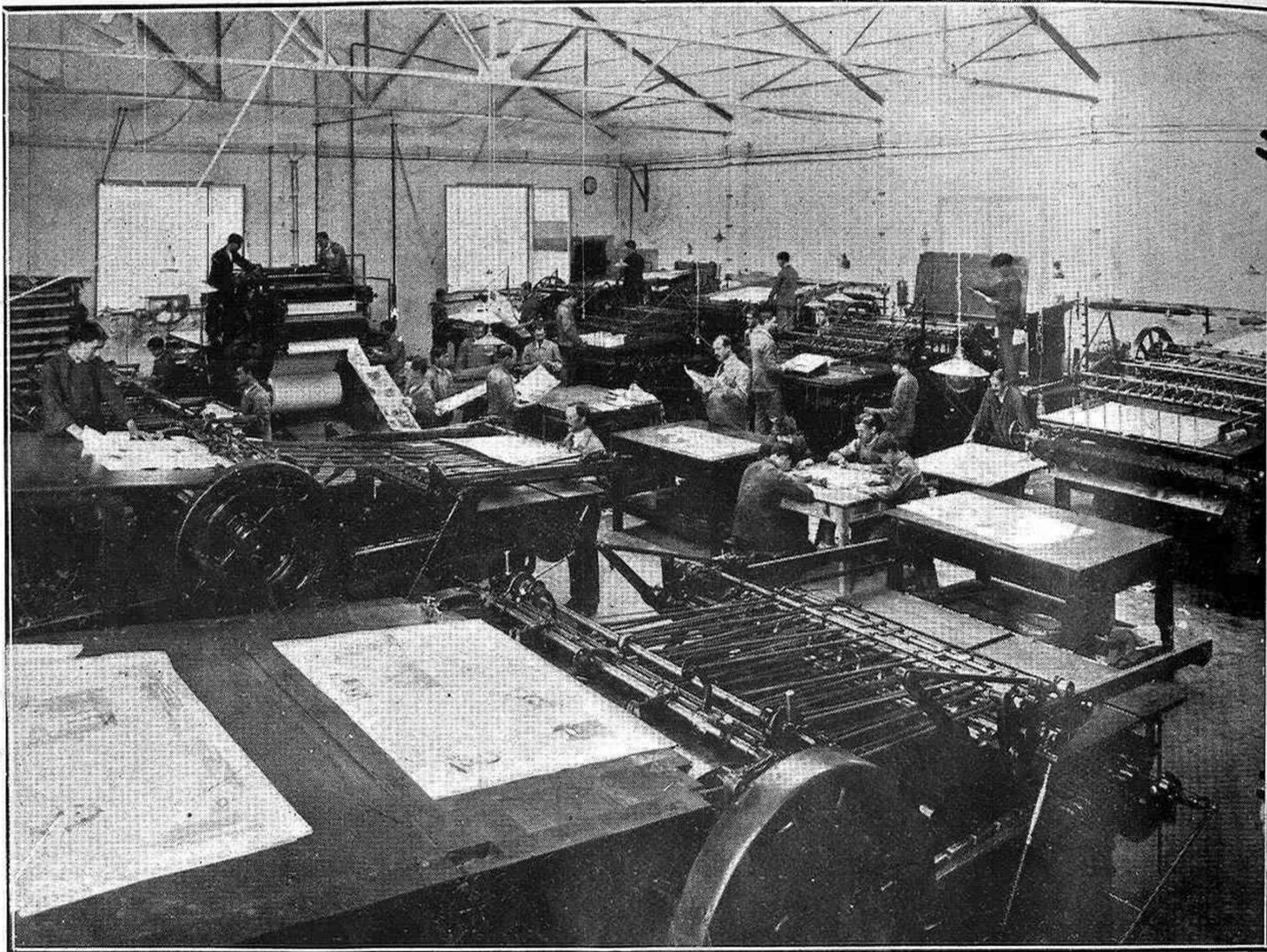
Editar un libro parece cosa fácil, pero no lo es. Si el que le escribió es financieramente menor de edad y no tiene dinero ó no sabe administrarle, el problema se simplifica, porque surge el editor: un caballero que no escribe más que liquidaciones, casi siempre lamentables para el autor; pero que vive de los libros mejor que si los escribiera.

El editor ó el autor, en el caso más favorable, buscan un impresor que

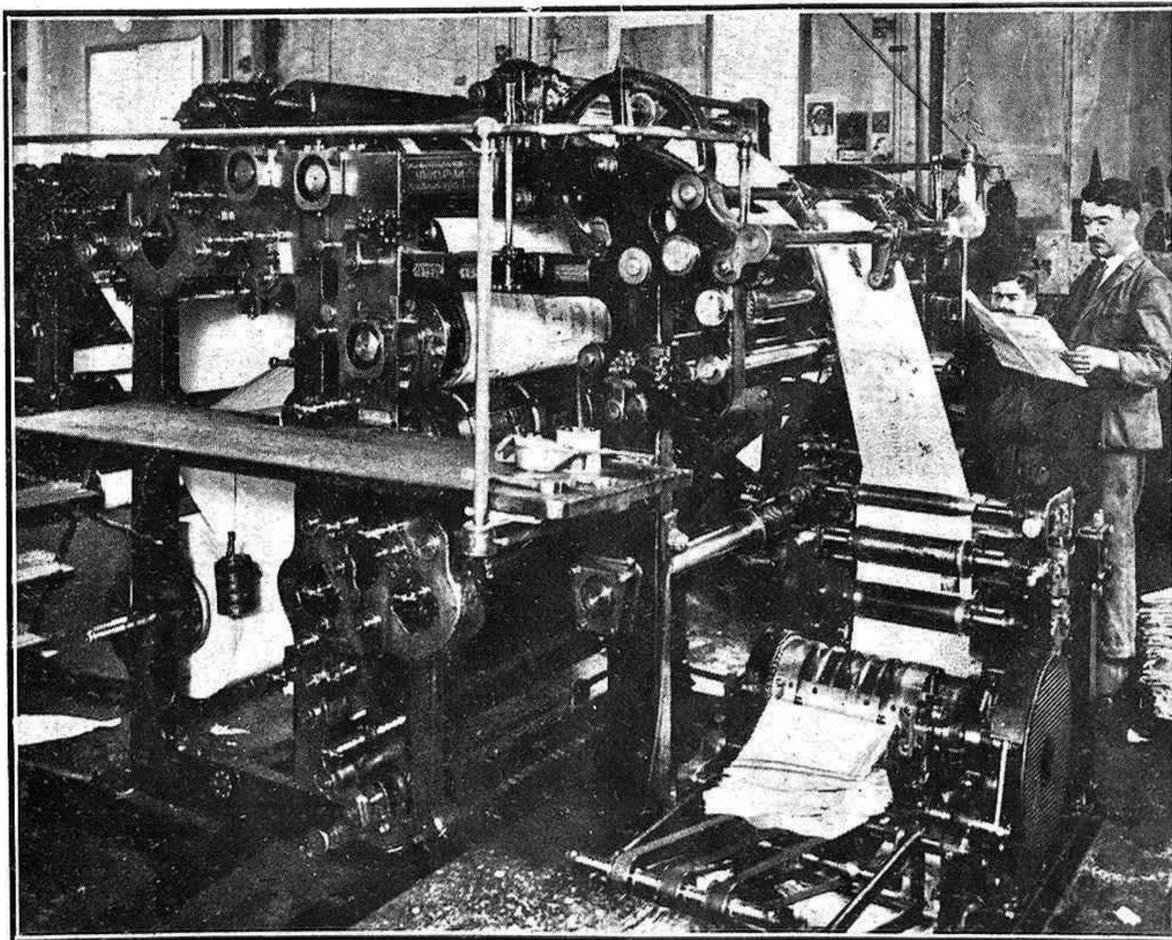
haga un presupuesto, y en ese instante es cuando el autor, si es primerizo, se convence de que necesita al editor como un cojo á sus muletas: el presupuesto suele superar siempre á las

posibilidades económicas del escritor, y el escritor se convence de que necesita un Cirineo para subir á su calvario con su cruz á cuestas.

Todos de acuerdo, y el original en poder del



Una sala de maquinaria en una gran imprenta en que funcionan máquinas de diversos sistemas. En el centro, sentados junto á una mesa, los recortistas



Las máquinas rotativas modernas son complicadísimas. Requieren clichés estereotípicos

impresor, las cuartillas, más ó menos claras, casi siempre menos de lo que al compañero tipógrafo convendría, pasan á manos de los cajistas. El cajista es el hombre que va cogiendo una á una las letras, colocadas en una caja, y, colocándolas unas al lado de otras, forma líneas, que, reunidas, constituyen «paquetes» de composición. Con los paquetes se hacen después las planas, y con las planas el molde, la forma sobre que ha de hacerse la impresión.

Pero sigamos un orden cronológico: Una vez hechos los paquetes, un aprendiz de la imprenta saca una «prueba»; la operación es fácil: el muchacho coloca sobre el paquete un papel ligeramente humedecido, golpea sobre el papel con un cepillo y le separa después; en el papel aparece impreso lo que el autor escribió y el cajista compuso.

Pero... el autor y el cajista son falibles, y la prueba ha de ser leída y corregida. Dos hombres se apoderan de ella; uno lee y otro atiende, y van marcando con signos convencionales, que parecen cabalísticos, los errores que observan. A veces pocos: son las pruebas limpias; otras veces muchos: son todo lo contrario.

Aquella primera corrección no es suficiente, y el autor entra nuevamente en funciones. A veces, demasiado, su prosa no le parece suficientemente clara, pulida ó floreada, y corrige, no los errores que el cajista cometió, sino la propia torpeza: los hay que al corregir hacen un libro nuevo.

Si el libro ha de llevar ilustraciones, trabajan para él los dibujantes y los grabadores. Antes los grabados se hacían á buril; ahora la luz se en-

La Esfera

carga de *burilear*, y los grabadores, fotograbadores, manejan la luz y los reactivos químicos, en lugar de las puntas aceradas de antaño. Los grabados pueden resultar de una gran belleza.

Vuelta la prueba al regente, jefe supremo del taller tipográfico, aun se hace una nueva revisión de ellas, y luego pruebas y paquetes corregidos pasan al «ajustador», es decir, al hombre que «ajusta» unos paquetes con otros y distribuye después en planas, colocándolas en un rectángulo de hierro, la «rama», conveniente-

Afortunadamente, ahora todas funcionan ya con motor eléctrico: aquella forma de esclavitud inhumana que suponía el moverlas á brazo tuvo oportunamente su redención.

A veces, cuando las tiradas han de ser muy grandes, para las cuales se emplean las máquinas rotativas, la forma que entra en máquina no es la original, sino una reproducción de ella sobre metal maleable que permita curvarla. Esa reproducción es un *cliché estereotípico*; para obtenerle se hace primero un molde en hueco so-

bre plasta blanda, que se endurece al secarse, y sobre él un molde de relieve, que se consigue batiendo sobre el molde metal fundido.

Impresas las hojas, retiradas de la máquina y secas, pasan al encuadernador, que las somete á diversas y complicadas manipulaciones. Primero hace la «rueda», es decir, coge una hoja de cada uno de los pliegos diferentes tirados y, reuniéndolas y colocándolas por orden de paginación, forma un montoncillo, que una vez doblados, cosidos y empastados los diferentes pliegos,

si la edición lo requiere, y en este caso después rotulado, da por terminado el libro.

Llega entonces el momento trágico: el momento en que el libro ha de salir á la palestra para ser puesto á la venta, y en que el público, el soberano, dirá la última palabra; el libro, si no es de texto ó de un autor famoso, es difícil de vender; las ilusiones del autor, como las del Comella de *El café*, se derrumban cuando recorre las librerías y se entera de que era exactísimo aquello de:

—El libro que yo escribí
le vende Navamorcuende...
—No has de decir que le vende,
sino que le tiene allí.

El final más trágico aún es que la edición íntegra pase á uno de esos libreros de viejo que compran «restos de ediciones». Por ese camino van rectamente á ser vendidos al peso: «para papel», según la frase clásica.

En él se entierran todas las ilusiones, sin que el autor pueda decir siquiera *sic transit gloria*, porque la gloria no llegó para él, aunque merezca bien el Cielo por sus penas y sufrimientos.



Los libros modernos suelen estar profusamente ilustrados. He aquí un taller de fotograbado donde se preparan esas ilustraciones

mente colocadas para que, una vez impresas, al doblar el papel para formar los libros, queden en riguroso orden numérico. Según crece la diferencia de tamaño entre la hoja en que ha de hacerse la impresión y la plana del libro, esa «paginación» es más difícil.

El ajustador trabaja sobre una platina metálica, y una vez dispuestas las páginas, acuña fuertemente para que la «forma» forme un bloque continuo. De no hacerlo bien, se corre el riesgo de que las páginas se rompan y las letras salgan de sus lugares respectivos amontonándose caprichosamente: á ese lamentabilísimo incidente, que á veces hace inútil toda la labor realizada, le llaman empastelamiento. Una forma empastelada es una desgracia y una pérdida efectiva de cuanto se gastó en jornales para llegar á tenerla.

El ajuste que precede á la paginación es, naturalmente, más difícil cuando la obra es ilustrada y los grabados no son perfectamente rectangulares y con medidas semejantes á las de la página.

En este caso es necesario «recorrer» la composición; es decir, darla, mediante longitudes diversas de sus líneas, la forma adecuada para encajar el grabado.

Terminadas felizmente todas esas operaciones, aun queda mucho por hacer para que el libro esté terminado. Lo primero, la tirada: puesto el molde en la máquina, bien nivelado; calzados, si es preciso, los grabados, para que la tinta se fije más ó menos intensamente en los diversos lugares de ellos, la máquina comienza á funcionar.



Un libro sin encuadernar no es aún un verdadero libro. He aquí un gran taller de encuadernación donde el libro queda terminado

LOS FUERTES TRAGICOS

UNA CATASTROFE EN MELILLA

CABRERIZAS Bajas! ¡Cabrerizas Altas! Dos nombres con eco trágico para los oídos de las madres españolas. ¡Cuántas veces los habrá encontrado nuestra vista en el doloroso período de treinta y cinco años que comenzó en Octubre de 1893!

Entonces los oíamos casi á diario repetidamente: pendiente estuvo durante días y más días la ansiedad española de lo que en aquellos dos fuertes y en torno de ellos ocurría, y cuando llegaban noticias, si traían algún rasgo glorioso de que aun pudieran renovarse las glorias de la raza, desgraciadamente eran con más frecuencia anunciadoras de desventuras.

Ante esos dos fuertes se manifestó muchas veces lo que entonces llamaban la «insolencia rifeña», cuando todo lo más, si hubiere sido necesario calificar, debían llamar el fanatismo mahometano.

Habíamos tenido la fortuna de olvidar totalmente, ó poco menos, el testamento famoso que nos señalaba el porvenir en Africa, y sólo nos quedaba, de la última epopeya africana, la de 1860, el prurito dominador, un poco terco é irrazonado.

Un incidente que, resuelto oportunamente y en justicia, pudo carecer absolutamente de importancia, fué el comienzo de la terrible sangría que durante treinta y cinco años ha depauperado estérilmente á España.

El motivo de aquella lucha fué la situación de un fortín, que el Estado Mayor de la plaza creyó indispensable para la defensa de Melilla, y que los soldados españoles comenzaron á construir en lugar que los rifeños consideraban santo é inviolable: en las proximidades de la mezquita de Sidi Guariax.

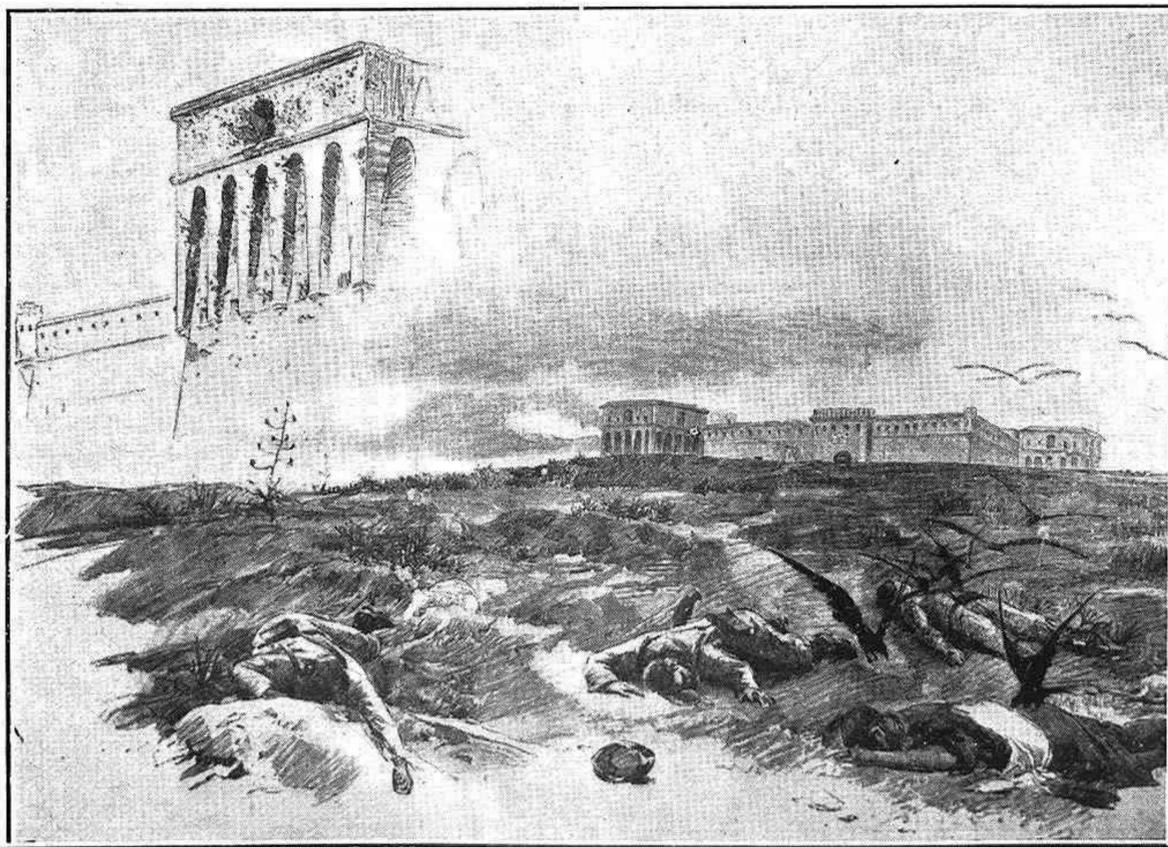
Ante aquello, que consideraban profanación



Retrato publicado en 1893



Lo que queda de la parte alta del barrio de Bateria, después de la explosión acaecida en Cabrerizas Bajas



Los alrededores del fuerte de Cabrerizas en 1893, después de un combate

inaudita, los moros protestaron primero pacíficamente; después, lanzándose á una lucha que para ellos era, y así se lo predicaron sus santones, la «Guerra santa».

Pudo evitarse fácilmente que así ocurriera, y seguramente se hubiera evitado sin la perdurable lentitud de la administración española: el general D. Juan García Margallo, que mandaba la plaza, trasladó la reclamación y aguardó la respuesta durante varios días, los bastantes para que la impaciencia del fanatismo musulmán considerara el silencio como negativa y atacase sañudamente y con enorme superioridad numérica á nuestras guarniciones.

Aquellas primeras tragedias y las que sucesivamente han conmovido á España durante treinta y cinco años, pudieron ser evitadas con sólo que el general que mandaba la plaza de Melilla hubiese tenido la necesaria independencia para resolver, ó la administración española, excesivamente amiga de trámites y complicaciones, hubiera resuelto con la rapidez que el caso requería. La conducta seguida, afortunadamente, tantas veces después, con lamentables excepciones que también fueron costosas en vidas y haciendas, demuestran que habíamos pasado ya muchos años antes de los períodos de intransigencia religiosa, en que el construir un fuerte junto á una mezquita podía ser considerado como una ofensa premeditada y fanática contra la religión mahometana.

Seguramente que la resolución hubiese sido favorable á lo que los rifeños demandaban. No hubo resolución; la impaciencia de los fanáticos precipitó los acontecimientos, y comenzó la terrible pesadilla de Marruecos, que si no ha paralizado, ha entorpecido enormemente la vida nacional durante siete lustros.

Para mayor desdicha, estábamos aún en el período álgido de las leyendas épicas. Cuando fué necesario enviar tropas á Melilla, nadie dudó en España de que no sólo renovaríamos las hazañas del ejército de Prim, sino que lograríamos mucho más. Cada español fué un D. Sebastián de Portugal soñando cruzar en expedición triunfadora Africa entera, buscando por ella otro camino para la India. Cada regimiento que partía era despedido con las más ardientes manifestaciones patrióticas, y el convencimiento nacional de que la guerra en Africa sería poco más que un paseo militar era absoluto.



Un combate ante Cabrerizas en 1893, según un dibujo de Marcelino Unceta, que publicó «La Ilustración Española y Americana»

Entretanto, Cabrerizas Bajas, el mismo fuerte en que ahora la explosión de un polvorín ha producido una cruenta hecatombe, y Cabrerizas Altas, eran centros de vida muy intensamente dramática. Se reanudaba la historia vieja del heroísmo español; pero una vez más la imprevisión y la desorganización española hacían estériles los sacrificios

Sobre Melilla cayeron, frenéticas de fanatismo y de odio, las «hordas rifeñas», y las guarniciones de aquellos fuertes pasaron momentos de angustia.

Fué en aquellos días cuando los corresponsales de guerra que habían enviado los grandes diarios madrileños, Eduardo Muñoz y Luis Morote, llorados hace años; Fidel Melgares, que aun colabora con su pluma vivaz en LA ESFERA, y otros más, fueron armados como soldados... y un día quedaron encerrados, por cerco apretadísimo, en Cabrerizas.

Para romper aquel cerco, el general Margallo, que, conociendo la magnitud de la catástrofe que se preparaba, se había puesto personalmente á la cabeza de las fuerzas defensoras, hizo una salida...

Los rifeños, que creían segura su presa, atacaron furiosamente, y el general Margallo, que avanzaba en primera línea, al frente de los que salían, como un soldado bisoño, ó mejor como un guerrero clásico de los que tenían que contar, sobre todo, con su valor personal, cayó muerto,

acrecentando así el horror de aquellos instantes...

Para muchos, la muerte de Margallo fué un suicidio: convencido de su impotencia, de que no leera imputable, ante la tormenta desencadenada, no quiso presenciar el desastre, y sacrificó su vida en holocausto á la patria. Fué el primero de los generales que la guerra entonces iniciada había de arrebatarlos.

Grabados de la época muestran bien cómo los alrededores de aquellos fuertes comenzaron á ser cementerio de españoles. Son grabados simbólicos que todo gobernante debió tener desde entonces ante la vista, antes de resolver los problemas marroquíes.

Fué en aquellos días cuando los laureles épicos españoles se reverdecieron con la hazaña de un teniente del regimiento de Extremadura, un muchacho que se llamaba D. Miguel Primo de Rivera, y á quien llamamos ahora el excelentísimo señor marqués de Estella: viendo perdidos dos cañones, de que la morisma se había apoderado, se lanzó con un grupo de valientes á reconquistarlos, y los reconquistó.

Así ganó el marqués de Estella su primera Cruz de San Fernando, y así inició su vida de vencedora audacia militar.

Hubo en aquella campaña muchos héroes. La preparación de las tropas, tan calurosamente despedidas en España, era muy deficiente. Fué necesario organizar en Africa regimientos de instrucción, y la inmensa mayoría de los soldados

aprendieron allí mismo á manejar el Mauser, que por entonces comenzaban á usar las tropas españolas.

Como tantas otras veces, esas deficiencias de preparación, lamentabilísimas, hicieron necesarios derroches de valor y sacrificios de vidas, que hubiesen podido ser ahorradas con una organización elementalmente previsora.

Como el pundonoroso general Margallo, murieron allí centenares de valientes, inmolados á nuestra tradicional desidia.

Aquella campaña, por fortuna, fué cortada con la feliz intervención del general Martínez Campos, primero, como general en jefe, que hizo sentir al ejército, incluso con algún fusilamiento muy doloroso, la necesidad de respetar á los moros, y luego como negociador de la paz en el ambiente que formó así, más apropiado para lograrla.

Por desgracia, la semilla estaba lanzada al surco, y aquella paz ni fué tan absoluta como hubiéramos deseado, ni mucho menos permanente.

La guerra, latente, una temporada, surgió más tarde.

Lo que han costado á España aquellos errores y aquellas imprevisiones primeras no se ha calculado aún: sería muy conveniente hacerlo, para que todos los gestores de nuestra política colonial recordaran constantemente el número de vidas y el número de millones hundidos en aquella horrenda sima.

•••••

Cabrerizas Altas y Cabrerizas Bajas perdieron después su importancia militar, y casi habíamos olvidado sus nombres lúgubres. Ahora, al volar el polvorín, destruye de nuevo docenas de vidas y arranca nuevas lágrimas á los ojos españoles. Aun después de lograda la paz, sigue y perdura la pesadilla.

A. A. DEL CALLEJO



EL GENERAL D. JUAN GARCÍA MARGALLO
Que murió gloriosamente en Cabrerizas Altas, en 1893

Elegancias



Sombrero de fieltro «beige», con adorno de cinta de seda «toile d'araignée»



Sombrero de fieltro azul marino, bordado con lana angora

EN París se ven... Los trajes rectos en la parte delantera, sin adornos apenas, que rompan la monotonía de la línea; las espaldas, en cambio, van guarnecidas á veces hasta el exceso, algunas con cascadas de largos *panneaux* en punta y flotantes; otras, con volantes formando escalera ó *godets* acampanados.

•••••

Las mangas son sencillas y muy anchas; largas lo son hasta el extremo que hacen frunce en el antebrazo.

La manga estrecha se lleva mucho en los vestidos de terciopelo, compuestos la mayoría de dos prendas: las del traje, ajustadas, y las del abrigo ó casaca, amplias.

En los trajes de *crêpe georgette*, encaje ó crespón de China, es cuando la manga adquiere unas proporciones desmesuradas, si se quiere; pero que hacen muy *chic* y favorecen mucho al conjunto de la línea dominante.

•••••

El manguito reaparece en distintas colecciones; pero unos manguitos que apasionarían, en justicia, á la pobre Mimí; las pieles, no cabe más lindas y mejor trabajadas; los interiores están forrados con exquisita delicadeza, para ser el digno albergue de marfilíneas manos.



Sombrero de bengala azul marino, guarnecido de cinta «gros-grain» del mismo tono, con adorno de plumas verdes y amarillas

Pero... ¿nos resolveremos, á pesar de todas estas gratísimas ventajas, á acoger este accesorio inútil que, á la par, entorpece nuestros movimientos? Una interrogación queda en el espacio, mientras que nosotras, viendo cómo la idea inicial ha partido de Patou y Chanel, pensamos: ¡Quién sabe!

•••••

El terciopelo es el amo y señor de la situación actualmente. Para la mañana se llevan trajes y abrigos de terciopelo de lana; para la tarde, de seda, bien liso ó estampado, tan primorosamente, tan bonito, que su adquisición será una obsesión para muchas que no puedan adquirirlos, por su elevado coste; por la noche, una vez más, domina el terciopelo sobre trajes, abrigos y capas.

Luego, los tintes de estos terciopelos para la *soirée* son exquisitos y de una verdadera elegancia; hay algunos rojos, tanto oscuros como claros, pasando por el tono geranio, de una fluidez extraordinaria.

El negro también impera, así como los tonos claros, que son un regalo para los ojos; tales como el azul, verdes pálidos, amarillos claros, rosa carne y blanco inmaculado, que es entre todos el más armonioso.

Para el día, el terciopelo puntillado, estampado con gruesos lunares multicolores, dibujos y líneas confusas, ó florido, como las delicadas

VERITAL



¡Cada diente, una perla!

En esa brillante blancura de sus dientes, tiene usted el premio de usar a diario

P A S T A D E N S

Eficaz e inofensiva, limpia el esmalte dental con la suavidad de una esponja, sin atacarlo ni rayarlo.

Desinfecta la boca.
Perfuma el aliento.

Tubo grande, 2 ptas.; pequeño, 1,25 en toda España.
El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

Algunos de los productos mas recomendados de la Perfumería Gal.



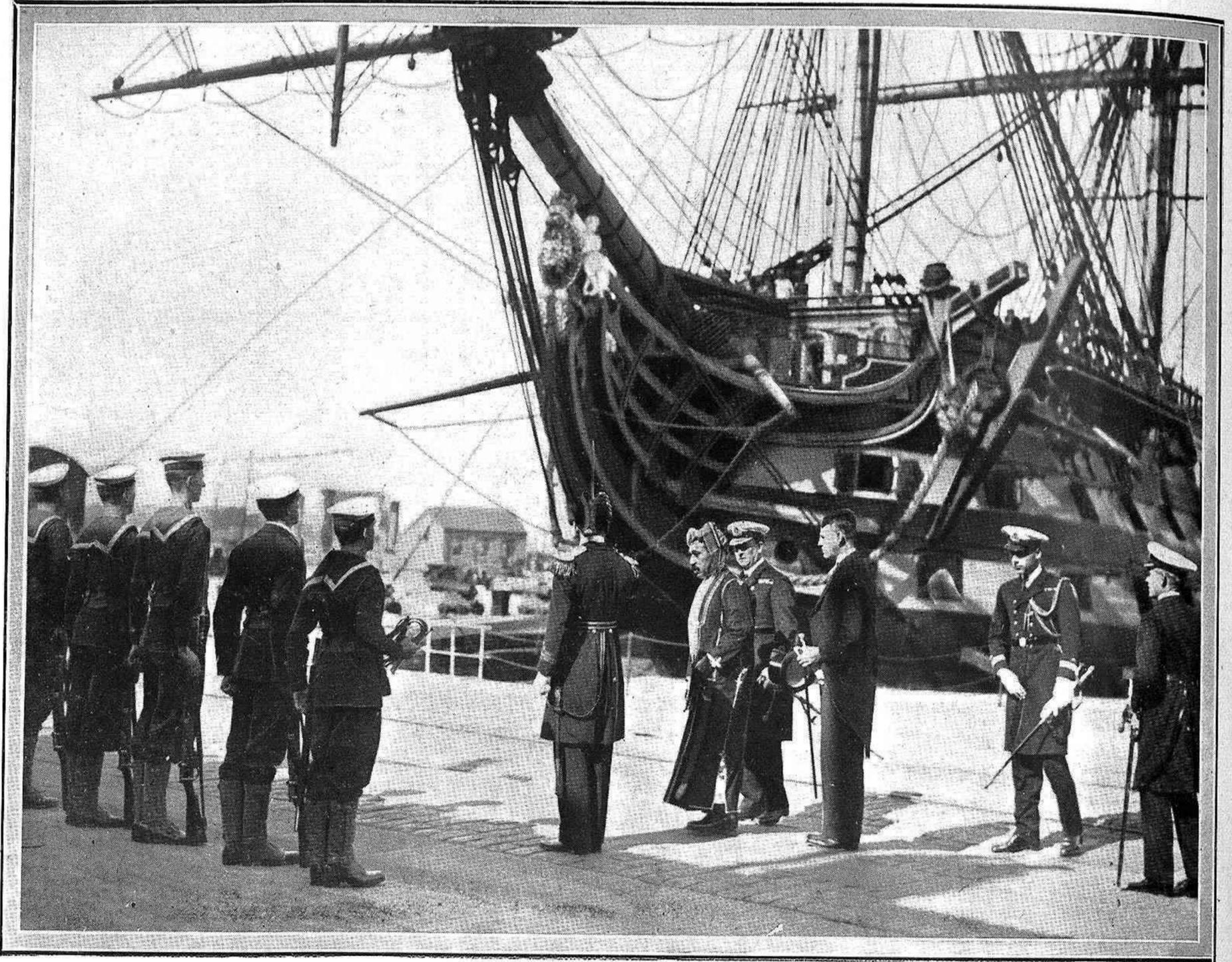
El JABÓN HENO DE PRAVIA es el predilecto de la gente "chic". Pasta neutra, espuma suave, perfume intenso. Pastilla, 1,25.



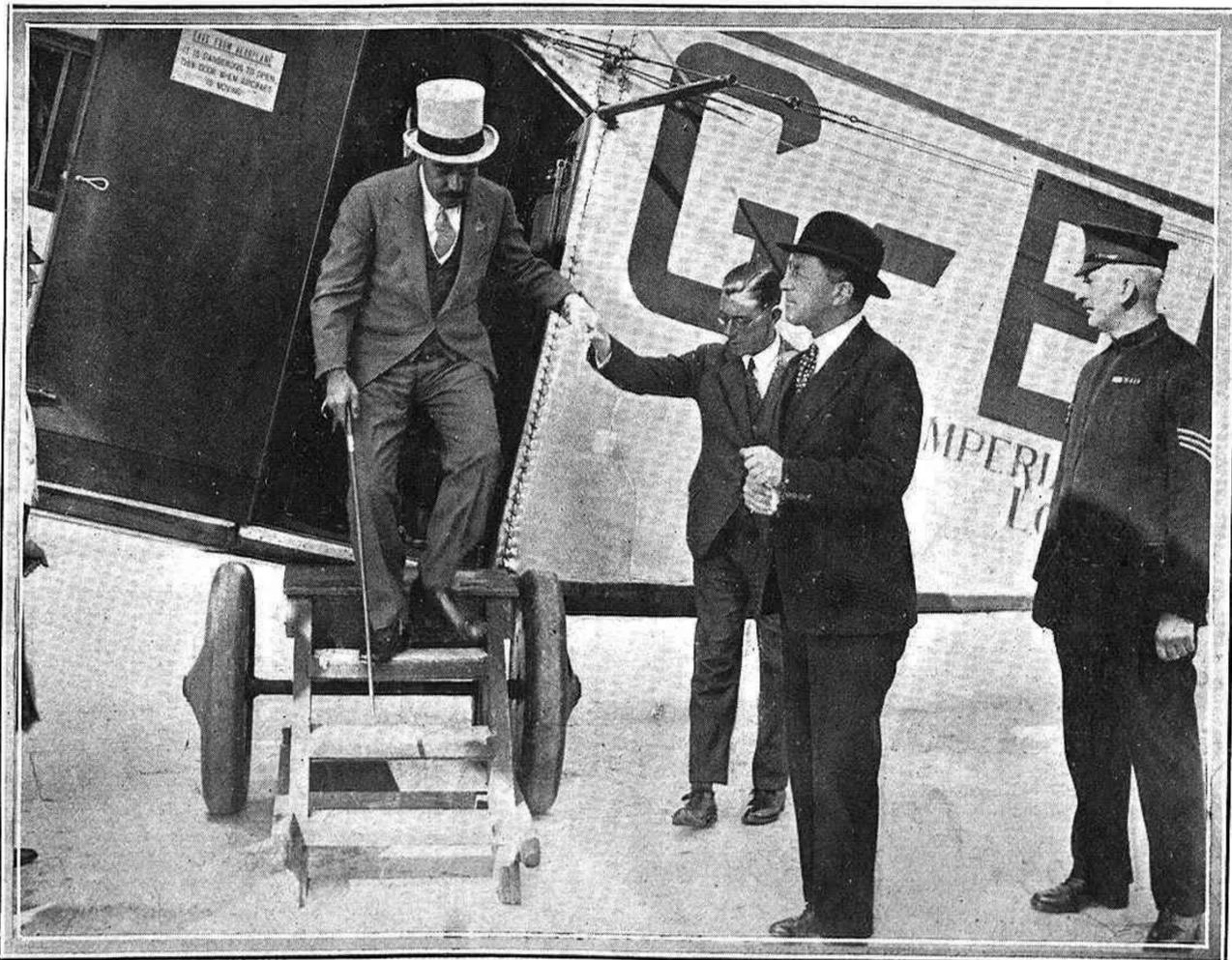
El AGUA DE COLONIA ANEJA se compone de alcohol neutro de 90° y esencias naturales. Frasco, 2,50.



El PETRÓLEO GAL suprime la caspa y contiene la caída del pelo, vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.



Londres.—El Sultán de Mascate, recibido en la capital inglesa con todos los honores debidos á un Monarca extranjero, visitando la fragata «Victory», que mandó Nelson



MONARCAS EXTRANJEROS

La visita á Inglaterra del Sultán de Mascate

INGLATERRA, la nación protectora, ha sido visitada por el Sultán de Omán ó Mascate. El reino del fabuloso personaje está en Arabia, reducido á una estrecha faja de territorio costero, cuya capital es Mascate.

Desde 1803 en que el Sultán (entonces Imán) se alió con los ingleses para pelear contra los Uahabitas, e país se vió sujeto á la influencia británica constantemente, y recientemente, en 1912, los protectores regularon por un convenio el comercio de armas con el golfo Pérsico.

En honor del Sultán se han celebrado ahora grandes fiestas en Londres, donde ha permanecido el lejano Monarca varios días visitando cuanto de notable encierra la capital británica

El Sultán de Mascate llegando al aeródromo de Croydon, después de recibir el bautismo del aire en el avión de una Compañía de viajeros (Fots. Agencia Gráfica)

ahora grandes fiestas en Londres, donde ha permanecido el lejano Monarca varios días visitando cuanto de notable encierra la capital británica